



VIRGINIA CHEDRESE

TODAS

LAS

MIRADAS

Todas las miradas

Virginia Chedrese

Chedrese, Mercedes Virginia

Todas las miradas / Virginia Chedrese. - 1a ed. - La Plata : Mercedes Virginia Chedrese, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-00-6640-0

1. Conflictos Sociales. 2. Empresas Familiares. 3. Maternidad. I. Título.
CDD A860

Diseño de cubierta: Emilio Laquidara.

Edición de contenido: Javier Laquidara.

Todos los derechos reservados.

© 2024, Mercedes Virginia Chedrese.

Publicado bajo el segundo nombre y apellido como Virginia Chedrese.

Las imágenes fueron generadas por la herramienta Generador de imágenes de IA de Microsoft Designer.

ISBN 978-631-00-6640-0

Hecho el depósito que indica la ley 11.723.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

“Sé vos mismo, los demás lugares ya tienen dueño”
Oscar Wilde

En estas páginas.

Clara marcha, sin saber muy bien por qué, rumbo a la ciudad en la que ha nacido pero donde nunca quiso regresar.

Celina encuentra el gran amor cuando menos lo imaginaba y se ofrenda entera con tal de no perderlo.

Un relato de historias que van y vienen en el tiempo, entre la vida urbana y la quietud de una ciudad de provincia, que no tienen nada que ver entre sí o lo tienen todo.

Algunas personas huyen de miradas ajenas, otras son observadas sin darse cuenta, mientras hay quienes apuestan cuanto tienen para salvar las apariencias.

I.

Salió a la ruta cuando el amanecer comenzaba a anaranjar el horizonte.

Los montes de eucaliptos recortaban un verde opaco sobre el fondo de la atmósfera clareante, anunciando un día gélido pero despejado. La alarma del tablero electrónico había sonado, anunciando -1°C .

A Clara le encantaba manejar a esa hora del día, cuando el tránsito no era todavía tan intenso y ella estaba en su momento de mayor lucidez. Como cuando estudiaba. Nunca se quedaba de noche, prefería madrugar, prepararse unos mates y arremeter con integrales y derivadas o diagramas de flujo extensos como sábanas, en medio del silencio matinal.

Cuando su vida con Julio se parecía bastante a la de dos personas que se aman, él tenía la maldita costumbre de viajar de noche. Solían pasar algunos fines de semana en Santa Teresita, donde los padres de él tenían una casita de veraneo. Su ex se empecinaba en salir los viernes al atardecer, con el cansancio de la semana de trabajo encima, "para aprovechar mejor el sábado".

En esa época, la ruta 11 era sólo de dos manos y no estaba en muy buen estado que digamos, por lo que el viaje resultaba para Clara un suplicio, sin contar las veces que miraba a Julio de reojo para controlar si se dormía. De manejar ella, ya no se hablaba, porque él decía que se aburría como acompañante.

Tal vez, la verdad de la milanesa era que no confiaba del todo en la capacidad de su mujer en la ruta y no se atrevía a confesarlo. En fin, quizás ese fue uno de los tantos motivos que terminaron por alejarlos -pensaba ella, mientras subía un poco la calefacción.

Clara no solo conducía bien sino que era prudente y respetuosa al volante. Ahora mismo había puesto el guiño de luces para sobrepasar a un camión de hacienda que marchaba vacío, seguramente desde el mercado de Liniers, en busca de una nueva carga. El camionero le devolvió la gentileza con un estruendoso bocinazo seguido de un parpadeo de luces largas que rebotaron en el espejo retrovisor.

El próximo cartel indicador sobre la banquina le avisaba que faltaban 423 kilómetros para llegar a destino. Pudo ver al pasar las marcas de balines sobre la pintura reflectiva verde. Practicar puntería con el señalamiento público era una vieja costumbre que no se había perdido.

Cuando andaba por lugares poco conocidos le resultaba útil encender la aplicación de indicaciones de tráfico, incluso podía soportar con esfuerzo la voz

monocorde de la locutora: “En la rotonda, tome la segunda salida” y hasta aprendió rápido que eso significaba seguir derecho.

Pero en esta ruta que no era más que una línea recta que la llevaba hacia el lugar donde había nacido, bastaban las indicaciones del camino para saber cuánto faltaba.

~.~

Doña Celina Pagani había llegado al mundo en el seno de una familia de la ciudad de Lomadas, bien al sur de la provincia. Sus abuelos, unos italianos laburadores, habían arribado al país a principios del siglo veinte con una mano atrás y otra adelante, como todos los ingresados desde lejanas latitudes en esa época.

La zona, dedicada a la explotación ganadera en las últimas décadas del 1800, había experimentado para entonces un gran crecimiento de la actividad agrícola, especialmente de trigo y cebada, en el comienzo del nuevo siglo.

Los Pagani, inicialmente empleados como peón de campo y cocinera de una de las estancias, fueron evolucionando rápidamente, convirtiéndose primero en arrendatarios y más tarde en propietarios de unas cuantas hectáreas de tierras de cultivo.

El progreso trajo nuevas maquinarias y silos para almacenar los granos de generosas cosechas. El tren llegó hasta la ciudad cabecera que crecía gracias a lo producido en la región. Entonces, en la mente despierta de estos inmigrantes, mientras la familia se agrandaba al ritmo de sus ingresos, surgió la idea de construir un molino harinero.

En el mismo tiempo en que el grupo familiar se mudaba a la ciudad para que los más jóvenes pudieran estudiar, Don Pagani adquirió unos lotes extensos en las afueras de Lomadas y allí construyó la empresa que no pararía de crecer y que alimentaría a generaciones.

~.~

Clara había memorizado la distancia entre las ciudades que el recorrido hilvanaba, y le entretenía -cuando no era riesgoso- mirar los mojones que se sucedían a los costados cada mil metros, uno a la izquierda y otro a la derecha, uno a la izquierda y otro a la derecha.

Antaño eran unos pequeños obeliscos de cemento con el número de kilómetro pintado en negro, pero con el tiempo fueron reemplazados por unos más

modernos, reflectivos y con el número de ruta. ¡Pero si uno ya sabe en qué ruta está! -se dijo. Caramba, eran más lindos los viejos.

Con su manía por los cálculos y todo el tiempo por delante, Clara empezó a estimar: si la nacional 3 recorre más de 3000 km desde el kilómetro 0 en la capital argentina hasta Tierra del Fuego, a un kilómetro por cada mojón, izquierda, derecha, izquierda... Qué sacrificada esa gente que trabaja en las rutas -pensó-, con calor o bajo cero, clavando tres mil mojones para que una vaya entretenida y calentita mirando a diestra y siniestra.

Un tractor bajó dos ruedas a la banquina para dejarla pasar. Recordó los viajes que hacía junto a sus primas cuando era niña y luego adolescente, durante el verano, cuando iban al mar en la estanciera medio destartada de su tío. En el trayecto, lleno de risas y de juegos, iban dejando atrás y a los costados, campos repletos de girasoles amarilleando hasta el horizonte o extensas melenas de trigo que ondulaban con el viento.

A veces, con la complicidad de los mayores, se detenían a cortar algunos choclos maduros que caían sobre el alambrado y que después la tía les serviría ya hervidos y enmantecados, medio envueltos en una cuna de chala para que las pequeñas manos no se quemaran.

El camino se llenaba de cosechadoras, tráileres y tolvas que iban a paso lento con un trapo rojo colgado del lado izquierdo, alertando a los conductores de su gran tamaño. Ahora esas enormes máquinas contaban con aire acondicionado y otros detalles de confort, impensados para los sufridos trabajadores de entonces.

Todo eso formaba parte de otra vida, hace varias décadas. Desde entonces, Clara nunca había regresado.

~.~

Cuando Celina tenía dieciséis años, la familia Pagani ya era de renombre en la ciudad. Como pasa en todo pueblo, eran considerados como “nuevos ricos” por parte de la rancia sociedad, heredera de latifundios obtenidos en la época en la que se había corrido a los nativos, no precisamente con palabras tiernas.

Pero como el molino daba trabajo a mucha gente y Rómulo, el padre de Celina, que estaba ahora al mando de la empresa, era un hombre muy querido y generoso, la familia era apreciada por la mayoría de sus conciudadanos. Eran los primeros a la hora de colaborar con el municipio o en obras de caridad que organizaban las damas de las distintas instituciones, donde participaba también Doña Amanda, la madre de Celina.

Rómulo había ayudado incluso a crear un club de fomento del que era presidente, con su equipo de fútbol, sus canchas de pelota paleta y las infaltables de bochas y el salón de billar donde los hombres del barrio iban a tomar un vermucito, intentar alguna carambola y enterarse de la novedades del pueblo. Con el tiempo, construyeron un enorme tinglado, que servía como gimnasio y cancha de básquet y que se alquilaba para grandes eventos de la ciudad.

Celina cursaba el tercer año de magisterio en el colegio de monjas, aprendía piano y corte y confección. Todo lo que se esperaba de una jovencita de buena familia. Era la menor de tres hermanas y también la más bonita y sociable.

Don Rómulo la adoraba y no podía disimular su debilidad y preferencia ante sus otras hijas. Era un amor correspondido, para Celina su papá era un ídolo y se dejaba malcriar sin culpas.

Nadie dudaba que la joven pronto encontraría un buen partido para casarse y tener muchos hijos. Mejor dicho, su padre encontraría el candidato justo para ella. Seguramente un muchacho correcto y trabajador, en lo posible profesional, que lo acompañara en la empresa. Aunque soplaban ya vientos de cambio, él era bien chapado a la antigua.

Pero el destino o ella misma, si es que ambas cosas se pudieran diferenciar, depararían otros planes para la benjamina de los Pagani.

~.~

Se detuvo a cargar nafta y tomar un café en el 24 horas de la siguiente estación de servicio ubicada sobre la ruta, para estirar las piernas y oxigenarse un poco. Al bajar del auto, el aire puro y frío del campo le llenó los pulmones y le enrojeció las mejillas.

Vinieron a su mente las mañanas de invierno cuando recorría las pocas cuadras que separaban su casa del colegio allá en su pueblo, tan abrigada que casi no podía moverse.

En esos días, el agua que quedaba acumulada contra el cordón de la vereda era un espejo de escarcha que le gustaba romper con sus pies a la pasada. Una vez nevó. Como una postal en su mente, veía la plaza principal cubierta por un manto blanco y a ella con sus compañeros del Nacional haciendo muñecos de nieve durante el horario de las suspendidas clases: nadie hubiera podido hacerles sacar una cuenta o redactar un párrafo ese día.

Todo aquello no existía en la gran capital, donde vivía Clara desde que dejó atrás su ciudad. Ni la escarcha, ni los compañeros-amigos-vecinos, ni la escuela a pocas

cuadras. Sin embargo, un día partió para no regresar, alejándose de todas las miradas que ahora volverían a fijarse en ella.

Su madre, mujer valiente que la crio sola y la acompañó siempre, la había dejado hace unos años, cuando el cuerpo le dijo basta. No había un hombre en aquella casa de infancia, por eso todo el trabajo era poco para mantener a ambas y cuidar de la educación de la menor.

El único apoyo para su madre había sido su hermano -el tío de la estanciera cachuza- que también hacía malabares para llevar adelante su propia familia con su trabajo en el taller de reparaciones de radios y otros aparatos eléctricos, pero al menos eran un refugio para las dos y un lugar al que acudir en la incertidumbre.

No había un hombre en aquella casa... no existía un padre para Clara y ese era un tema del que no se hablaba. Cuando ella tuvo edad para preguntar a conciencia, las respuestas eran vagas y notaba que sus cuestionamientos entristecían a la familia. Finalmente dejó de hacerlo, después de todo tenía una madre que era padre a la vez y eso era suficiente.

~.~

Todo empezó un día de la primavera.

El colegio de monjas no permitía el acceso de varones bajo ningún punto de vista. Además de las religiosas, con excepción del cura que daba la misa diaria, sólo revistaban maestras y profesoras en los dos niveles de enseñanza. Y eso que la institución no era de las más estrictas. En otras congregaciones -como era el caso en una ciudad cercana- las alumnas pupilas recibían considerables castigos ante cualquier infracción a las normas, por ejemplo si no se bañaban con el camisón puesto.

Los chicos de otros colegios solían aventurarse en esos días del estudiante y hasta una vez lograron franquear la entrada aprovechando el ingreso de algún proveedor. El resultado de tal osadía fue primero el griterío de las chicas que estaban reunidas en el patio central a la hora del recreo y enseguida, la irrupción de la madre superiora blandiendo un puntero para correr rápidamente a los intrusos fuera del establecimiento. Y eso que aquello era nada más que un juego inocente de adolescentes.

Pero ese año, por primera vez se había organizado una fiesta entre todos los colegios, con elección de la reina de la primavera y del estudiante incluida. Don Rómulo prestó el gran salón del club, ante el pedido de una comisión de alumnos

del último año, integrada para la ocasión, con representantes de los distintos centros educativos y el visto bueno de las autoridades.

Se organizó una rifa con varios premios a sortear en el mismo evento, cuya recaudación solventaría los gastos de decoración del salón y de unos cuantos cajones de gaseosas, además de obsequios para las galardonadas. La música estaría a cargo de un par de alumnos que engancharían *long plays* en sendos tocadiscos y de un conjunto que hacía temas de Los Náufragos.

~.~

¿Quiere llevar el combo con dos medialunas? -le ofreció la vendedora mientras llenaba el jarrito de café en la máquina de expresos.

El aroma intenso y el ruido del vapor la hicieron volver a la realidad.

-Sí, por favor -aceptó Clara con una sonrisa.

Encontró una mesa libre junto a la ventana empañada y mientras saboreaba el desayuno, retomó el hilo de sus pensamientos.

No sin pena, Clara había tenido que afrontar con estoicismo las preguntas inocentes y no tanto de sus compañeras y compañeros, primero en la escuela y luego en el colegio.

-¿Como se llama tu papá?

-Mi papá es abogado ¿y el tuyo?

Y otras por el estilo, que la obligaban a inventar historias que ni ella misma se podría creer.

Por suerte, en el último año del secundario, contaba con un grupo a su alrededor que la quería tal como era, sin cuestionamientos ni preguntas incómodas. Clara era estudiosa, divertida, buena compañera y generosa para con los demás, no le costaba trabar amistad. Todo eso lo había heredado y aprendido de su progenitora.

Sin embargo al terminar el colegio decidió dejar todo, dar vuelta la página y empezar una nueva vida lejos, en la gran ciudad donde nadie la conociera, seguir estudiando y forjarse un porvenir. Su madre, como siempre, la alentó a tomar esa decisión y le ofreció los pocos ahorros que guardaba, para que ella pudiera instalarse hasta que consiguiera un trabajo que le permitiera subsistir.

~.~

Por fin llegó el día del baile. Desde temprano los jóvenes vestidos de fajina acomodaban mesas y sillas, colgaban guirnaldas y globos de todos los colores, reían a carcajadas y probaban el sonido con ruido metálico que hacía vibrar los modestos parlantes, mientras las chicas confeccionaban coronas de flores para las finalistas del “Primer Concurso Reina de la Primavera y del Estudiante 1969”, como rezaba el gran cartel de cartulina celeste con letras brillantes, atado entre dos aros de pelota al cesto.

También estaba prevista la corona y el cetro para la reina, hechos con alambre por algunas manos habilidosas y revestidos en papel glasé dorado, que habían recolectado entre todos los paquetes de cuadrados coloridos de 10x10, que no faltaban en ningún portafolios colegial.

Para tranquilidad de madres y padres -que no estaban incluidos en el festejo- la comisión de alumnos inter colegios había invitado a algunos profesores y profesoras por consenso, que resultaron los más piolas, no fuera a ser que les arruinaran la diversión.

Los del Nacional quisieron que estuviera Gutiérrez, el profesor de Historia de 4° que era macanudo y no necesitaba hacer de policía en las clases porque eran muy entretenidas. Hasta les hacía inventar juegos de ingenio con las expansiones imperiales o las guerras púnicas. Aprendían casi sin darse cuenta y lo querían mucho.

Las chicas del colegio de monjas invitaron a Luciani, la de Psicología de 5°. Con ella se armaban grandes debates sobre el ello, el yo y el superyó y a veces los hacía pasar al frente para dramatizar cada instancia, mientras intervenía como moderadora. También les daba para resolver test vocacionales, en un momento bisagra en sus vidas, en el que en general no sabían para donde disparar.

Así se sumaron una media docena de docentes, lista en la que quedaron descartados los más amargos, las déspotas y quienes por una cuestión etaria no tenían la más pálida idea de lo que era el *rock and roll*.

Cuando el reloj marcó la hora señalada, el salón comenzó a llenarse de voces, risas y música. Los chicos lucían sus vaqueros levis, camisa y pulóver de bremer colgado en los hombros y mocasines color suela, con el pelo largo y engominado, peinado para atrás. Las chicas, con vestiditos mini y botas hasta la rodilla y sus largas melenas lacias, alisadas más temprano por una hermana o amiga en la tabla de planchar, bajo una hoja de diario.

Celina se había ubicado con sus hermanas mayores y un grupo de amigas junto a una mesa no lejos del escenario. Llevaba un vestido precioso corto y sin mangas, confeccionado por ella misma durante sus clases en la academia de costura, con

la ayuda de la profesora. Era un modelo talle princesa color miel, con una guarda en broderie blanco bajo el busto, que realzaba su delgada figura.

Dejó sobre la silla la torerita corta que hacía juego con el vestido, acomodó sus cabellos largos y se dispuso a probar la naranja crush que su hermana Luisa le había traído del buffet. Era el primer baile para ella y la velada prometía ser emocionante.

~.~

Una vez en Buenos Aires, Clara alquiló un cuarto de pensión en el centro y salió a buscar trabajo. Era verano y todavía faltaba para que empezaran las clases. La recibió el calor bochornoso y húmedo de la capital, las veredas angostas y el ruido incesante de la marea de taxis de techo amarillo. Nada que se pareciera un ápice a la calma chicha de su pueblo.

Se había anotado en Ciencias Exactas en la carrera de computación. Siempre le gustaron los números y también enseñar. En los últimos años del secundario, preparaba a alumnos de las primeras divisiones en matemáticas y con eso se ganaba unos pesos para darse algún gusto y ayudar a su madre.

También le interesaba este asunto de las computadoras que estaba tomando cada vez más protagonismo. El programa de estudios tenía unas cuantas materias de cálculo y pensaba que con ellas no tendría mayores dificultades. Con las otras, el tiempo lo diría, pero era estudiosa y le sobraba amor propio.

En un café cercano a la pensión vio colgado el cartelito de “Se busca moza. Buena presencia. Tratar aquí”. Se miró en la vidriera e hizo un rápido análisis: joven, metro sesenta, silueta pasable, linda sonrisa, cabello castaño con ondas caprichosas, atado en una larga cola de caballo. Puede funcionar -se dijo. Tomó aire y entró al local.

Al rato, luego de dejar sus datos al encargado, ya se había calzado un delantal y estaba acomodando tazas y platos de café en el mostrador. Al día siguiente, temprano por la mañana, iba a hacer unas pruebas de manejo con la bandeja y luego directo a atender las mesas.

No le pagarían gran cosa, pero le alcanzaría para la pensión y algún colectivo. Confiaba en que siendo amable y servicial, las propinas resultarían generosas y le ayudarían con el resto de los gastos, mientras se consumían sus ahorros.

La gente del bar resultó buena gente y los vueltos abandonados en el platito de la adición tintineaban seguido en el bolsillo de su delantal. Clara trabajaba mañana y tarde y le daban de almorzar, lo que ya significaba una gran ventaja

para su flaco físico y su no menos flaco presupuesto. Cuando las clases del curso de ingreso comenzaron -se había anotado en el horario nocturno- le quedaba un rato para llegarse hasta la pensión, cambiarse, tomar sus cuadernos y llegar a tiempo a la parada del bondi que la llevaba hasta Ciudad Universitaria.

En el trayecto de una hora casi, cuando no tenía que completar ejercicios atrasados de las prácticas, se dedicaba a observar al pasaje escudada en su presencia de incógnito, sabiendo que nadie la conocía. Era un mundo nuevo para ella porque en su pueblo jamás había subido al viejo rondín que daba la vuelta al casco urbano para acercarse a la gente que vivía en las afueras. Para ella todo estaba cerca como para ir caminando, o a tiro de bicicleta.

En el horario en que subía al transporte, la mayoría de las personas estaba regresando a su casa, luego de trabajar o estudiar, tal vez después de largas horas. Nadie hablaba. Caras grises como la tarde, cada uno sumergido en su mundo, mirando por la ventanilla un punto fijo, durmiendo o cabeceando sobre las hojas de un libro. Sólo se escuchaba sobre el ruido del motor un “treinta”, “cuarenta”, cuando un nuevo pasajero pedía el boleto al chofer y éste accionaba la maquinilla de monedas para entregar como vuelto algunos centavos de austral.

Aunque ella también estaba cansada, le gustaba la nueva vida que había elegido y trataba de disfrutar cada momento. Todavía tenía muchas ganas de desperezarse de la quietud pueblerina y el anonimato era por ahora lo que más le atraía de esta ciudad.

~.~

Mientras el émulo de Quique Villanueva arremetía con *Otra vez en la vía*, sacudiendo su melena con energía, luego de que el locutor designado -un celador turno mañana simpático y de buena voz- hubiera sorteado varios de los premios de la rifa, la mesa de profesores debatía sobre la lista de postulantes a reina de la primavera, ya que habían sido nombrados como jurado. En la pista, unas cuantas parejitas se movían al ritmo de la música siguiendo los pasos de moda.

Entretenida en la charla con sus amigas, Celina no reparó en que un jovencito se había acercado hasta ella y con voz tímida le decía:

-¿Querés bailar?

Inmediatamente, el color subió a sus mejillas y con ojos bien abiertos miró a sus hermanas buscando aprobación. Luisa, conteniendo la tentación de risa, le hizo un guiño que significaba un sí rotundo. Celina se incorporó y siguió el rumbo que le marcaba gentilmente su compañero con una mano extendida.

Se mezclaron entre el gentío bullicioso de bailarines. Ella sentía que sus pies se movían solos y que su cuerpo flotaba en el aire. Su joven galán no dejaba de mirarla con unos ojos oscuros y chispeantes. Medía varios centímetros más que ella, era delgado y de cabello ensortijado y cuando sonreía se le formaban hoyuelos en sus mejillas.

-Me llamo Martin, voy a sexto de la escuela técnica, ¿y vos? -dijo él hablando en su oído para que pudiera escucharlo en medio del batifondo.

Le bastó esa proximidad para que un perfume a lavanda la envolviera y apenas pudo responder:

-Celina, tercero de Nuestra Señora -dijo con un hilo de voz.

Nunca había estado tan cerca de un varón, ni imaginaba las sensaciones que eso podía provocarle. Ahora se estaba enterando.

Luego de un par de temas, el conjunto dio paso nuevamente a los pasadiscos y éstos no tuvieron mejor idea que cambiar abruptamente de ritmo y hacer girar el tema 4 del lado B del disco del momento: *Penumbbras*, de Sandro.

Cuando Celina hizo el intento de huir hacia su mesa, ya era tarde. En un gesto delicado, Martín la rodeaba por la cintura con su brazo derecho y suavemente tomaba su pequeña mano con su mano izquierda, posando ambas sobre su camisa celeste. Ella sintió cómo latía el pecho de él, mientras los cuerpos giraban juntos al compás de la romántica balada.

"La noche se perdió en tu pelo, la luna se aferró a tu piel..." susurraba el cantor y entonces todo se volvió perfecto.

~.~

Retomó la ruta, reconfortada por el café mañanero, y al mismo tiempo reinició el recorrido por los vericuetos inagotables de su mente.

¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Cómo había llegado a este momento? Se podría decir que su vida hasta hoy era apacible y que en su camino fueron cumpliéndose casi todas las cosas que se propuso.

Clara había conocido a Julio mientras trabajaba en el bar. Él estaba por recibirse de contador y tenía un puesto en una empresa cercana. Todas las mañanas antes de entrar a la oficina, tomaba un cafecito cortado con una medialuna salada. Pasados los días, ella le acercaba su pedido sin preguntar y poco a poco, las

charlas ocasionales sobre el tiempo o la inflación se fueron transformando en una invitación al cine o a cenar y más tarde en algo más serio.

Sabiendo que era una mina capaz, Julio logró hacerla entrar a la empresa como administrativa y ella no lo hizo quedar mal: fue progresando en su trabajo hasta que un día la trasladaron al centro de cómputos como analista de sistemas. Para entonces, no le faltaba mucho para recibirse y la experiencia en la empresa le había servido enormemente en su formación.

Al mismo tiempo la relación, nacida casi sin querer, se fue consolidando y el matrimonio resultó una consecuencia lógica que ninguno de los dos se detuvo a analizar demasiado.

Una vez recibida, Clara obtuvo un buen aumento de sueldo en la empresa y además concursó por un cargo docente en la materia que más le gustaba: Introducción a las Bases de Datos. Con los ingresos de los dos pudieron comprarse un lindo departamento con un crédito hipotecario y un auto para pasear y viajar cuando tuvieran ganas. Listo, sólo faltaban los hijos.

Ese fue el gran tema. Hoy, mañana, pasado... no se cuidaban hacía ya más de un año pero no había novedades. Por recomendación de una amiga común, fueron a un centro especializado en fertilización. Sólo quienes atravesaron algo parecido saben lo que significa ese proceso.

Decenas de estudios, la mayoría poco agradables; consultas a diferentes médicos; pruebas diversas y cada mes, la frustración de un nuevo intento que fracasa. Así pasaron dos nuevos años y no habían tocado siquiera el tema de la adopción cuando el desgaste por ésta y otras razones, marcó el punto final de una vida compartida por mucho tiempo.

Entonces se separaron *sin un llanto, ninguna escena, ningún daño, simplemente fue un adiós inteligente de los dos*, como dice sabiamente el tango. Se querían mucho, pero el amor se fue apagando de a poco y sus cenizas alcanzaron apenas para tener un divorcio amigable y decirse adiós.

~.~

No pudo pegar un ojo esa noche. Por su cabeza pasaban imágenes borrosas de jóvenes bailando, de profesores coronando reina y princesas, de guirnaldas y serpentinas volando por el aire. Recordaba que sus hermanas le preguntaban cosas en el trayecto de regreso a casa, ya pasada largamente la medianoche. Y casi nada más.

Mejor dicho casi todo lo que Celina recordaba tenía que ver con Martín invitándola a bailar, sus palabras en el oído, el olor a lavanda, las manos entrelazadas sobre la camisa celeste que latía, el brazo de él rodeando su cintura y el calor de esa unión dando vueltas en la pista de baile.

Fue una canción y otra y otra, ninguno de los dos quería que terminara. Por fin debieron separarse, pero antes él le preguntó:

-¿Te puedo ver otro día?

-Bueno, pero no me dejan andar mucho fuera de casa -respondió Celina.

-¿Y a la salida del colegio?

-El martes tenemos la última hora libre y voy con mis compañeras a estudiar a casa de mi amiga Marilina. Salimos a las doce.

-Te espero en la puerta -dijo él, mientras las manos se negaban a soltarse.

Casi no podía esperar a que el día llegara. El lunes les contó a sus amigas, que de inmediato se transformaron en cómplices, dispuestas a averiguar todo sobre el tal Martín.

El martes al mediodía ahí estaba él, como un soldado, recostado en un árbol, esperándola. Las risas y cuchicheos de las chicas no lo inhibieron y se sumó al grupo, bien pegado a Celina.

Las cinco cuadras del recorrido parecieron cortísimas, pero alcanzaron para tomarse disimuladamente de la mano y quedar en verse la próxima semana: el martes ella iría con sus amigas al estreno de "Romeo y Julieta" en la función de la tardecita. Allí se encontrarían.

Esos siete días fueron eternos y Celina apenas podía concentrarse para el examen de historia del viernes. Poco le importaban las guerras por la independencia y la confederación argentina, su cabeza volaba alrededor de recuerdos más dulces.

El día del examen, Marilina le pasó un papel enrollado, antes de sentarse en su banco un poco más atrás. Celina pensó que tenía que ver con algún tema de la materia o que directamente era un machete para copiarse, pero al abrirlo leyó: "Tengo datos de tu enamorado". A duras penas completó la serie de preguntas que le tocaron en suerte, entregó la hoja y esperó a su amiga en el patio de recreos.

-Martín es compañero de mi primo en la técnica -le dijo por fin-, vive en la circunvalación y ayuda al padre en el taller mecánico.

~.~

-¡Buenos días! Soy su profesora de Bases de Datos. Espero que tengan muchas ganas de iniciar esta cursada -saluda Clara con una ancha sonrisa mientras acomoda sus cosas en la mesa frente al gran pizarrón.

Murmullos y risitas en el salón.

-Mi nombre es Clara Molina y comienzo por preguntarles por qué piensan que se llama "base" de datos.

-¡Porque está abajo de todo! -exclama un rubiecito con cara de pícaro.

-¡Perfecto! ¿Cómo te llamás?

-Suárez Gabriel, profesora.

-Muy bien Suárez, diste en la tecla, los datos son el cimiento y sostén de todo sistema de información. Con ellos podemos trabajar casi hasta el infinito, aprovechando los recursos que tengamos para procesarlos.

Siguió hablándoles con vehemencia, como lo hacía de la primera a la última clase. Y siempre lograba entusiasmar también a sus alumnos, al menos a la gran mayoría.

-Pensemos ahora en una gran biblioteca -su ejemplo favorito- ¿Cómo se les ocurre que podríamos organizarla para encontrar rápida y fácilmente un ejemplar?

-Primero haría una lista con cada título y su autor -dice una pelirroja llena de pecas.

-Mejor hacer una lista de autores y otra de títulos, porque cada escritor puede tener más de un libro y se repetiría su nombre -corrige desde su sitio un joven desgarbado de voz grave.

-Yo numeraría los estantes para poder ubicar rápido lo que busco -agrega su compañera de banco.

-Habría que ordenar todo alfabéticamente -acota alguien en la última fila.

-¡Excelente! -dice Clara, feliz de que todos participen.

Así son sus clases, las ideas van surgiendo y ella comprueba cómo la lógica brota naturalmente de los jóvenes. Sólo tiene que darles las armas para encauzar esas

propuestas, analizarlas y transformarlas a través de la técnica que puede enseñarles. El resto marchará con su propio impulso.

Abandonando su aula imaginaria, Clara baja un poco la ventanilla para que el aire del interior del auto se renueve, mientras recuerda una frase que leyó por ahí: "Si tengo una moneda y te la doy, tendrás una moneda y yo nada. Si tengo un conocimiento y te lo transmito, los dos quedaremos con un saldo a favor". Nada más egoísta e inútil que amarrocar el saber -piensa la apasionada profesora.

Mientras la brisa fresca poblada de aroma a colas de zorro le despeina los recuerdos, reflexiona que hoy, después de años de una vida en soledad que disfruta, organizada, dedicada a su trabajo y poco más, está aquí consumiendo kilómetros rumbo a un encuentro que no sabe a ciencia cierta adónde la llevará.

~.~

La enorme pantalla del cine está ocupada enteramente por los rostros angelicales de Olivia Hussey y Leonard Whiting, dos adolescentes que interpretaron la mejor versión de la historia de *Romeo y Julieta*. Un amor que como un rayo atraviesa dos almas, luego mata, pero nunca muere.

La música sublime de Nino Rota inunda la sala y Celina no sabe si ése es el origen de su estremecimiento, o el leve temblor lo provoca el brazo tibio de Martín que rodea sus hombros y la acerca hacia su costado.

Casi en simultáneo con la ficción, un beso dulce roza los labios de la joven. Su primer e inocente beso. Quién sabe si no es el primero también para él, a juzgar por la tímida sonrisa que se vislumbra apenas en la oscuridad.

Permanecen abrazados hasta el final de la función, hasta el doloroso fin de la historia. "Un amor tierno y frágil terminado nomás comenzar, por la ceguera de los adultos, que anteponiendo sus intereses a los sentimientos puros de los más jóvenes, desencadenan la tragedia" -así decía la reseña en el programa del cine.

Cuando las luces se encienden, él ya se ha ido. Celina sale a la calle con sus amigas y allí está su padre, sonriente, esperándola en el auto para llevarla a casa, poco antes de que den las diez.

Al llegar, se disculpa con la familia con la excusa de que no le cayeron bien los maníes con chocolate que comieron en el cine y se refugia en su habitación. Después de cenar le sigue su hermana Luisa, confidente y amiga. Trae té de boldo para las dos y la interroga sin miramientos.

Todavía con las mejillas arreboladas por los sentimientos que se agitan en su interior, Celina le cuenta con detalle todo lo que tiene guardado en su joven corazón. También los temores que le ha despertado el mensaje de Marilina: “vive en la circunvalación y ayuda al padre en el taller mecánico”.

Ambas conocen bien las ideas de su padre y su intransigencia. Nunca permitiría que una de sus hijas -menos que menos su pequeña- mantuviera una relación con alguien que no fuera de su círculo social.

-¡Pero nena! Tampoco es que te vayas a casar con este chico que recién conocés. Ya te enamorarás de otro que sea del agrado de papá.

-Luisa, entendeme bien: nunca, pero nunca, voy a querer a otro.

II.

Rosario había nacido en el campo de los Pagani.

Su padre Celestino trabajaba como peón, encargado de la cría de un lote de ovejas corriedale que poseía la familia. Era muy bueno a la hora de esquilar, sabía tratar al animal, manejando con destreza y velocidad las tijeras. También supervisaba el baño periódico para el control de sarna y la aplicación de las vacunas.

Su madre, que cocinaba para la peonada, había muerto cuando Rosario era pequeña. Tenía un hermano diez años mayor, que ya ayudaba en las tareas del campo y era una compañía para su padre, pero el pobre hombre no sabía cómo arreglárselas con la crianza de la niña. Entonces con su autorización, Doña Amanda que era de buen corazón, tomó la decisión de que la nena se fuera a vivir con ellos a la ciudad. Ella se encargaría de su cuidado.

La recién llegada tenía la misma edad que Celina y pronto se hicieron buenas compañeras. A medida que fue creciendo, Rosario completó la educación primaria en la escuela pública del barrio y aprendió las tareas de la casa.

De carácter dulce y sumiso, era casi una más de la familia, pero conocía muy bien cuál era su lugar. A pesar de eso, las tres hermanas le exigieron expresamente que las llamara por sus nombres, sin anteponer el “señorita”, como Celestino le había enseñado.

Cada tanto, rara vez que él venía a la ciudad, a veces con su hermano, la llevaba a tomar un helado o a la plaza. Era un buen hombre pero no estaba preparado para reemplazar a una madre. Lo suyo eran el campo y los animales y sólo ahí era feliz. La ciudad lo espantaba.

Ahora la niña se había convertido en una jovencita y se encargaba de la cocina, con la supervisión de Amanda. Era muy dispuesta y todos la necesitaban siempre para algo. Se daba maña para arreglar una ropa o para lavar el auto de Don Rómulo. La casa funcionaba mejor, gracias a ella.

Como no quiso seguir la escuela secundaria, la habían enviado con Celina a aprender costura, así por lo menos podría tener un oficio para desenvolverse sola algún día. Era hábil y de buenos modos y siempre tendría trabajo, con tantas mujeres en el pueblo que necesitaban renovar su guardarropas.

También corrían tiempos enamoradizos para la joven y cruces de miradas con Raúl, el hijo del carnicero. Siempre faltaba un pedazo de hígado para el gato o unos chorizos para el asado del señor, con tal de visitar una vez más el local de la esquina.

Pero -¡Dios no lo permita!- que nadie se enterara de lo que pasaba por su cabeza, tenía terror de que la señora Amanda se diera cuenta. La mataría.

~.~

La aventura que la empujaba ahora rumbo al sur, había comenzado una tardecita al regresar de la facultad. Cargada con portafolio, cartera, paraguas y una bolsa con compras, que realizaba habitualmente en el mercadito de abajo para hacerse algo de cenar, Clara ingresó a su casa.

Con Julio habían llegado a un acuerdo amigable al dividir los bienes: él se quedó con el auto nuevo, porque viviría en la casa familiar de Villa Ballester y ella se haría cargo de la hipoteca. Con algo de dinero en efectivo para redondear los números, pudo quedarse con el departamento. Era un lugar que le encantaba, con una terracita con plantas y lejos del ruido de la calle. Además le quedaba cómodo para ir a trabajar.

Estaba acostumbrada a los medios de transporte, no le pesaba trasladarse de esa manera, más teniendo en cuenta que en Buenos Aires el auto puede resultar una carga más que una solución. A la empresa podía ir caminando y a la facultad viajaba en su colectivo de siempre, observando a sus compañeros fugaces, como cuando era estudiante.

Con el tiempo, una vez cancelado el préstamo, pudo comprarse este autito nuevo, que dormía largos ratos en la cochera de su edificio. Era compacto y liviano, tal como a ella le gustaba y lo usaba para algún paseo fuera de la ciudad o para ir a la costa con una amiga. A cualquier playa, menos a Santa Teresita.

Una vez que acomodó sus cosas, preparó unos mates y se calzó las infaltables botitas de lana, se dispuso a revisar la correspondencia que había pateado a un costado al entrar y que el encargado empujaba gentilmente por debajo de la puerta.

Pasó revista: un ejemplar de Ciencia, la edición de divulgación que coleccionaba; la liquidación de expensas del mes, que no querría coleccionar; una factura de impuestos y finalmente una carta con membrete: "Escribanía Vieguez & Asociados".

Repasó en su mente si habría quedado algo sin completar de los trámites del departamento, pero sabía que todo estaba prolijamente archivado en una de sus carpetas y no creía que pudiera haber nada pendiente.

Abrió rápidamente el sobre y se encontró con una hoja con el mismo membrete con letras grises en relieve y el signo & en dorado, que decía:

“Estimada señora Clara Molina:

“Nos comunicamos con usted en calidad de encargados de la sucesión testamentaria de la señora Celina Pagani, para informarle que ha sido designada por ella como heredera de parte de sus bienes”.

“Dado el triste fallecimiento de la señora Pagani el día 2 del mes en curso, solicitamos se presente en nuestra escribanía en el plazo de 20 días hábiles a partir de la fecha, con el fin de acreditar la aceptación de la herencia, aportando su certificación de identidad.

“Quedando a su disposición, esperamos su pronta respuesta.

“Atte.

“Escribanía Vieguez & Asociados.

“Lomadas, Provincia de Buenos Aires”.

Y le seguían fecha y otros datos de contacto.

El mate pareció congelarse en su mano y su amargor, petrificarse en la garganta. ¿Era una broma de mal gusto? ¿Heredera de sus bienes? ¿Qué tenía ella que ver con esa señora?

Lo único que recordaba, porque resultaba imposible no saberlo, era que en su ciudad había un molino Pagani, conocido por todos, incluso fuera de Lomadas. Sabía que era gente acomodada que tenía una hermosa casa señorial en el centro y poco más que eso. ¿Sería alguien de esa familia?

Ahora su mente era un vórtice en el que se licuaban pasado y presente. De algo estaba casi segura: probablemente en su vida ya nada volvería a ser como antes.

~.~

Sabía que para ella era un amor prohibido y también que sería su único amor.

Que sería el único, lo supo desde aquella primera noche en el baile. Algo sucedió en su corazón que no podía explicarse y tenía la certeza de que la misma sensación habitaba el corazón de él.

Los encuentros fueron siempre así, clandestinos, robados a horas de clases, a tardes de estudio. Vivían buscando excusas para encontrarse y ya su hermana Luisa había empezado a preocuparse.

-Celina, ¿no estarás yendo demasiado lejos?

-No me importa, sólo quiero estar con él.

-Mirá que si se entera papá, se arma la gorda -advierde Luisa.

-No tiene por qué enterarse -responde tozudamente Celina, como buena leonina.

Y finalmente llegó el día en que los cuerpos inocentes pidieron a gritos conocerse, sin reparar en ninguna advertencia.

Un amigo de Martín les facilitó el lugar del encuentro. Estaba cuidando la casa de su abuela, que se había ido de viaje por un par de meses. Regaba el jardín, acomodaba los diarios y la correspondencia que se iban acumulando y dejaba alguna luz encendida durante la noche.

Celina estaba aterrada, pero al mismo tiempo deseaba ese momento aunque no tuviera ninguna idea de lo que sucedería. En esos tiempos, nadie explicaba, ni en el colegio, ni en casa, qué pasaba con los cuerpos ni cómo eran de diferentes con los del otro sexo. Lo poco que se sabía era gracias a una profesora de anatomía vanguardista o por algún chisme dudoso que alguna hermana mayor o alguna amiga podían transmitir, la que a su vez se había enterado por interpósita persona.

¡Qué indefensión! El día en que las niñas pasaban a ser jóvenes, se anoticiaban ante los hechos consumados y con suerte, recibían a lo sumo algunas instrucciones básicas de higiene.

A los varones no les iba mejor. Algún hermano o amigo experimentado les ayudaba a concertar oscuros encuentros de iniciación, que debían contar más tarde como una hazaña, pero que seguramente habían sido traumáticos o poco felices.

Celina y Martín en cambio, compartían la misma inexperiencia y pavor. Por eso esa tarde, temblorosos y analfabetos, se fundieron en cuerpo y alma mientras aprendían y descubrían, al mismo tiempo, un mundo desconocido y amoroso. Los dos fueron alumna y maestro, maestra y alumno.

Cuando el sol apurado comenzaba a caer y los espiaba por un resquicio, los encontró fatigados, abrazados con ternura, los rostros húmedos de felicidad. Cada uno llegó a su casa a la hora prudente, sintiéndose los más locos y dichosos imprudentes.

~.~

Esa noche de insomnio, había barajado todas las posibilidades.

El primer impulso fue el de romper la carta y hacer como si nunca la hubiera recibido y menos aún, leído. Sabía de antemano que eso era imposible, ¿cómo trampear a su mente que andaba siempre a mil por hora? No existía cosa que su

hipocampo no grabara a fuego. Ya se sabe que las mujeres atan los pensamientos a las emociones y no se borran ni con el tintoaero.

También pensó en llamar a alguien de su pueblo para ver si podía obtener alguna pista, pero se dio cuenta que había transcurrido demasiado tiempo desde que perdió todo contacto con sus conocidos y no tenía a nadie de confianza para consultar algo tan delicado.

Finalmente decidió que al día siguiente hablaría con una compañera abogada que trabajaba en el área de legales de la empresa. Era eficaz y discreta y podría al menos darle algunas herramientas para estar preparada, antes de llamar a la escribanía.

No habría dormido más que una hora y pico cuando la alarma sonó y la hizo saltar de la cama. Una ducha tirando a fría, un café doble y el aire glacial de la mañana, la ayudaron a aterrizar de a poco en su nueva realidad. Marchó hasta la empresa y fue directamente a la oficina de su compañera.

Una vez que leyó la carta, ésta le explicó que si la mujer no había tenido hijos, podía disponer libremente de sus bienes y legarlos a una persona que no fuera familiar directo. Caso contrario, la parte que podría transmitir sería menor, pero eso lo sabría sólo con la lectura del documento.

-De todos modos tendrás siempre la opción de rechazar el testamento -le aclaró.

-No sé qué hacer, ¡es todo tan increíble e inesperado para mí! -dijo Clara.

-Lo mejor es que te comuniques con el escribano para que te aclare un poco las ideas. Es probable que haya algún escrito que explique más claramente los deseos de la mujer.

-Está bien, voy a hacer eso y después te cuento.

Agradecida con su compañera, abandonó su oficina con más pesadumbre que alivio.

~.~

La citas vespertinas de Celina y Martín se sucedieron mientras la abuela viajera estuvo ausente y ellos pudieron inventar excusas suficientemente creíbles. No podían sustraerse a la magia de esos encuentros y cada día parecía que todo volvía a comenzar y el mutuo sentimiento que se profesaban se hacía más fuerte.

Pero ya se sabe que en los pueblos hay ojos detrás de cada ventana y lo que no debía suceder, finalmente sucedió. Casi en el mismo momento en que llegaba el tiempo de abandonar su escondite preciado, una vecina, más un verdulero, más unos parientes, construyeron la cadena fatídica de noticias que terminó llegando con la presteza de un cable telegráfico a los oídos de la familia Pagani.

Y como lo había presagiado Luisa, se armó la gorda.

Un cónclave familiar que reunió Don Rómulo con fines aleccionadores y disciplinadores en el living de la casa, sólo logró atemorizar a Amanda y a las hijas mayores. Rosario mientras tanto escuchaba todo desde el cuarto de planchado temiendo por la integridad de Celina. En cambio ésta parecía navegar por otra galaxia, sin inmutarse, ante los gritos de su padre.

-Papá, nos queremos y eso es lo único que importa -lanzó Celina.

-Mocosa impertinente, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? -no salía de su asombro el padre, al que la cara rojiza parecía estallarle de un momento al otro. Su mujer lo tomaba del brazo, tratando de calmarlo, pero lograba el efecto contrario.

-Yo te voy a enseñar qué es lo único que importa y decí que sos mi nena, si no te daba unos buenos rebencazos. ¿Para qué me rompo el alma por el honor de la familia? ¿Te creés que vas a venir vos con ese mocito imberbe a tirar todo por la ventana? ¿Querés ser la vergüenza de esta casa?

Celina seguía impertérrita sin que nada pareciera conmoverla.

-Hoy mismo se termina toda esta historia y no lo ves más al pibe ese.

-Eso es imposible papá -dijo con descaro Celina.

Fue la gota que terminó por desbordar el vaso de fuego candente en que se había convertido el corazón de Rómulo y entonces fue momento de dar el veredicto final, que venía masticando desde que se enteró de la infausta noticia:

-Yo te voy a contar cuáles son tus posibilidades: en unos días terminan las clases y nos vamos todos de vacaciones a Córdoba, donde nos invitó tu tía Rita. Si no entraste en razones para cuando estemos por volver, vas a hacer los dos años que te faltan de colegio en un internado de monjas que queda allá, cerca de su casa. Pensalo bien.

Y agregó:

-Ah, mientras tanto, se acabaron las salidas, reuniones de estudio y clases de costura. Sólo al colegio ida y vuelta. Hago responsables a tu madre y tus hermanas de que cumplas con eso.

Un silencio que parecía envolverlos como una malla invisible, se apoderó de la sala y recién entonces Celina tomó conciencia de que su padre hablaba muy en serio y que el argumento del amor era tan débil para él como una pluma en el viento.

~.~

Clara entró a su oficina y cerró la puerta de vidrio. Era desde hace largo tiempo la gerenta del área de gestión de datos de la empresa y por lo tanto disponía de su propio despacho, desde donde podía observar toda la actividad del sector.

De un lado se ubicaban los administradores de bases de datos, desarrolladores e implementadores y la mesa de ayuda. Del otro, una fila de servidores dentro de una gran pecera refrigerada, que guardaba el centro neurálgico de la información de la entidad y de sus sucursales.

Ella administraba minuciosamente el correcto funcionamiento de los reservorios de datos y del acceso a los mismos, el resguardo de la información, a la vez que realizaba estudios estadísticos y planificaba nuevos proyectos. Su desempeño era muy bien estimado por los directivos.

Pidió un té y luego de controlar y despachar algunos documentos pendientes, se dispuso a realizar la famosa llamada que la tenía en vilo.

-Escribanía Vieguez, buenas tardes -la atendió una voz del otro lado de la vida.

Explicó el motivo de su llamada a la secretaria y ésta le respondió, al cabo de algunos segundos en espera: -Le comunico con el escribano.

El hombre, ya puesto al tanto de quien estaba en la línea, le habló muy cordialmente con una voz impostada y profesional. Se lo imaginó en un despacho revestido en madera de roble, detrás del gran escritorio barroco, bajo una lámpara de bronce bruñido, sentado en un sillón de cuero verde, balanceándose sobre el soporte torneado, mientras jugaba con los gemelos de oro que ajustaban los puños de su camisa impoluta.

-Encantado de hablar con usted, señora Molina, soy el escribano Enrique Vieguez, mucho gusto.

Le explicó que era desde hacía tiempo el notario de confianza de la ahora fallecida señora Pagani y que, tiempo atrás, Doña Celina había redactado su testamento abierto, que él había convenientemente certificado ante la presencia de dos testigos. De la misma manera, la señora había dejado una carta de última voluntad a su nombre, que se le entregaría cerrada -en el caso de que aceptara la herencia- para que la conservara en su poder.

-¿Me podría adelantar más detalles del documento? -quiso saber la novel heredera.

-Lo siento señora Clara, pero es todo lo que puedo informarle por el momento.

-Comprenderá que es difícil para mí, porque no conocí a la señora Pagani y no tengo idea de por qué tomó esta determinación, además de que estoy lejos y tengo compromisos laborales.

-La comprendo, por supuesto. Pero es todo lo que puedo decirle. Si usted se acerca a mi oficina, le leeré el testamento en detalle y podrá tomar una decisión. Puede designar un abogado para que la acompañe, si le parece conveniente.

Con toda su formalidad y corrección, finalmente el escriba le había enviado la pelota sutilmente al córner.

~.~

A Celina no le preocupaba que no podría salir con sus amigas, ni juntarse a estudiar y hablar de tantas cosas que las divertían, ni dar una vuelta por el centro a mirar vidrieras.

Tampoco le importaba perderse la muestra de costura de fin de año, cuando la profesora organizaba un pequeño desfile en el gran salón de su casa, donde las alumnas mostraban los trabajos realizados en el curso anual, con té y tortas y la presencia de las amigas, madres, vecinas y tías.

Ni siquiera le quitaba el sueño saber que no la dejarían ir al baile de egresadas de quinto año -su madre ya se lo había hecho saber- donde su hermana mayor sería una de las flamantes maestras de la promoción. Hasta Rosario iba a ir, ya se había cosido un lindo vestido con cuadros al bias, que le quedaba precioso. En cambio ella se quedaría en casa con Elena, una solterona amiga de su madre, que era más mala que la peste.

Lo que realmente la hacía sufrir, era no poder ver a Martín, ni explicarle cara a cara lo que había pasado. Después de tantas tardes imborrables, esta distancia la volvía loca y la ausencia de sus caricias la hacía languidecer.

Escribió un larga carta para él, donde le contaba los últimos acontecimientos, le reafirmaba todo su amor y su esperanza puesta en que los ánimos se aplacaran y las cosas pudieran seguir su curso. Le dijo una vez más que no podría vivir sin estar a su lado. Guardó la hoja borroneada con sus lágrimas en un sobre y lo cerró firmemente.

No tenía otra chance que entregárselo a Marilina durante la clase, para que ésta se lo pasara a su primo y luego rezar para que la misiva llegara sin interferencias a su amado. Al mismo tiempo, no estaría en paz hasta recibir una respuesta.

Se sentía como Julieta esperando a Romeo, pero esta vez, ella no bebería ninguna pócima. Quería estar viva y despierta aguardando el ansiado reencuentro.

~.~

El largo bosque de pinos rectos y altísimos que se alineaba por varios cientos de metros a su izquierda, le recordó que estaba girando en la curva de los Alonso. Esos detalles nunca se olvidan, significaba que estaba llegando a Lomadas.

Trató de reconocer alguno de los establecimientos que comenzaban a aparecer a los costados de la ruta, al aproximarse a la entrada de la ciudad. Fábricas de silos y maquinarias, forrajerías, venta de tranqueras y alambrados, todos desconocidos para Clara.

Sólo pudo adivinar, tras un gran portón tapado por los pastizales, las ruinas del célebre hotel de citas "Tú y Yo", frecuentado asiduamente por unas cuantas parejas de toda edad -no había tenido el gusto de conocerlo- en su época de esplendor.

Abandonando la ruta, tomó la entrada principal y pasó bajo la arcada que daba la bienvenida a su pueblo natal. La avenida Rocha, que desembocaba en la plaza central y que era pleno campo en las cercanías de la ruta cuando ella partió por última vez, hoy estaba totalmente urbanizada.

Ya cerca del centro, se le estrujó el corazón al ver su colegio Nacional. Parecía que allí el tiempo no había transcurrido. Las mismas paredes centenarias ya, la enorme puerta de madera con su escudo de chapa combada colgando del dintel, las ventanas de celosías larguísimas y la bandera argentina flameando en el mástil del frente.

Le pareció escuchar la campana de ingreso, ver el pabellón nacional alzándose lentamente en el centro del patio y las filas de adormilados alumnos entonando *Alta en el cielo, un águila guerrera audaz se eleva en vuelo triunfal. Azul un ala, del color del cielo, azul un ala, del color del mar...* Luego el griterío de la marea humana que

se distribuye hacia las aulas y los esfuerzos denodados de los celadores para poner algo de orden al bullicio.

Bordeó la plaza, pasando frente a la municipalidad y la iglesia, y a pocos metros se detuvo junto al hotel que había reservado por internet. Era un moderno apart que daba sobre la avenida, donde decidió refugiarse por el resto del día, para acomodar sus pensamientos y sus emociones todo lo que le fuera posible.

~.~

Los días y sus noches se sucedieron para Celina como si fueran una sola jornada, oscura y gris. Esperando la respuesta de Martín que nunca llegaba y siguiendo la rutina entre la casa y el colegio como una autómatas.

Las clases terminaron, pasó de curso, su hermana se recibió y luego comenzaron los preparativos navideños, que siempre habían estado para ella llenos de felicidad y expectativa.

Las fiestas de fin de año se celebraban en la familia como Dios y los ancestros italianos mandan. Como buenos descendientes de campanos, daban al pesebre un significado muy trascendente y todos intervenían en su armado. Cada año se agregaba alguna pieza nueva o se reemplazaban aquellas que el tiempo, o los participantes con su entusiasmo, habían deteriorado.

También se había incorporado el árbol de Navidad, aunque no fuera originalmente una costumbre propia del sur italiano. Las chicas se encargaban de hacerlo resplandecer con adornos coloridos y de distribuir al pie los regalos que Amanda, con la ayuda de Rosario, se había ocupado de comprar y preparar con dedicación.

El 24 a la medianoche todos asistían infaltablemente a la misa de gallo con sus mejores ropas, luego de una cena ligera con pastas. En la iglesia se entonaban villancicos tradicionales, preparados por la directora del coro de la parroquia y acompañados por algunos instrumentos.

El festejo principal sucedía al día siguiente al mediodía, donde se servía un cordero o lechón asados, traídos del campo por Celestino, que los había seleccionado y faenado para la ocasión. Luego seguían los postres italianos que la dueña de casa cocinaba como nadie y finalmente llegaba el momento más esperado: la entrega de los presentes para toda la familia.

Pero ni esas celebraciones, ni el arribo del nuevo año o el próximo viaje en familia que siempre disfrutaba, tenían ahora la menor importancia para Celina. De poco servían los intentos de sus hermanas de arrancarle una sonrisa, ni de que se

sumara a las tardes de juegos de mesa o de baños de sol, ahora que estaban de vacaciones.

Por si no tuviera suficientes motivos, uno nuevo se agregaba a su alma ya vapuleada por la tristeza: ver a su padre tan abatido y decepcionado, le rompía el corazón. Eran tan unidos y ahora esta distancia se le hacía insoportable, pero también estaba muy enojada con él, porque no había sabido comprender los sentimientos que tomaban por asalto toda su existencia.

III.

Enrique Vieguez se había recibido primero de abogado y luego de escribano en Buenos Aires y había regresado a Lomadas para trabajar en la escribanía de un viejo amigo de su padre.

Años más tarde, cuando el antiguo notario dejó la actividad, le trasmitió su registro notarial y la cartera de clientes, por lo que su profesión se fue consolidando con el paso del tiempo y se hizo de un sólido prestigio en la ciudad.

Por supuesto que él aportaba su capacidad y sobre todo su honestidad y rectitud, condiciones indispensables para lograr la confianza de las personas que deben realizar gestiones en las que muchas veces están comprometidos su patrimonio y su futuro.

Tenía una hermosa familia, con su mujer y sus dos hijos, una linda casa y otra de veraneo frente al mar, en el balneario cercano. Más no podía pedir.

Pero el destino quiso que una enfermedad larga y penosa se llevara temprano la vida de su esposa y lo sumiera en una gran tristeza de la que creyó no poder salir. Sin embargo, comprendió pronto que no podía darse el lujo de dejarse caer, tenía sobre sí mismo la responsabilidad de criar a dos hijos casi adolescentes y además ayudarlos a superar la ausencia de su madre adorada. El trabajo lo ayudó en gran parte a seguir adelante.

Fue por ese entonces que conoció a Celina Pagani a través de su abogado, Julio Ducrot, socio en la escribanía y amigo en común. Enseguida le asombró la fortaleza de carácter de esa mujer, al mismo tiempo que su costado humano. Sabía que ella estaba a cargo de la empresa familiar desde que su padre había fallecido.

Su amigo le contó con más detalle lo que él conocía a grandes rasgos, según lo que se rumoreaba en la ciudad: Don Rómulo había estado enfermo del corazón cuando ella era muy joven y su hija no se había apartado de su lado en ningún momento. El hombre le enseñó todo sobre la empresa y pasado el tiempo ella había tomado las riendas, primero a su lado y luego, poco antes de la muerte de Don Rómulo, como nueva presidenta de la entidad.

El molino Pagani era una de las principales fuentes de trabajo de Lomadas, tanto en empleos directos como indirectos. Mucho había evolucionado, desde los inicios en que funcionaba con un motor a vapor de agua y ruedas de piedra que realizaban la molienda, hasta la actualidad, donde la energía eléctrica impulsaba pesados rodillos de acero automatizados, que trituraban el grano que luego era

filtrado para separar la harina del salvado y obtener y empaquetar los productos finales.

Enormes y modernos silos con sistemas de control de temperatura y humedad almacenaban el cereal, que era transportado posteriormente al área de procesamiento, instalada en una edificación completamente nueva.

El viejo edificio original de ladrillos se había reciclado conservando su fachada y albergaba el sector donde peritos cerealeros controlaban y clasificaban los granos, además del laboratorio, donde se supervisaba la calidad de los productos resultantes. También se habían instalado allí el sector de empaque y logística, las distintas oficinas administrativas, el centro informático y el salón de reuniones.

En suma, se trataba de una empresa que siempre había progresado, cuidando la calidad de su producción y el bienestar de sus empleados. Era conocida en la zona y también tenía trascendencia nacional.

Pero ahora que la señora Pagani se sentía cerca de su última etapa activa, quería poner las cosas en orden y prever para el futuro un destino seguro para el molino. Le preocupaba, como a su padre, el porvenir de las más de cien familias que dependían de ello.

~.~

Cada vez que llegaba a una habitación de hotel, lo primero que hacía Clara era ir hasta el ventanal, correr las cortinas para que entrara la luz del día, abrir los vidrios y asomarse a ver el paisaje.

Aspiró el aire fresco y seco que llegaba al quinto piso y contempló casi a su altura la cruz de la iglesia y la cúpula de la municipalidad, testigos inamovibles de una historia de más de ciento treinta años.

Se imaginó por un momento el desfile de personajes que por allí pasaron: campesinos, inmigrantes y hacendados en sus carretas, sulkys o volantas; señores de galera y bastón; señoras con sombrilla y vestidos hasta el piso; pobres y ricos; voiturés y Ford-T. ¿Podrían alguna vez esas moles de cemento contar la historia de una ciudad que desfiló ante sus ojos durante mucho más de un siglo?

Luego, mientras desarmaba la valija y distribuía sus cosas en el placard de la habitación, se puso a recordar que tuvo que acomodar mucho más que la ropa que pensaba traer, antes de emprender el viaje.

Las clases en la facultad no eran un problema porque en esos días empezaba el receso invernal y la cursada de su materia se reanudaría en tres semanas, según el calendario académico.

Con la empresa fue un poco más complicado. Tenía un cargo de mucha responsabilidad y además ella misma estaba muy comprometida con su tarea, como lo hacía con todas las cosas que emprendía en su vida. La verdad era que contaba con días de vacaciones de sobra, porque nunca se tomaba todos los que le correspondían y se habían ido acumulando a lo largo de los años.

Cuando finalmente tomó la decisión de viajar, respiró hondo y fue a hablar con su superior. Sin darle demasiados detalles, le transmitió su necesidad imperiosa de usar al menos quince días de licencia. Ya había hablado con su segundo, Pablo, un administrador de bases de datos en quien confiaba plenamente. Era muy capaz y diligente y tenía buen trato con todo el personal.

Afortunadamente, no hubo reparos para que aceptaran su pedido. De todos modos acordó que estaría pendiente ante cualquier dificultad o consulta que necesitaran hacerle. Llevaba consigo su computadora personal, desde la que podía conectarse directamente a la de la oficina y operarla como si estuviera allí mismo.

Volviendo a la ropa, también le dio trabajo decidir qué traer. Algo cómodo, mucho abrigo, algo más arreglado, botas, zapatillas, ¡uf! ¡qué difícil armar una valija! Era la parte que menos le gustaba de los viajes. Mucho más fácil era deshacerlas: como en los noviazgos fallidos, todo iba a parar al cesto.

~.~

La casa de tía Rita estaba en La Falda, en el valle de Punilla, en plena sierra cordobesa. Ella era la mayor de los tres hermanos Pagani que formaban la primera generación nacida en el país.

Se había casado muy joven con un hacendado cordobés al que conoció en una feria ganadera realizada en Lomadas y en la que hacía las veces de anfitriona acompañando a su padre. Su esposo criaba vacas lecheras para exportación cerca de esa ciudad serrana y allí se radicaron inmediatamente después de casarse. Tuvieron dos hijos varones que siguieron el camino de su padre en el establecimiento de cría.

Por otro lado, el hermano menor de los Pagani, Adolfo, era una persona muy particular y distinta al resto. No le interesaba el campo ni los negocios familiares y habitualmente tenía conflictos con sus padres y hermanos. No se había casado. Le atraía la vida nocturna y le facilitaban dinero suficiente para darse los gustos.

Rómulo siempre fue el más emprendedor y visionario y era en quien su padre confiaba para administrar los intereses familiares. Cuando finalmente se hizo cargo de los negocios de la familia, convinieron en crear una sociedad anónima que incluiría todos los bienes y contaría como socios a los tres hermanos. Rómulo sería el presidente y tendría un voto calificado en el caso de no haber acuerdo entre dos socios al menos, cuando debiera votarse alguna propuesta.

En la práctica, Adolfo y Rita sólo se dedicaban a disfrutar de los dividendos y votar lo que les sugería el presidente, cuando era necesario.

En este enero caluroso, gracias a la invitación de la tía, la familia estaba disfrutando de las comodidades de la casona de estilo colonial enclavada al pie del cerro La Banderita, donde alguna vez habitaron los indios comechingones, rodeada de árboles frondosos y de un cercano arroyito. Los dueños de casa se desvivían en atenciones, organizaban paseos por la sierra, cabalgatas, ricas comidas y juegos de salón. Todo estaba dispuesto para pasar unas vacaciones fantásticas.

Esa tarde, las chicas tomaban sol junto a la piscina rodeada de verde y de silencio, sólo interrumpido por el martilleo cercano de algún pájaro carpintero o el murmullo de alguna pareja de torcazas buscando miguitas cerca del agua. Los mayores dormían tranquilamente la siesta. Pero el tema de conversación de las jóvenes no parecía ser el más apacible:

-Cómo, ¿no se cuidaron? -preguntó alarmada Luisa.

-¿Y cómo tendríamos que haber hecho? -dijo inocentemente Celina.

-¡Ay nena! ¿Cómo no nos preguntaste? ¿Cómo no nos dijiste nada? No sabemos gran cosa pero ¡podríamos haber averiguado antes de que hicieras una macana!
-fue la voz de Lidia, la hermana mayor.

-¿Y para cuándo tenías el período?

-Para Navidad más o menos y siempre viene puntual.

-¡Dios santo! Ya son muchos días, pero qué irresponsables los dos... Y él no sabe nada, este chico... ¿Martín, se llama? -indaga Lidia.

-¡No me hables como papá! No, Martín no sabe nada, ¡si no pude hablar más con él, ni siquiera verlo de lejos! -contesta Celina a punto de echarse a llorar.

-Mirá, no es momento de rebeldías, acá tenés un problema grave y no sé cómo lo vas a resolver. Al menos aceptá que somos las únicas que te podemos ayudar -se enoja Luisa.

-Vamos a esperar unos días más y si no hay noticias, tendremos que hablar con mamá, no hay otra solución -dice sensatamente la mayor.

-Estoy frita.

Los ojos de Celina ya son una catarata y el sol parece haberse eclipsado en plena tarde canicular. Y eso que no les dijo que le duelen los pechos, tiene miedo que eso también signifique algo y que sus hermanas le den la sentencia final.

~::~~

Clara ocupa la mañana de su segundo día en andar por la ciudad, aclimatarse y tomar coraje. Es un típico día invernal, muy frío pero con un sol que se atreve bastante a inmiscuirse entre los edificios que ya toman altura alrededor de la plaza central.

Cruza en diagonal el sendero principal, flanqueado por fresnos desnudos, y al pasar del lado opuesto se encamina sin querer hacia su barrio natal. Lleva gorro de lana, campera inflada y lentes oscuros, que la protegen como una coraza. A pesar de haber cambiado su fisonomía después de tantos años, no tiene ganas de que nadie la reconozca sin su consentimiento.

Pasa por el frente de la escuela número 8, donde cursó la primaria y otra vez los recuerdos de esas épocas se agolpan en su mente: Alicia, su maestra de tercer grado que la quería tanto y la llenaba de dieces felicitados; los juegos con el elástico, la escondida y la mancha venenosa en el patio de recreo; el tañido de la campana que marcaba la vuelta a casa, donde la esperaban el mate cocido con leche y las vainillas que le preparaba mamá. Dulces evocaciones que le entibian el alma.

Luego llega ante la puerta de la que fue su casa. En realidad, la casa de sus tíos. Éstos vivían al frente, donde estaba el taller de radios y Clara con su mamá habitaban un pequeño departamento en el fondo, que su hermano les facilitaba. Le parece que el tiempo no hubiera transcurrido y hasta cree escuchar las voces que antaño poblaban ese lugar.

Ya ninguno de ellos vive allí, toda la familia se mudó a Bahía Blanca, para que las hijas pudieran seguir los estudios universitarios y nunca regresaron. Mientras estaba su madre, tuvo noticias de sus vidas, ahora esos recuerdos duermen en el arcón nunca abierto de su pasado. No sabe nada de ellos.

Continúa caminando y la curiosidad la lleva a pasar por la escribanía, a pocas cuadras del centro. Sólo lanza una mirada fugaz, que alcanza a registrar una gran placa de acrílico mate con letras esmeriladas: "Escribanía Vieguez & Asociados - Larrea 218". Más tarde nos veremos -piensa Clara.

Planea almorzar en el hotel, que tiene un cálido barcito con vista a la calle donde preparan sencillos menús muy ricos. Ya hizo una degustación la noche anterior y hoy más temprano le sirvieron allí mismo el desayuno. Sentada tras las cortinas, se siente lejos de las miradas de los paseantes, que como ocurre en toda ciudad del interior, tienen un instinto único para darse cuenta cuando alguien no juega para el equipo local.

Pero cien metros antes de llegar, sobre la misma avenida, se da cuenta que está frente a la casona de los Pagani. Un poco porque la recuerda y otro poco porque estuvo buscando en internet antes de venir, todo lo relacionado con esa familia. La casa es de estilo francés de dos plantas, muy bien conservada, con un imponente balcón con balaustrada de cemento en el primer piso y grandes celosías de metal.

Parece estar cerrada. Clara se pregunta qué historias habitarán detrás de la puerta cancel.

~.~

Cuando la salud de Rómulo Pagani hubo desmejorado lo suficiente como para temer por su vida, éste decidió junto a su mujer Amanda, donar el total de sus acciones a sus tres hijas, por partes iguales.

Tiempo antes, Adolfo había vendido su tercio a Rómulo para comprar un coqueto departamento en Buenos Aires, al que se mudó definitivamente. Un poco para gozar de la noche capitalina y otro tanto para alejarse de la familia, con la que nunca congenió demasiado a pesar de que habían tenido hacia él todas las contemplaciones posibles. Como saldo final, una gruesa suma de dinero le quedó disponible en el banco para darse todos los gustos sin esfuerzos, por el resto de su vida.

Ahora las tres hermanas poseían dos tercios de las acciones, por lo que no tuvieron dificultad para nombrar como nueva presidenta de Molino Pagani S.A. a Celina, que en la práctica ya ejercía ese papel, dado el delicado estado de salud de su padre.

Lidia y Luisa tenían sus propias familias y actividades y nunca les había interesado el manejo de la empresa. Lidia ejercía como maestra y Luisa era fonoaudióloga de niños, la vida de ambas pasaba por atender a los pequeños en

su casa y también en el trabajo. Era evidente que tampoco tendrían urgencias económicas.

En cambio Celina estaba sola y dedicaba sus días a cuidar a su padre y a manejar la empresa.

Rómulo había enfermado gravemente del corazón cuando ella estaba terminando el colegio secundario, por lo que rindió libre el último año para poder ocuparse de él. Lo intervinieron en una clínica cardiológica de Buenos Aires y, aunque la operación fue exitosa, debía cuidarse estrictamente: medicamentos a varias horas del día, comida especial, ejercicios de rehabilitación, caminatas diarias. Por decisión propia, de todo esto se había hecho cargo Celina, además de conducir el automóvil, actividad que el hombre tenía terminantemente prohibida.

Al mismo tiempo, se dedicó pacientemente a aprender todo sobre la administración de la empresa. Si bien se había recibido de maestra, siempre le interesaron los números y tenía al mejor profesor en casa. Rómulo era un experto empresario y se sentía feliz transmitiendo esos conocimientos a su hija predilecta. Siempre quiso contagiarle a Celina su amor por el oficio y desde chica la llevaba a la sala de molienda para escuchar el ruido de las trituradoras y llenarse de polvo de trigo, como había hecho él desde pequeño junto a su propio padre.

Ahora, pasaban las tardes revisando libros contables, estudiando costos y cotejando cotizaciones de cereales. Sólo a veces, por un instante, sus miradas se cruzaban y los dos sentían llegar los recuerdos como un fregonazo ante sus ojos. Pero un rápido pestañeo los hacía seguir de largo y todo volvía a la rutina habitual.

~.~

Esperaron que se fuera Rosario, que les había traído un jugo de naranjas fresco, mientras jugaban a las cartas en el parque bajo una gran sombrilla a rayas blancas y verdes. Cuando estuvieron nuevamente solas las tres hermanas, surgió la pregunta que se repetía diariamente en esas vacaciones:

-¿Yyy? ¿Tuviste novedades? -inquirió ansiosa Luisa.

-Nada -respondió Celina con cara de desconcierto.

-Bueno, esto no da para más, hay que hablar con mamá -intervino Lidia.

-Me va a matar, Dios mío, ¿por qué me tiene que pasar esto a mí? Casi sollozando, Celina no llegaba a ver las miradas de sus hermanas que al encontrarse parecían decir: "Es todo obra tuya, nena. Y del tal Martín...".

Rómulo se había ido a cazar perdices con su cuñado por el camino del Cuadrado, a unos pocos kilómetros al este, y Amanda recién se levantaba de la siesta. Lidia la fue a buscar y le ubicó un sillón cómodo bajo la sombrilla, por si su madre perdía el equilibrio al escuchar la noticia.

Las dos mayores hicieron una breve reseña, tratando inútilmente de quitarle dramatismo al relato, mientras Celina permanecía muda y pálida. Contra lo imaginado, en lugar de ponerse a gritar o tomarse de los pelos, la señora Pagani se tomó unos instantes, respiró hondo y lanzando un suspiro habló pausadamente.

-Estaba esperando esta noticia, era evidente que esto iba a pasar, muchacha irresponsable -dijo Amanda, sin hacerse cargo ni un poquito de no haber preparado a sus hijas para situaciones como éstas, una vez que estaban entrando en la vida adulta. No era la única responsable, pero tenía su buena parte.

Actuando con total frialdad, les dijo que por ahora no iban a decir nada a su padre. Parecía tener todo pensado. Organizarían un paseo de todo el día a Villa Carlos Paz, distante a una hora de viaje, con la excusa de recorrer el lago San Roque y subir a la aerosilla. Se las arreglaría con cualquier pretexto para que fueran ellas cuatro solas en la rural familiar.

Una vez allí, buscarían un laboratorio dónde realizar la extracción de sangre -no era cuestión de hacerlo en La Falda y que todo el mundo se enterara- y rezarían para que el resultado del análisis estuviera listo esa misma tarde, mientras ellas paseaban y tomaban fotos que sirvieran de coartada.

Si daba positivo, necesitarían algo más que rezar.

~.~

La señora Celina los recibió en su despacho, que estaba ubicado estratégicamente en el primer piso del viejo y renovado edificio del molino. A su espalda, grandes ventanales daban al nuevo sector de producción, donde se llevaba a cabo la molienda. También se veían desde allí los enormes silos con sus tolvas y la playa de carga y descarga.

Junto a la puerta de acceso, paredes vidriadas le permitían ver hacia el interior las oficinas, los laboratorios y el sector de logística y empaquetado. Todo estaba bajo su control.

Ella estaba vestida con un trajecito azul muy formal, con una blusa blanca y un pañuelo de seda de colores claros. El pelo canoso y recogido en la nuca le daban más años que sus casi setenta, pero al saludar a Enrique y a Julio, el abogado, con

una cálida sonrisa y un fuerte apretón de manos, su imagen adusta se transformó rápidamente y la hizo lucir más joven.

Los invitó a sentarse en sendos sillones de visita que flanqueaban el escritorio de la presidenta. Un buqué de jazmines, sus preferidos, aromaba delicadamente el ambiente. Luego de ordenar dos cafés expreso y un té cargado con limón y miel para ella, Celina levantó la tapa de la cubierta ejecutiva de cuero que había pertenecido a su padre y tomó varias hojas impresas que contenían la información a compartir con los recién llegados.

-Señor Vieguez, sé que el doctor Ducrot lo ha puesto al tanto del motivo de esta visita -comenzó la charla Celina.

-Por favor, llámeme Enrique, señora Pagani -respondió amable el escribano.

-Sólo si para usted soy Celina. Tenemos que trabajar en un círculo de confianza desde el vamos. Sé que puedo estar tranquila en ese sentido, Julio me ha hablado muy bien de su persona y como confío en él, confío en usted.

-Está bien, señ..., está bien Celina -respondió algo incómodo Enrique.

Lo que siguió fue una extensa charla, matizada con varios cafés, donde los tres analizaron minuciosamente todos los detalles que Celina tenía apuntados en su ayuda memoria. Finalizada la reunión, había agregado otros tantos temas a considerar. Se sentía satisfecha y aliviada.

~::~

Esa tarde, Clara dejó de lado el estilo informal que llevaba en la caminata matutina y se dispuso a revestir más elegantemente su figura. Sin ser bella, era una mujer atractiva en la cincuentena, de porte elegante y segura en el andar.

Un leve maquillaje, pantalón con suéter de cuello alto y un tapado color habano, la dejaron conforme al evaluarse frente al gran espejo de la habitación.

Recorrió a la inversa el camino hasta la escribanía. Era la hora de la salida del colegio y cruzó a madres con niños y niñas cargados con mochilas y luciendo las huellas de un día ajetreado: guardapolvos ajados, rodilleras descosidas y risas a granel.

Tocó el timbre del portero eléctrico que tenía una cámara incorporada. Enseguida, antes de que pudiera emitir palabra, escuchó la chicharra que le franqueaba la entrada y una voz que le decía: -Adelante señora Molina. Era evidente que ya la tenían bien identificada.

La secretaria le pidió amablemente que tomara asiento sólo un momento porque el escribano la atendería a la brevedad. Si bien la fachada era la de una casa antigua, la sala de espera estaba remodelada a nuevo, equipada con todo el confort y tecnología.

Clara se había acomodado apenas en el sillón capitoné, cuando una puerta se abrió y una voz grave la invitó a pasar:

-Adelante, por favor -era el escribano Vieguez. Una vez más, ella apeló a la memoria de sus búsquedas por internet y pudo identificarlo.

Nuevamente se sorprendió al ingresar al despacho del escribano. No existían allí ni el escritorio barroco, ni el sillón de cuero, ni todos los elementos suntuosos que ella había imaginado, más propios de un antiguo club inglés, donde los socios se reúnen a jugar al bridge, fumar en pipa y beber wiski.

La oficina del notario era un lugar moderno y sencillo, como lo parecía él mismo al saludarla con un gesto amable e invitarla a tomar asiento. También su vestimenta, de prolija camisa celeste y pantalón tostado, era la adecuada, sin ser acartonada. De inmediato Clara se sintió cómoda, dejando un poco de lado los prejuicios y malas sensaciones que había arrastrado por días enteros y cientos de kilómetros.

Luego de la correspondiente presentación, Vieguez le explicó en detalle los motivos que la habían llevado hasta allí y cómo sería el procedimiento que incluiría la lectura del testamento en su presencia y ante testigos. Por otra parte, le anticipó que compartía la herencia con otros herederos designados, que estarían también presentes en el acto.

Tal lo comentado telefónicamente, le habló nuevamente de la carta de última voluntad que había escrito la señora Pagani antes de morir, cuya guarda le había confiado en sobre cerrado y que le sería entregada sólo si ella como legataria aceptaba la herencia. En caso contrario, sería destruida ante sí.

-Señora Molina, le consulto si va a estar acompañada por su abogado -requirió el escribano.

-No, gracias. Me siento preparada para enfrentar este desafío inesperado y que sea cuanto antes, por favor -respondió Clara.

Tenía la sensación de que otra persona estaba hablando desde dentro de su cuerpo y que ese ser ignoto no tenía la menor idea del berenjenal en el que la estaba metiendo.

~.~

Salieron tempranísimo esa mañana, que anunciaba una tarde de calor bien cordobés: seco y matador. Amanda era diestra al volante, estaba acostumbrada a llevar a sus hijas al campo desde chiquitas, cuando su esposo se quedaba un par de días a controlar alguna venta de hacienda y ellas lo iban a buscar. Tenían un buen recorrido para hacer desde la ciudad, tanto sobre la ruta de asfalto como por el extenso tramo de camino de tierra -a veces de barro- que unía a ésta con la tranquera de la entrada principal.

El hermoso paisaje serrano pasaba ahora desapercibido a sus costados mientras el pensamiento de cada una andaba por otros lares y la mirada se perdía sin ver, sobre las cimas montañosas.

Llegaron a Villa Carlos Paz antes de las diez de la mañana. Amanda había consultado una guía telefónica que encontró en la sala principal de la casa y logró apuntar las direcciones y números de teléfono de tres laboratorios, por si alguno fallaba.

Debieron descartar el primero porque no entregaba resultados en el día. Tuvieron más suerte con el segundo intento. Para que no llamara tanto la atención esa delegación de mujeres acudiendo al local, las dos hijas mayores esperaron a la sombra reparadora de un algarrobo, en un banco de la plaza situada justo enfrente.

Fue inevitable de todos modos tener que soportar la mirada condescendiente de la empleada cuando Amanda debió indicar el motivo de la extracción de sangre. No sabían si era necesario estar en ayunas para ese tipo de estudio, pero por las dudas ninguna había desayunado, por lo que las ojeras de Celina y su palidez, eran más pronunciadas de lo habitual.

Afortunadamente, todo fue rápido y la enfermera encargada de la temida operación, se abstuvo de hacer preguntas. En pocos minutos estaban las cuatro en una cafetería cercana reponiendo fuerzas con sendos cafés con leche con medialunas y planeando sin muchas ganas el recorrido a realizar.

El resultado estaría listo para las cinco de la tarde.

IV.

Martín Taboada era el hijo mayor de una familia humilde y laboriosa. Su padre trabajaba en el taller mecánico fundado por su propio progenitor y del que había aprendido todos los secretos del mundo de los fierros.

Vivían en las afueras de la ciudad, en una casita que estaba en los fondos del taller. El abuelo seguía trabajando casi como en sus años mozos, salvo porque ya su hijo no le permitía hacer fuerza cuando había que levantar algún motor con la ayuda de gruesas cadenas o desarmar piezas pesadas.

Y bien pesado era el trabajo de la dueña de casa, que -además de todas las tareas hogareñas-, debía lavar la ropa de trabajo engrasada. Hervía los mamelucos en un tarro enorme con jabón y en esa agua hirviente metía sus manos para frotarlos con un cepillo de alambre, era la única manera de limpiarlos. Para no apenar a su esposo, se las arreglaba para que no viera sus dedos hinchados al fin de la jornada. Los de él no estaban mucho más presentables.

Las dos hermanas de Martín solían andar poco cerca de los dos trabajadores, primero por las mil recomendaciones de la madre para que no se acercaran a la fosa porque tenía terror de que pudieran caerse adentro y además porque les gustaba mucho más jugar a la rayuela en el playón, leer historietas o aprender a hacer una torta con mamá.

En cambio para Martín el taller era como un parque de diversiones. Los hombres le daban siempre una pequeña herramienta para ajustar tornillos o le permitían que les alcanzara alguna de las llaves que estaban a su altura, en el tablero pintado prolijamente de amarillo en una de las paredes. En color blanco estaban dibujadas las siluetas de cada una y eso les permitía tener todo a mano y ordenado.

El abuelo era muy inteligente e inventor, tanto que había fabricado una máquina para perforar en serie varillas de alambrado, usados para delimitar los campos de la zona y que les representaba un ingreso adicional. Hasta había creado una persiana a motor para cerrar la entrada del taller, una tecnología impensada en los años sesenta para un modesto negocio de barrio.

Pero lo mejor para Martín, fue cuando le construyó un carrito bolillero. Con una tabla larga y dos ejes a los que le había insertado rulemanes en desuso en las puntas y una sogá larga atada en el frente para impulsarlo, había quedado listo un vehículo perfecto.

Los domingos después de la siesta, iban a la circunvalación, que estaba asfaltada. No había nadie a esa hora, unos durmiendo todavía, otros escuchando el partido. Pablo, el padre de Martín, arrastraba el carro con la soga y él, en cuclillas y bien agarrado de los bordes, era el niño más feliz del mundo piloteando su nave de madera.

Se imaginaba al volante de un auto de turismo de carretera, igualito a los que iban a ver pasar por la ruta que estaba a pocas cuadras, con toda la familia. Esos domingos en que, con banquitos plegables e infaltables sándwiches de mortadela, se sentaban bajo un eucalipto a la vera de la cinta asfáltica y disfrutaban del rugir de los motores.

A veces veían el avión que sobrevolaba controlando la carrera y algún día de suerte inclusive, uno de los competidores paraba a controlar alguna falla y entonces podían ver de cerca al piloto y su acompañante, que bajaban velozmente con casco y antiparras a revisar el motor, para luego alejarse a toda máquina.

Cuando Martín fue creciendo y ya le daban permiso para ir solo hasta la avenida, se juntaba con los amigos del barrio y entonces se turnaban para volar sobre los rulemanes mientras otros jugaban un fulbito en la rambla de tierra.

La familia hacía todos los sacrificios pensando en el futuro de sus hijos. Además de criarlos fuertes y sanos, querían que siguieran sus estudios para que tuvieran un destino mejor al propio. Las niñas iban al colegio comercial, para que pudieran aprender algo de contabilidad y mecanografía y asegurarse un trabajo estable el día de mañana.

Martín estaba terminando la escuela técnica. Como le gustaba tanto el trabajo de mecánico y era un gran ayudante para su padre, vieron la posibilidad de que se perfeccionara en el funcionamiento de motores y pudiera seguir con la tradición familiar, agregando nuevos conocimientos. Llevaba consigo la chispa de su abuelo y siempre estaba pensando cómo mejorar los servicios que brindaba el taller, ahora que el viejo inventor los había dejado.

Los tres hijos eran buenos alumnos y se arreglaban solos con las tareas del colegio. Por suerte era así, porque sus padres habían alcanzado apenas a terminar la escuela primaria y no les servían de mucha ayuda. Pero últimamente, veían que Martín estaba muy distraído y se encerraba por horas en su habitación. Tal vez serían cosas de la edad.

~.~

Durante la larga entrevista con Julio y Enrique -abogado y escribano-, Celina había expuesto todas sus inquietudes y escuchado atentamente las sugerencias que con buen criterio le realizaron los dos profesionales.

Cuando Rómulo aún vivía, padre e hija habían conversado muchas veces sobre el futuro de la compañía. Sabían que eran los más interesados en el destino del molino y temían que si algo les sucedía, tanto esfuerzo de décadas pudiera quedar en otras manos y con propósitos más mezquinos.

Luego de la partida de Rómulo, el resto de la familia decidió reconfigurar la sociedad. Vendieron el campo, que ya les resultaba difícil de administrar y luego de ello, Celina quedó con la mitad más uno de las acciones y con la presidencia, además de la casona familiar, de la que compró la parte a sus hermanas.

Hoy en día los hijos de tía Rita tenían un tercio de las acciones y Lidia y Luisa, poseían las restantes. El temor de Celina era que, al no tener descendencia, ¿quién se ocuparía del molino si ella no estuviera? ¿qué pasaría con los empleados de tantos años y hasta con los más nuevos?

No creía que el resto de la familia estuviera interesada en involucrarse demasiado, entonces temía que vendieran o liquidaran la empresa y eso sería el final. Honrando la memoria de su abuelo, que un día pasó de peón raso a ser el valiente precursor de esta realidad, no podía permitir que se perdiera el tesoro familiar.

Les planteó a sus dos invitados todas las dudas, quienes le sugirieron que una posibilidad era legar su parte de la compañía a personas de su confianza que pudieran continuar con la tarea, para lo que había que tener en cuenta una serie de condiciones e instruir a los legatarios, a través de un testamento, sobre el manejo de la empresa.

Luego de dedicar al asunto un buen tiempo para pensar, Celina había tomado finalmente una decisión y convocado nuevamente a los dos amigos para exponerles detalladamente lo que quería hacer.

~.~

Claro que algo le pasaba a Martín. Estaba perdidamente enamorado. Desde esa noche en el baile, su mente y corazón estaban colonizados por el rostro de Celina.

No bien la vio sentada a la mesa charlando con sus hermanas, sólo pensó en tomar coraje e invitarla a bailar. Era audaz y decidido, aunque la verdad sea dicha, nunca imaginó que ella iba a aceptar o que las hermanas le iban a dar permiso para marchar con ese extraño a la pista.

Era consciente de sus limitaciones. Sabía perfectamente las diferencias sociales que los separaban, porque además conocía muy bien que esa era “la mesa de las Pagani”, sus compañeros ya se lo habían advertido. Pero se ve que su simpatía y desparpajo pudieron más y así se encontró poco rato después sosteniéndola en sus brazos.

Giraban al ritmo de la música y él sentía que no querría separarse nunca más de esa mujercita. Después, las cosas pasaron casi sin querer a un ritmo vertiginoso y el tiempo le regaló muchísimo más de lo que hubiera soñado.

Pero de pronto el mundo se había detenido para él: desde hacía días no tenía ningún contacto con Celina. No la encontraba a la salida del colegio y sus amigas cruzaban de vereda cuando lo veían venir. Hasta pasaba por el frente de la casa de sus encuentros con la tonta esperanza de verla llegar y un día se animó a escrutar un buen rato desde el otro lado de la avenida, ante la casona de su Julieta. Nada.

¿Cómo concentrarse entonces en el estudio?

Le había tocado en suerte redactar el informe final del trabajo práctico exigido antes de diplomarse, para la materia Taller de Mecánica. Decidieron con sus compañeros realizar el prototipo de un gato hidráulico para levantar vehículos y él debía describir el proceso, enumerar los materiales y herramientas que habían utilizado, agregar los planos de las piezas que otro de los compañeros del grupo dibujó, detallar el ensamblado y funcionamiento del dispositivo y consignar el resumen de las pruebas realizadas.

En suma, era una muestra de los conocimientos adquiridos en los años de curso y que en su caso estaba relacionado directamente con su trabajo futuro y que lo había entusiasmado sobremanera, hasta que el tema perdió espacio abruptamente en su cerebro, avasallado por el amor.

Cada vez que su madre se acercaba para traerle unos mates o algo rico para la merienda, él simulaba estar concentrado en el trabajo, pero su mente navegaba al garete por otros mares.

~.~

Todo estaba listo para dar comienzo al trascendente momento.

Al ingresar a la sala de espera de la escribanía, Clara se había encontrado con tres personas que aguardaban, sentadas en el gran sillón. Saludó cortésmente y se ubicó en un asiento individual. Eran dos hombres y una mujer, que parecían tan nerviosos como ella según pudo adivinar por el tono de la conversación y las risitas tímidas que intercambiaban. ¿Serían los demás herederos? -se preguntó.

En efecto, cuando el escribano abrió la puerta de la sala de reuniones, el gesto de bienvenida abarcó a los cuatro, invitándolos a ingresar. Vieguez había convocado al contador de la escribanía y a la secretaria administrativa, para que oficiaran de testigos de la lectura del testamento. Ya estaban designados los lugares correspondientes a cada uno junto a la mesa de reuniones y un empleado ofrecía los respectivos cafés.

El notario, con su compostura habitual, se aclaró la garganta y abrió la carpeta que ya estaba preparada enfrente de su asiento. Tomó la escritura que contenía el testamento y comenzó a leer.

“En la ciudad de Lomadas, Provincia de Buenos Aires... yo, Celina Pagani... otorgo este testamento de manera libre y voluntaria... como heredera a la señora Clara Molina... por una cantidad de acciones... la propiedad ubicada en avenida... con las siguientes condiciones... y en el caso de que alguno de los legatarios no aceptare la herencia...”

Clara sintió que la oficina daba vueltas y que su cabeza iba a estallar. No sabía qué estaba haciendo ahí y menos entendía toda esa sarta de expresiones técnicas, números y disposiciones que el escribano no paraba de emitir con su tono pausado y seguro. De más está decir que no registró los nombres de los demás herederos ni lo que les correspondía a cada uno.

Los testigos, como no tenían nada que perder, seguían el relato con movimientos afirmativos, como esos perritos que se llevaban antaño en la parte trasera del automóvil y asentían cada vez que una cuneta los movía de su eje. Seguramente no entendían mucho más que ella, pero no les importaba demasiado.

Finalmente se dio cuenta del error que había cometido al pensar que podía enfrentar sola este momento. Por más que Vieguez le parecía un tipo confiable, era imprescindible que consultara con alguien que no tuviera nada que ver en esta historia.

Cuando la lectura hubo terminado, trató de recomponerse y con su mejor sonrisa tomó la palabra:

-Escribano, me doy cuenta de que esto me excede, ¿puedo tomarme un tiempo para contestar?

-Por supuesto señora Molina, le puedo ofrecer una copia del testamento para que lo pueda analizar con tranquilidad y cuando esté segura nos volvemos a reunir - le respondió Enrique, que era todo un caballero-, lo mismo les ofrezco a los demás herederos.

-Se lo agradezco infinitamente -respondió Clara.

Luego de los saludos de rigor, salió al frío de la tarde que ya era casi noche, pensando únicamente en llegar pronto a su nuevo refugio de la avenida y poner en orden la maraña inmanejable que eran ahora sus ideas.

~.~

Amanda había formado esta familia junto a Rómulo con gran sacrificio. Sabía que por mucho que se esforzara, siempre se le recordaría que venía de un hogar modesto y que su suegro había sido un simple peón. Lo notaba -o lo imaginaba- en las miradas indulgentes que siempre se escondían tras un saludo o un apretón de manos.

Asistía a cuanto acto de beneficencia o reunión social se le presentara, o para colaborar en alguna causa. Y con el tiempo y un poco también por interés, como pasa con casi todas las cosas, la familia fue aceptada por los círculos más granados de la ciudad. Por eso, ahora no iba a permitir que la inconciencia de una mocosa le arruinara todo lo que había construido.

Un test en sangre de apenas dos minutos quería cambiar su vida para siempre. El implacable y frío microscopio había detectado una alta concentración de gonadotropina coriónica humana en la sangre de su hija, por eso al abrir el sobre membretado dirigido a la señorita Celina Pagani, una sola línea estampada en el papel decía claramente:

Test inmunológico para embarazo (pregnancy test suero) : POSITIVO

No había dudas, su hija estaba ¡embarazada!

Se sentó un momento a solas en un rincón de la sala de espera para abrir el fatídico sobre y luego permaneció unos instantes más para reflexionar, antes de enfrentar a las chicas, que esperaban ansiosamente en el banco de la plaza.

Sus convicciones religiosas no le permitían en absoluto pensar en una solución drástica y tampoco podía poner en riesgo la salud de su hija, su esposo nunca se lo perdonaría. Además no tenía ni idea de cómo hacerlo sin que nadie se enterara. Lo descartó de inmediato.

Seguir adelante, enfrentando primero a Rómulo y luego el menosprecio público, tampoco era algo que pudiera soportar. Ni siquiera cayó en la cuenta de que si su hija estaba encinta, eso significaba que ella podía ser abuela. Esa parte de su cerebro estaba bloqueada en ese momento, no podía -ni quería- pensarlo.

Entonces una idea empezó a dar vueltas en su cabeza. Parecía descabellada, pero no encontraba otra mejor y el tiempo apremiaba. Fue al toilet, se lavó la cara, se

miró al espejo para darse valor y salió a la plaza a enfrentar a sus hijas. Había mucho por hacer.

~.~

Celina descansaba a la sombra del castaño que había plantado su padre en el jardín de la casona, con un libro abierto en su falda, mientras miraba correr a sus dos perros tras la pelota de tenis que alternativamente le alcanzaban para que se las lanzara.

Sintió envidia de esos animales, tan fieles y agradecidos hacia quien les presta un rato de su atención. A la vez tan felices, a juzgar por las sonrisas llenas de muelas que le mostraban cuando se sentaban un rato a su lado a recibir caricias y a fijar su mirada redonda en la de ella.

No podía concentrarse en la lectura, repasaba en su mente las palabras del médico, que había sido muy claro: ella tenía los mismos problemas cardíacos de su padre y él recomendaba la intervención, si deseaba tener una expectativa de vida razonable. Pero sabía muy bien cómo era el proceso que había terminado con la existencia de Rómulo y no quería repetir ese calvario. No tenía hijos como él a quien cuidar y su única preocupación era la empresa que su padre le había legado. Y algo más.

Llamó a su jardinero, que trataba de disciplinar a unas hormigas laboriosas y persistentes que estaban dando cuenta del rosal de hermosas flores color té.

-Pedro, por favor acérquese.

-Sí señora, aquí vengo -respondió solícito el hombre, dejando su tarea.

Como a Rómulo, toda la gente que trabajaba para ella le tenía una gran estima. El buen trato y la consideración que mostraba hacia ellos era apreciado por todos. Aunque debería ser algo corriente, no siempre sucede así, para muchas personas aquellos que prestan un servicio, son invisibles. O aún peor, son destinatarios de sus malos humores o del desprecio.

-Quiero hacerle una pregunta, puede contestarme sin ningún compromiso. Si a mí me pasara algo, ¿usted podría hacerse cargo de mis perros?

-Ay doña, por favor no diga eso, ¿usted va a vivir muchos años más que yo! -dijo el jardinero con asombro.

-Nunca sabemos el día ni la hora. Veo que usted los trata con mucho cariño y ellos también lo siguen, eso es buena señal. ¿Podría confiar en que los adoptará? Yo me haría cargo de que no tuviera que costear su comida ni atención veterinaria por mucho tiempo.

-Bueno señora Celina, aunque va a ser de gusto nomás, le prometo que sí, son hermosos sus perritos y tengo mucho lugar para que corran allá en las casas.

-Gracias Pedro, me deja mucho más tranquila.

Como si entendieran que algo pasaba, los dos collies color canela de bufanda nívea y peluda se tendieron a sus pies, uno a cada lado, ofreciéndole tiernamente la patita. Despidió enseguida al jardinero para que no viera cómo un desfile de lágrimas estaba ascendiendo rápidamente hasta sus ojos.

~.~

El sol comenzaba a hundirse por Traslasierra cuando emprendieron el regreso. Casi ni una palabra se escuchó en el camino. Todo lo que había para decir, había sido dicho en aquella plaza de Carlos Paz.

-Ahora cuando lleguemos cambien esas caras y hablen de lo lindo que estuvo el paseo -sentenció Amanda.

¡Como si fuera tan fácil! Ni con el mejor de los chistes podrían sonreír.

Se los dejó bien claro. Ese hijo no podía existir dentro de su familia y tampoco nadie debía saber lo que sucedía. Ni su padre. Sólo ellas tres y tía Rita, que debería darles una mano, no existía otra opción.

Amanda le diría a Rómulo que había estado hablando seriamente con Celina y como ésta seguía encaprichada con su romance, ella pensaba que lo más saludable sería que se quedara en el colegio de monjas cercano a La Falda que él había sugerido, por lo menos para cursar cuarto año, después verían. Sabía cómo convencer a su esposo.

Por otro lado, dada la distancia a la que se encontrarían y teniendo en cuenta que la futura madre podría necesitar asistencia, hablaría con Rita pidiéndole el más grande de los favores y la máxima de las discreciones. Estaba segura de que podía confiar en ella.

Por último, charlaría con Rosario. Era una buena chica y estaba muy agradecida con ellos, que la habían tratado como una más de la familia. Debería quedarse junto a Celina el tiempo que fuera necesario.

Cuando llegaron a casa de los tíos el cielo se puso rojizo como asociándose al momento. Entraron el auto. Todos estaban junto a la pileta tomando unos refrescos y riéndose a carcajadas, seguramente por alguna ocurrencia de Rómulo. Un estruendo de pájaros volviendo a la enramada se asoció al jolgorio.

Cuando las vieron llegar, Rita exclamó, yendo a su encuentro:

-¡Hola las viajeras! Parece que se dieron la gran vida, ¿cómo les fue?

-Fue una experiencia inolvidable -contestó Amanda, con una ancha sonrisa.

~::~~

Entró a su habitación, se quitó con apuro la montaña de ropa anti frío, se calzó pantalón y buzo deportivos y se sentó en medio de la mullida cama de dos plazas, con la computadora portátil en su falda.

Tras la ventana semiempañada se adivinaban las figuras iluminadas de la cúpula de la municipalidad y del campanario de la iglesia.

Despachó varios correos electrónicos del trabajo. Por suerte hasta ahora todo marchaba bien en la oficina. No había sucedido ninguna catástrofe porque Clara no estuviera ahí y si así fuera, seguramente su colega Pablo se las iba a arreglar perfectamente. Sintió esa mezcla de alivio y desazón que se experimenta al comprender que somos totalmente prescindibles.

Una vez cumplida la tarea, comenzó a buscar en la *web* entre los profesionales de Lomadas para ver si encontraba alguien conocido. Había pasado una eternidad desde aquel día en que se marchó -creía ella- para siempre. Pero los nombres de los compañeros del secundario no se olvidan jamás. Tantas veces escuchar a los profesores pasando lista, tantas otras diciendo Fulano al frente, Mengano a dirección, Zutana átese el cabello, esos nombres de familia quedan grabados eternamente.

Halló una página en internet donde se publicitaban los distintos rubros profesionales, incluido por supuesto el de abogados. Comenzó a recorrer la lista: abogado de familia, ya no necesitaba; penalista, esperaba que nunca jamás; contencioso administrativo, no tenía la más pálida idea de qué se trataba, pero seguramente no era lo que buscaba; laboral menos; quiebras, sólo le preocupaban las del espíritu... por fin, encontró *exactamente* lo que buscaba. Fue un golpe de suerte.

"Dr. Ricardo Sartori, experto en sucesiones testamentarias. Campos y otras propiedades inmuebles. Sociedades"

No podía ser otro que Richi Sartori, el que se sentaba dos filas atrás con Ramírez y en las clases de Historia e Instrucción Cívica se la pasaba haciendo preguntas y los salvaba a todos de ir al frente. Ya se veía que el tipo tenía pasta de leguleyo y mucha labia, requisitos indispensables para un letrado que se precie. Recordó que tenían buena onda en ese entonces y que -por suerte- no había pasado de ahí.

El teléfono que figuraba era el del estudio, pero cuando llamó, atendió el contestador. Ya habían cerrado. Entonces probó la clásica: estalquearlo en las redes. Después de un rato de merodear en Facebook -la edad daba para que todavía el tipo usara esa antigüedad- y luego en Instagram, trató de adivinar la cara de Richi detrás de alguno de esos pelados, canosos o excedidos de peso.

Finalmente se quedó con uno que tenía un aire lejano a “su” Ricardo y pinta de abogado. Vaya uno a saber por qué, teniendo en cuenta que en la foto de perfil, tal vez del último verano, aparecía en malla de baño.

“Hola Ricardo, te escribe Clara Molina. Por casualidad ¿sos Richi del Nacional promoción ‘88? Si no es así te pido disculpas. Gracias”

Revisó el texto, pensó ¡que sea lo que Dios quiera! y lo mandó por mensaje privado.

~.~

Rosario apagó el velador del cuarto que le habían asignado al llegar ese verano a la casa de La Falda y se metió en la cama. Miró desde allí por la ventana que daba a la sierra y como todas las noches sintió un escalofrío. La abertura estaba enrejada pero no tenía persianas, porque estaba protegida por un alero.

La habitación era cómoda y suficiente para ella y sus pocas pertenencias. A la mañana entraba el sol y el aire fresco, que le gustaba respirar cuando abría para ventilar. Pero a la noche le daba pavora oír el ruido del viento que le hacía imaginar figuras corriendo en medio de la oscuridad o ver las ramas de los árboles que se movían formando sombras raras, cuando había luna.

Una vez se acercó un zorro plateado, la miró a través del vidrio y al rato se fue. Casi se muere del espanto, pero al otro día no dijo nada, porque tenía miedo de que la tomen por una pavota. Pero esta vez el estremecimiento no era sólo por el temor nocturno, hoy era otra cosa.

La señora Amanda -nunca dejó de llamarla así- la había ido a ver esa tarde mientras estaba planchando. De a poco y con esos modos suaves que tenía la señora, le fue contando en voz baja una historia que sus oídos no podían creer y su mente tardaba en asimilar. Sus ojos mientras tanto, no se apartaban de la tabla de planchar, sin atreverse a levantar la vista.

La mujer le explicó, como si no lo supiera de sobra, todas las cosas que la familia había hecho por ella y que ahora podría devolverles. Era el momento de demostrar cómo era de agradecida. Y que confiaba que iba a cuidar de Celina como si fuera ella misma. Y sobre todo, que iba a ser una tumba, nadie podría

saber una palabra de este secreto que las volvía cómplices, desde hoy y para siempre.

V.

El convento de Santa Teresa estaba a unos pocos kilómetros al sur de La Falda, al pie de la sierra. El lugar era paradisíaco, situado entre árboles añosos y rodeado de silencio, sólo interrumpido por el canturreo desfachatado de los pájaros y el rítmico sonido de una cascada cercana, que prometía agua fresca de deshielo en ese fin de verano, tan tórrido como el comienzo.

En el lado este del complejo edificio de estilo colonial, se erguía el internado de mujeres que albergaba tanto a alumnas de primaria como de secundaria, separadas en las dos alas del edificio. En la planta baja, rodeando al patio central, estaban las aulas de clases regulares -dictadas en horario matutino- y también las de música y actividades manuales, que se utilizaban por la tarde. Al fondo, la biblioteca y sala de estudio, el salón comedor y la capilla.

El patio, de grandes baldosones de terracota, estaba rodeado íntegramente por arcadas de medio punto que abrían a la galería techada, con paredes revestidas de mayólicas, donde convergían todas las salas.

En el primer piso se distribuían las habitaciones y en cada una de ellas se alineaban una o dos filas de camas prolijamente tendidas, cada una con su cubrecama blanco de tela de algodón con nido de abeja. En un extremo se ubicaba una litera con dosel, cerrada con una cortina blanca, donde dormía una novicia encargada de vigilar a las huéspedes. Los baños de uso común tenían azulejos blancos de arriba a abajo y un fuerte olor a fluido desinfectante.

Amanda y Rita realizaron el recorrido de las instalaciones acompañadas por una de las monjas, Sor Inés, una simpática y regordeta mujer de edad incierta y con un leve acento francés, en esa mañana de fines de febrero.

Posteriormente la madre superiora las recibió en su oficina, donde Amanda puso a la religiosa al tanto de la delicada situación de su hija y de lo que esperaba de la institución a la que había acudido pidiendo socorro. La directora dio un detalle pormenorizado de las prestaciones que podía ofrecerles pero también las exigencias que deberían cumplirse para que la estadía de Celina y Rosario en el internado fuera lo menos traumática posible.

Era evidente que no podrían compartir con las demás alumnas las áreas comunes puesto que cuando fuera notorio el embarazo de Celina, las habladurías se extenderían como leche derramada. Por lo tanto les proponía instalarlas en un sector apartado, situado junto al claustro donde se alojaban las monjas. Allí había una habitación con baño privado junto a una sala donde Celina podría recibir el dictado de clases particulares para completar el curso de cuarto año y realizar sus actividades.

-Por supuesto señora Pagani, todo esto tendrá un costo bastante más elevado que el habitual, sumado a los cuidados personales que podría necesitar su hija y a la discreción que deberá imponerse -aclaró la superiora.

-Lo entiendo perfectamente y no hay ningún inconveniente en ese sentido. Mi cuñada estará atenta ante cualquier inquietud que pueda surgir, puede contar con eso -terció Amanda.

El costo habitual ya era elevadísimo, pero ella sólo pensaba en resolver el problema y en cómo aceitar el envío de dinero. También en las excusas que debería inventar para que su esposo y su propia conciencia se mantuvieran tranquilos.

-Desde ya le ruego extremo sigilo, porque el resto de la familia no sabe ni sabrá absolutamente nada -agregó Amanda, bajando el tono de voz, como si hubiera oídos ocultos tras las cortinas del despacho.

-Descuéntelo señora -finalizó la religiosa, mientras las acompañaba hasta la salida.

Rómulo se había marchado hacía rato a Lomadas con sus hijas mayores para retomar el trabajo y ella partiría en unos días una vez acomodadas las dos jóvenes en el colegio. La despedida de la familia había sido triste, cada uno digiriendo distintos dolores, midiendo su intensidad por lo que sabía o no sabía, por lo que ocultaba o ignoraba, poniendo en la balanza sus propias pérdidas y sus propios remordimientos.

~::~~

Era ese Richi nomás. Le respondió enseguida con un mensaje afectuoso y sorprendido. No podía creer que Clara apareciera de la nada después de tantos años.

"...No tengo idea de que estás haciendo acá, pero ya mismo te venís a picar algo a casa. Marcela, mi mujer, está preparando unas pizzas y hay cerveza fría. Si querés te paso a buscar"

Clara había enviado el texto sin pensar demasiado y no estaba preparada para que se le contestara tan rápido. Habitualmente, ella no podía contenerse de responder un mensaje inmediatamente, pero le pasaba muchas veces que las personas se tomaban su tiempo o directamente no respondían y eso la exasperaba. Le parecía una falta total de consideración o de empatía, como se estilaba decir ahora.

Pensó un momento y se dio cuenta que necesitaba urgentemente hablar con alguien y el tono afable de Ricardo la convenció.

“¡Gracias por la invitación! Espero no resultar muy caradura por aceptar enseguida. Pasame la dirección que pido un taxi en el hotel, es más fácil. Va mi número de teléfono”

Listo. Se arregló un poco nada más, no pretendía parecerse a aquella adolescente de quinto año, hoy era una mujer madura y no intentaba aparentar otra cosa. Le importaba mucho más el contenido que el continente y por fortuna, con sus más y sus menos, todos envejecemos al mismo tiempo.

La velada fue deliciosa. Richi era tal como lo recordaba. Simpático, ocurrente y a la vez sensato a la hora de opinar, sin tratar de emitir sentencias inapelables. Marcela, su novia del secundario, era una mujer inteligente y encantadora, que enseguida la hizo sentir cómoda.

Abundaron los recuerdos de la adolescencia y las anécdotas infaltables. Se impuso la puesta al día de sus vidas personales, después de varios lustros de ausencias. Quedó para el final el motivo primero del encuentro, que postergaron de común acuerdo para el día siguiente en el estudio. Mejor dicho, para ese mismo día, porque las primeras horas ya habían transcurrido entre risas y brindis.

~.~

Martín casi ni pudo festejar que estaba recibido de Técnico Mecánico con muy buen promedio.

No sólo resultó que con sus compañeros obtuvieron un diez en el trabajo final, sino que luego, cuando sortearon entre los integrantes del grupo el gato hidráulico que habían construido para ver quién se lo quedaba, él sacó el palito más largo del manajo armado por el profesor. Eso significaba que el taller de su padre ahora contaría con un equipo moderno y que el pobre hombre dejaría de dar vueltas a la manivela para levantar los autos.

En agradecimiento y sin ocultar la alegría y orgullo que les provocaba que su hijo tuviera el primer título en la familia, los padres invitaron a los jóvenes egresados a comer una lasaña riquísima y unos panqueques con dulce de leche que habían preparado las hermanas del nene.

Pero Martín no podía disimular la tristeza, seguía sin tener noticias de Celina y eso lo apenaba amargamente. Lejos estaba de imaginar que una carta dirigida a su nombre, con las letras borroneadas por las lágrimas de su amada, había pasado de mano en mano y nunca llegaría a destino.

Cuando Marilina tuvo en su poder la misiva que le entregara su amiga, sintió miedo de las consecuencias que podría traer su papel de correo en esta historia. Se había enterado del escándalo suscitado puertas adentro de los Pagani y no quería que tarde o temprano cayera ella misma en la volteada.

La primera tarde en que se juntaron a estudiar -sin Celina, en penitencia- consultó la opinión de sus otras amigas y entre todas decidieron abrir el sobre para saber a qué atenerse. Entonces, las dudas se transformaron en certezas al recorrer las líneas temblorosas:

“Amado mío, mis padres descubrieron nuestros encuentros y me tienen castigada... no quieren saber nada con nuestra relación y nunca la permitirán... no puedo aceptar la idea de no verte, de no abrazarte... estoy pensando en la película que vimos juntos, tal vez en otra vida podríamos encontrarnos y amarnos por la eternidad...”

-Esta chica está chiflada, nunca pensé que iba a llegar a tanto cuando empezaron a salir -dijo alarmada Marilina.

-Viste que Celina siempre fue muy especial... -abundó otra de las amigas.

-Yo creo que tendrías que romper esa carta, a ver si pasa algo y te echan la culpa a vos -presagió la tercera.

Marilina sentía remordimientos por haber invadido la intimidad de su amiga, pero a pesar de ser una jovencita, era muy sensata y creyó hacer lo más conveniente cuando quemó en el hogar del salón los mil pedacitos en que había seccionado la carta.

Al día siguiente mentiría con pesar a su amiga, diciendo que había entregado el mensaje a su primo. Mientras tanto, junto con el humo gris que subía en volutas tristes por la chimenea, se esfumaban los sueños locos de una historia de amor muerta al nacer.

~.~

Casi lo único que disfrutaba estando allí, dentro de su encierro y desasosiego, era una terracita a la que se accedía a través de la puerta ventana de la sala y que balconeaba sobre la ladera del cerro.

Por la tarde, cuando había terminado con sus actividades, se sentaba a escuchar los ruidos del silencio casi hasta la caída del sol, o a leer Juana de Arco, de Mark Twain, de los pocos títulos atractivos que pudo encontrar en la biblioteca del convento, lo suficientemente largo para que la acompañara muchos atardeceres.

Otras veces, antes de acostarse en las noches sin luna, observaba la vía láctea que se dejaba adivinar en toda su magnitud. Y en aquéllas cuando la serranía próxima se bañaba del blanco lunar, pasaba largo rato mirando el satélite solitario que parecía atado con alfileres al telón nocturno, como al alcance de la mano.

Los días de Celina pasaban con pena y sin gloria, prisionera en ese gineceo en la que la habían recluido sin pedirle opinión. Parecía que todo estaba permitido si se trataba de cuidar las apariencias y alejarse de las miradas acusadoras. Y qué de sus sentimientos, de sus ganas, de sus ilusiones... era una menor y no tenía derecho al pataleo. Se había dejado llevar por sus impulsos y ahora lo estaba pagando muy caro.

¿Quería a ese bebé? No tenía ni idea. Si todavía el camino de su vida sólo había dejado atrás los primeros mojones. Si hasta ayer nomás sus preocupaciones eran sacarse buenas notas y salir a pasear con sus amigas. Si nunca imaginó que conocer el amor traería juntos la dicha y el dolor. Si ni siquiera sentía todavía en su vientre la presencia de una nueva vida, para saber si quererla u odiarla.

¿Cómo volver atrás, a la vida tranquila y feliz que tenía? Ya nunca.

Y qué decir de Rosario. Le apenaba tanto esa chica que obedecía ciegamente las directivas de su madre. Nadie le había preguntado qué quería hacer. Se la veía tristonza y silenciosa y sabía que no diría una palabra de lo que le pasaba. Era su compañera fiel y la cuidaría pasara lo que pasara.

Los únicos rostros que veían eran los de las monjas y novicias que le impartían clases a ella y daban tareas a Rosario de costura o planchado.

A veces barrían juntas la galería interna, con un ancho escobillón con el que arrastraban el aserrín embebido en kerosén sobre las baldosas calcáreas de diseños geométricos y las dejaban lustrosas y perfumadas. Era uno de los pocos momentos en que hacían alguna broma y reían apenas, pero jamás tocaban el tema de por qué habían ido a parar ahí. Aunque Rosario sólo la dejaba barrer un ratito, el resto lo hacía ella, para evitar que se esforzara.

Concurrían obligadas a la misa diaria, pero en el horario en que iban las religiosas, a las seis de la mañana, para no cruzarse con el resto de las alumnas que todavía dormían a esa hora. Así pasaban las noches y los días, que comenzaban a acortarse anunciando que el otoño avanzaba y que las tardes se volverían menos luminosas, como si eso fuera posible.

~::~~

Había dormido plácidamente, por primera vez después de no sabía cuántas noches. El encuentro en casa de los Sartori la hizo sentirse acompañada y, a pesar de sus prejuicios, resultó reconfortante repasar los años de adolescencia con su amigo de antaño y su agradable compañera.

Ya habían pasado varios días desde su llegada y comprendía que los tiempos para vacilaciones se iban acortando, era imperioso tomar una determinación.

Luego de desayunar un rico café con leche, acompañado de una verdadera torta negra, como aquéllas que le gustaba saborear en su niñez y que su madre le traía a la mañana recién hechas de la panadería de la esquina, dejó el hotel para rumbar hacia el estudio de Ricardo.

Éste la esperaba instalado desde temprano en su oficina y la recibió con su sempiterna sonrisa que le llenaba de arruguitas el borde de los ojos y las comisuras de los labios. Se sentaron junto al escritorio en el que descansaban una pila de expedientes que el abogado se apresuró a apartar.

Por el gran ventanal entraba el sol invernal que entibiaba el ambiente, ya de por sí cálido y acogedor. No era un lugar impoluto como el de Vieguez & Asociados, más bien parecía ser un sitio de éstos donde todo cuesta más resolverse, donde hay que poner más sangre y sudor, y el pecho a las balas.

Clara dejó sus elucubraciones metafóricas y le entregó a Richi el sobre que había traído de la escribanía.

-Desde ya te digo que Enrique es un tipo muy confiable. Lo conozco mucho del club como persona y tengo las mejores referencias tuyas como profesional - comentó éste al leer el membrete.

-Gracias, me dio esa impresión, pero me tranquiliza que me lo confirmes.

-Decime, ¿no conocés para nada a esta mujer que te designó como heredera?

-Para nada, Ricardo. Sólo el apellido, como todo el mundo de Lomadas, es más o menos como decir Fortabat en Olavarría...

-Es extraño la verdad, pero no imposible, como ya vemos. Seguramente si lees la carta, de algo más te vas a enterar.

-¡Espero que sí! Te imaginarás cómo necesito entender. Pero para eso tengo que aceptar la herencia y por eso estoy acá -lanzó Clara con una risita que lo decía todo.

-Tenés razón, vamos a los hechos.

Ricardo comenzó a leer en voz alta el testamento, deteniéndose con paciencia -y docencia- a explicar cada cosa que Clara no comprendía o que era necesario dilucidar. Demostró sus sólidos conocimientos y buen tino a la hora de emitir una opinión o prestar un consejo.

Clara ya no se sintió tan sola, tenía un hombro donde apoyarse. Al terminar la charla, Richi la acompañó hasta la puerta de calle y despidiéndola con un abrazo afectuoso, le reiteró la invitación que le había adelantado la noche anterior:

-No te olvides que este fin de semana nos reunimos en Almejas con los compañeros del Nacional. Vení, haceme caso, no te vas a arrepentir.

~.~

Una vez que regresó de Córdoba, Amanda puso manos a la obra. Los meses pasaban volando y ella tendría que tener todo organizado para cuando su hija retornara.

En primer lugar tuvo que consolar a su esposo, que extrañaba horrores a su preferida, y tratar de neutralizar cualquier argumento para hacer volver a Celina o para ir a verla. Por suerte la empresa lo tenía muy ocupado y no disponía de mucho tiempo para viajes. Terminó de convencerlo diciéndole que para las vacaciones de invierno ella misma iría a visitarla y seguramente ambas se quedarían unos días en casa de Rita.

Para mostrarse condescendiente, le sugirió a él y a las hermanas, que escribieran unas líneas para Celina y ella se las enviaría junto con golosinas y algunas revistas y partituras que podrían gustarle. Había agregado clases de piano al “costo bastante más elevado que el habitual”, para que al menos su hija emplease el tiempo en algo útil.

Por otro lado habló con Celestino, el padre de Rosario, una de las veces que fueron al campo, y lo convenció de que su hijo debería mudarse a la ciudad para tener otro porvenir y llegar a formar una familia. También podría llevarse a vivir con él a Rosario, que ya era una señorita. Iba siendo hora de que esa chica se independizara de la familia Pagani y además le resultaría de ayuda con las tareas hogareñas y hasta ganaría algún peso con trabajitos de costura que tan bien había aprendido a hacer.

La casa que había sido de los padres de Amanda estaba sin ocupar y amueblada, tal como ellos la dejaron, y ella se las ofrecía para vivir, después verían si estaba en sus posibilidades pagar un alquiler, lo conversarían más adelante. Mientras

tanto Rodolfo, que así se llamaba el hermano de Rosario, podría buscarse un oficio en el pueblo, puesto que se daba maña para todo.

Esto ya lo había consensuado con Rómulo, utilizando todos sus recursos de convicción, para que éste aceptara sin chistar y hasta le pareciera una idea extraordinaria.

Rodolfo se mostró agradecido con la señora y totalmente de acuerdo con su propuesta. A pesar de que lo apenaba dejar a su padre, a quien mucho quería, como joven que era le entusiasmaba la idea de mudarse a la ciudad, conocer alguna chica que lo quisiera y acompañara y dejar atrás de una vez por todas la vida en el campo, que le era muy dura, ingrata y solitaria.

~.~

Como dice el poeta, el otoño duró lo que tarda en llegar el invierno. Y el tiempo, así como es implacable, también es el más grande bálsamo para las heridas del alma. El paso de los días debe ser la única forma de supervivencia que a veces nos permite seguir con los pies en la tierra, sin querer abandonarlo todo.

Y así, con el corazón abollado, Martín comprendió que no podía seguir esperando algo que había sido demasiado bueno para él y que por la misma razón, no debía ser cierto. Soñó equivocadamente que podía aspirar a amar a una mujer que estaba en otra esfera de sus posibilidades y como era de esperar, todo terminó mal. Por lo visto ella lo había olvidado y él debería tratar de hacer lo mismo.

Ya no tenía sentido buscar ni esperar, ni siquiera era sensato. Intentó entonces seguir con su vida y volcar las energías en la cristalización de un proyecto que su mente despierta venía elucubrando. En cuanto al amor, ya se vería.

Su mayor ilusión era llegar a implementar un taller metalúrgico, no quería pasar los días en la fosa engrasada como lo había hecho su padre. Más bien se inspiraba en las ideas de su abuelo que siempre miraba un poco más allá. También creía que sus mayores necesitaban tener en quien respaldarse, demasiado pesado había sido hasta ahora el yugo y la carga.

Era consciente de que necesitaba dinero para llevar a cabo un emprendimiento de ese tipo, entonces decidió empezar de a poco, por ejemplo acelerando el negocio de las varillas de alambrado para aumentar los ingresos y así poder comenzar a invertir en herramientas y de a poco fabricar otros insumos. Después vendría la hora de ampliar las instalaciones. Terreno había de sobra.

De inmediato se puso en contacto con el dueño de unos grandes almacenes al que su abuelo vendía las varillas y que lo apreciaba mucho cuando éste vivía. Le

planteó sus inquietudes y el hombre se ofreció a ayudarlo en todo lo que estuviera a su alcance. Sabía de qué madera estaban hechas las personas de esa familia y el chico no parecía ser distinto.

~.~

Como siempre que recorría los pasillos, Sor Inés llegó canturreando hasta la sala donde Celina estaba completando unas tareas de matemáticas. Con pasos cortitos y sonrisa ancha traía una caja envuelta en papel marrón y atada prolijamente con un cordel de algodón.

Le daba tanta pena esa criatura... Al principio no sabía muy bien cuáles eran los motivos de su estadía tan apartada en ese lugar. La madre superiora era muy estricta y no le gustaban los chismes. Pero pasados los meses, la razón se hizo evidente con sólo mirar la delgada silueta que se iba redondeando y ensanchando.

La carita triste de la joven evidenciaba que las cosas no iban bien para ella y la monja quiso alegrarla con su voz cantarina:

-Niña hermosa, ¡tengo correspondencia *pour toi!*

Era un frío junio y el hogar crepitaba en leños incandescentes que esparcían el aroma de madera quemada y entibiaban el helado ambiente de la sala.

Celina pareció despertar de su letargo y esbozó una sonrisa al recibir el envío que tenía su nombre y el remitente de Lomadas. Sacó unas tijeritas de su cartuchera y se apresuró a cortar los hilos y rasgar el papel. Una tímida esperanza la embargó cuando vio varios sobres junto a unas revistas de historietas, chocolates, partituras para piano y una bufanda y gorro que le tejieron sus hermanas.

Sor Inés la dejó sola para que disfrutara al menos de ese momento y se alejó presurosa por la galería soleada.

Entre el Nocturno 2 en mi bemol mayor de Chopin y la revista Intervalo, estaban las cartas de toda la familia. Abrió primero la de su padre, a quien tanto extrañaba y al que no podía contarle nada de lo que estaba sucediendo. Comprobó que a él le pasaba lo mismo y en cierto modo dejaba entrever que estaba arrepentido de haber sido tan severo con ella.

Dejó para el final las líneas de su madre. No esperaba encontrar nada bueno allí, sólo órdenes, reproches y frialdad.

En otro sobre, sus hermanas habían escrito juntas tratando de darle ánimo, contándole chismes del colegio y del barrio. Lidia tenía una suplencia como maestra de segundo grado y Luisa estaba promediando el quinto año. Tenían muchas ganas de verla.

Pero de lo que ella esperaba aunque sea un renglón, nada. ¿Martín habría recibido alguna vez su carta desesperada? Y si la había recibido, ¿por qué no intentaba comunicarse con ella de alguna forma? ¿O tendría que pensar que la había olvidado?

Eso era imposible. Si fuera así, ¿dónde quedarían esas tardes en las que entregaron sus almas hasta vaciarlas? ¿Dónde irían a parar las promesas que se habían hecho de amarse hasta el final?

De a poco y contra su voluntad, una desazón infinita invadía su cuerpo, al mismo tiempo que dentro de ella otro ser se empeñaba en moverse cada vez más, haciendo sentir su presencia y agrandando el abismo que se abría bajo sus pies.

~.~

Clara decidió salir a caminar para tratar de poner en orden sus ideas. Cuando pasó frente a la iglesia, a pocos metros del hotel, vio que estaba abierta y resolvió entrar.

Ni un alma poblaba los largos asientos de madera añeja, en cuyos respaldos relucían sendas láminas de bronce con el nombre de las patricias familias que los habían donado, ya fuera por generosidad o para acallar abundantes pecados, veniales o mortales.

Se sentó en una de las filas del medio. Sólo contaba con la compañía de una música celestial, que a sus espaldas ejecutaba con maestría algún dotado organista que no llegaba a divisar, si bien podía pensarse que los acordes provenían de otro mundo.

El sonido llenaba los techos abovedados de la nave principal y la luz de la siesta penetraba por los vitrales en forma oblicua, desperdigando haces de colores sobre el altar en penumbras.

Recordó de inmediato aquel día en que tomó la primera comunión. Su madre le había cosido un precioso vestido blanco, adaptando uno usado que le regaló una de sus patronas del barrio y que estaba como nuevo. Llevaba debajo una enagua almidonada que la hacía parecer una campanita con puntillas, el pelo recogido con un tul hasta los hombros y una limosnera colgada del brazo, donde había guardado las estampitas y el rosario que le regalaron sus tíos.

Cuánta inocencia en aquellos días. Cuando el cura hubo dicho sus últimas palabras desde el púlpito, las niñas intercambiaban felices las estampas y los varones, con su moño de raso ajustado en el antebrazo y ya torcido, no veían la hora de que todo terminara para ir a jugar a la pelota, no sin antes verificar si lo recaudado entre la parentela alcanzaba para comprar una nueva y mejor.

Hizo la señal de la cruz y salió, bajando rápido la escalinata para luego llegarse hasta la plaza. Una vez en la vereda circundante, se frenó para dejar pasar a un casual corredor que se acercaba, en ropa deportiva y con auriculares calzados en sus oídos.

Menuda sorpresa, era el escribano que paró enseguida al verla, quitando de un gesto el aparato electrónico de su cabeza. Todavía agitado por la carrera la saludó cortésmente dando pequeños saltos en su lugar para no frenar tan de golpe. Cuando recuperó la respiración, la invitó a sentarse en uno de los bancos que recibían de lleno el tímido sol invernal.

Clara aceptó, comprendiendo enseguida que el hombre quería aprovechar la ocasión informal para conversar sobre sus asuntos pendientes, que no había podido abordar en detalle en la escribanía. Entonces la puso al tanto de las preocupaciones e intenciones de Doña Celina respecto de la empresa, que él conocía muy bien.

Desconocía las razones por las que la había nombrado a ella como heredera, pero en cuanto a los otros tres legatarios le explicó que se trataba de empleados del molino de su suma confianza. Uno, el contador general, que estaba a su lado desde hace muchos años y de quien la señora pretendía fuera el presidente de la sociedad cuando ella no estuviera.

Otro, el encargado del área de molienda, también empleado de mucho tiempo y que además había arriesgado su vida en una oportunidad en que se produjera un incendio de proporciones en el sector. No sólo evacuó rápidamente a todo el personal sino que contuvo el fuego con los elementos que tenía a su alcance hasta que llegaron los bomberos y evitó que el incendio se propagara al resto de la planta. Ella le estaba eternamente agradecida.

Por último, la jefa del área de empaque y logística, una de las pocas amigas que tenía Celina, por no decir la única, con una enorme vocación por el trabajo, identificada totalmente con la empresa familiar.

La presidenta había hablado con los tres oportunamente, transmitiéndoles su deseo de que cuidaran la compañía el día en que ella ya no estuviera, por ellos mismos y sus familias y por todos los que dependían de su supervivencia,

incluido el pueblo entero de Lomadas. Ahora tenían una responsabilidad y un deber moral hacia su mentora, que no podrían soslayar.

Clara valoró la charla con la que comenzaba a acomodar las primeras piezas del rompecabezas:

-Le agradezco escribano, empiezo a conocer un poco de esta historia y a tratar de comprender.

-Llámeme Enrique por favor, ¿podemos tutearnos verdad? -arriesgó el escriba.

-Claro que sí -contestó Clara con una sonrisa.

-Otro día en que me encuentres más presentable, te invito a tomar un café.

VI.

Para no tener que hacer combinaciones inverosímiles de ómnibus, que le llevarían casi dos días, Amanda se había hecho llevar hasta La Falda con un chofer de la empresa, en una camioneta de doble cabina.

El viaje no fue mucho más placentero pero al menos resultó más breve, a pesar de las varias paradas obligatorias, incluida una siesta para el conductor. La pampa seca y desolada que discurría a los costados durante gran parte de la travesía y el ruido monótono del motor, hacían que el trayecto resultara más sombrío todavía.

Tal como le había prometido a Rómulo, iría con Rita al convento para buscar a las jóvenes y llevarlas a pasar unos días a la casa de ésta, aprovechando que estaría sola. Su cuñado había viajado con los hijos por un par de semanas a Buenos Aires, a la exposición rural, para presentar una muestra del ganado lechero que se criaba en su finca.

De paso haría un control de situación, puesto que no faltaba mucho para el alumbramiento. Había convenido con la superiora que todo se realizaría con suma discreción en la enfermería del convento, con una comadrona experimentada que también se encargaría de los primeros cuidados del bebé y del entrenamiento de la primeriza.

Llegaron de noche a la casona de las sierras. Amanda licenció al chofer hasta nuevo aviso y, luego del descanso reparador, a la mañana siguiente fueron en el auto de su cuñada hasta el claustro. Lo encontraron desierto. Las vacaciones de invierno desperdigaban a las alumnas, que partían hacia sus hogares para disfrutar por quince días de la vida mundana, después de tanto encierro.

Al hacerse anunciar, las recibió la madre directora, que había mudado su rostro afable por uno de preocupación.

-Buenos días señora Pagani, las cosas se han precipitado rápidamente -manifestó enseguida la religiosa.

La puso al tanto de lo sucedido durante la medianoche del día anterior, en la que Celina había comenzado con fuertes contracciones y dolores. Ante los hechos, Sor Margarita, que era la encargada de conducir el jeep del convento para hacer compras, realizar trámites y llevar o traer recados de La Falda, partió rauda -todo lo rauda que el viejo jeep de capota de lona y faros halógenos le permitía- a la búsqueda de la partera.

La mujer había trabajado con la parturienta toda la noche. Cuando llegó a la enfermería, Celina estaba en un grito y de nada sirvió el té de melisa y valeriana de las sierras que le habían hecho tomar, por sus efectos calmantes y antiespasmódicos. La experta hizo enseguida un tacto y ordenó que calentaran agua y prepararan sábanas y toallas.

Comprobó que la dilatación del cuello uterino aún no era suficiente y, mientras esperaba que fuera la adecuada, acompañaba a la joven en los ejercicios de respiración. Las monjas iban y venían ayudando en todo lo que podían, en tanto Rosario asistía inmóvil desde un rincón a un espectáculo que jamás hubiera soñado presenciar.

Cuando por fin las contracciones se hicieron más frecuentes e intensas, todo parecía estar listo. La comadrona rogó a Celina que pujara con todas sus fuerzas, hasta que la cabeza del bebé asomó al nuevo, insondable e impredecible mundo que le aguardaba. El resto del cuerpecito salió sin ninguna dificultad. Un par de suaves palmadas provocaron el vital llanto agudo y en ese justo momento, la flamante madre se desvaneció.

Luego de cortar y atar el cordón umbilical con pericia, la partera envolvió al bebé en un lienzo, miró a su alrededor y al ver que la madre no había recuperado aún el conocimiento, lo entregó en los únicos brazos disponibles, los de Rosario, diciendo con una sonrisa:

-Es una criatura sana y hermosa.

~.~

El sonido incesante del mar y el viento salado en la cara, le quitaban años de edad y le agregaban lustros de vida. Las gaviotas, con su andar blanco y distinguido y su graznido estridente, eran la única compañía mañanera. Clara amaba y envidiaba su belleza y más aún su libertad.

Sentada en la arena y con los pies desnudos a pesar del frío que traía el inflexible e implacable viento sur, recordaba cuando con sus primas cavaban con las pequeñas manos para sacar unas almejas gordas -que hacían honor al nombre de la villa balnearia-, las que enseguida mostraban su lengua saliendo entre las valvas, tratando de recuperar un escondite seguro bajo la superficie.

Para encontrarlas, buscaban en la orilla mojada los agujeros por donde respiraban estos nobles bichitos. Ahora no había ni rastros de ellos.

En ese entonces, su tío las usaba como carnada. Insertaba en los anzuelos a los sacrificados moluscos y así buscaba atraer a matungos y corvinas, para procurar una buena cena para la familia. Además de pasar el rato abrazado a la caña de

pescar o recogiendo la tanza para reencarnar, se trezaba en largas charlas con ocasionales paseantes, con los que compartía anécdotas de pesca y mates amargos.

En las ocasiones en que lograban sacar muchas almejas, su madre las preparaba en escabeche y las guardaba en conserva. Las hervía unos pocos minutos hasta que los cuernitos pasaban del violeta al rosado, señal de que estaban a punto. Luego las zambullía en aceite con granos de pimienta y hojas de laurel y las guardaba en frascos de vidrio bien esterilizados. Eran un manjar que disfrutaban durante varios meses.

Mientras recordaba estos momentos felices de la niñez, Clara reconocía que este retorno a las raíces, al que se había negado por años, le estaba resultando mucho más gratificante de lo que hubiera pensado.

La noche anterior y siguiendo los consejos de Ricardo, había asistido a la reunión de los compañeros del colegio. Pocos días atrás no hubiera imaginado de ninguna forma estar presente en un evento de ese tipo. Le parecía algo anacrónico y deprimente.

Se llevó la gran sorpresa al recibir el abrazo afectuoso de tantos amigos y amigas de antaño que, luciendo las marcas de la vida que permanecían grabadas en algunos más que en otras, la habían recibido con sincera alegría.

Estaba Alicia, su sempiterna compañera de banco, madre de tres hijos y con unos cuantos kilos de más; Susana, que seguía tan soltera, arreglada y elegante como en la época de la secundaria, cuando en casi todas las clases recibía reprimendas por las uñas pintadas, las medias con raya o el pelo suelto; Norberto, cuya increíble cabellera engominada había trocado en una calvicie lustrosa y al que reconoció sólo por su ancha sonrisa, que siempre parecía tener más dientes que el promedio.

Le contaron que Raúl, tímido y estudioso, había fallecido muy joven y también que varios dejaron la ciudad para radicarse en otras provincias. En cambio el bochito de Esteban se había doctorado en física y trabajaba en el MIT de Boston desde hacía más de dos décadas.

No faltaron los recuerdos de las memorables clases del nacional ni el pase de revista del cuerpo de profesores y de los alumnos de divisiones rivales. Revivieron las noches en el boliche, tarareando los temas que más bailaban entonces y bromeando al recordar la ropa que se usaba en esos años.

Pasó ni más ni menos que lo que suele suceder en esas reuniones, que representan un grato recorrido por el álbum de fotos de la vida. Después, cada uno retorna a

sus propias realidades y si, pasado el tiempo, se produjera un nuevo encuentro, juntos volverán a sumergirse en esa latitud sin principio ni final, para reír y emocionarse una vez más con las mismas cosas.

Al fin hace más bien que mal -pensó Clara, agradecida de haber participado.

~.~

Había citado nuevamente al socio de Vieguez a su oficina para plantearle una idea que estaba analizando desde hacía un tiempo.

-Doctor Ducrot, necesito de su ayuda y discreción para resolver un tema -comenzó la conversación Celina.

-Cuenta con eso señora Pagani, por supuesto -respondió gentilmente el abogado.

-Necesito obtener información sobre una persona de la que cuento con muy pocos datos. Pero además quiero saber qué tipo de persona es, que gustos tiene, de qué trabaja, si tiene amistades, si es solidaria o mezquina, si está casada, tiene hijos u otro tipo de compromisos. Una tomografía de cuerpo entero.

-Muy bien, creo que tengo al candidato indicado para un trabajo así. Es un colega -ex compañero de facultad- que trabajó muchos años en el departamento de legales del registro de las personas de La Plata, tiene muchos contactos allí y se dedica a hacer este tipo de averiguaciones. Es muy discreto y sagaz para obtener información y se maneja con tanta pericia que los demás no se dan cuenta de que los está sondeando. Me ha ayudado en otros casos y mis clientes quedaron muy conformes -adelantó Ducrot.

-Es exactamente lo que pretendo. Necesito total confidencialidad y prontitud. No se preocupe por los honorarios porque serán generosos -agregó Celina.

-Perfecto, su nombre es Claudio Morales, si lo desea puedo concertar una entrevista con usted a la brevedad.

-Preferiría que no. Confío en su buen criterio y quisiera no tener ningún contacto con él. Solamente le ruego que pida a este hombre que elabore un informe detallado con los resultados de la investigación y que me garantice que éstos son certeros y -aclaró una vez más- totalmente reservados. Cuando usted me lo alcance, le haré llegar el monto apropiado. Mientras tanto, mi secretaria le entregará un cheque con una cifra importante, como anticipo de los gastos que pudieran surgir.

-De acuerdo señora Pagani, ¿podría adelantarme el nombre de la persona?

-Su nombre es Clara Molina. Tiene o tuvo domicilio en Lomadas.

~.~

La palidez de Celina se confundía con la blancura inmaculada de la almohada en la que apoyaba su cabeza. Su largo pelo desordenado formaba surcos oscuros sobre la funda de lino y los ojos miraban sin ver la pared, hundidos en sus cuencas.

Así la encontró su madre ese mediodía. Todavía resonaba en su mente la conversación que había tenido más temprano con la superiora. Por un instante, sintió pena por su hija, pero enseguida se repuso y se sentó junto a ella en la única silla blanca de la blanca habitación.

-Hola Celina, ¿cómo estás? ¿todavía muy dolorida? -dijo Amanda apoyando su mano en la cadera de la joven, huesuda e inmóvil.

No tuvo respuesta. La monja le había anticipado que estaba así sin hablar y sin comer desde el momento del parto, el día anterior. Sólo había tomado agua a regañadientes. Pero lo que más la preocupaba era que luego de volver en sí, no quiso ver a su bebé y menos aún darle de mamar.

Lo normal hubiera sido que comenzara a segregar calostro y que con el estímulo de la succión, como es habitual, en un par de días comenzaría a tener leche. Pero la comadrona, que había regresado a verla a la tarde, dijo que de sus pechos no salía nada, seguramente producto del shock que estaba atravesando.

Sor Margarita tuvo que ir de nuevo hasta el pueblo para comprar leche maternizada, chupete, biberón y una docena de pañales y chiripás de tela de algodón, junto con algo de ropita y otras menudencias, no porque tuviera la menor idea de cómo atender a una criatura, sino porque la partera le había hecho una lista detallada de todo lo necesario. Por supuesto el saldo de las compras sería convenientemente cargado en la cuenta con varios ceros que le esperaba a Doña Amanda.

Mientras tanto, Rosario se ocupaba de los primeros cuidados, con toda su inexperiencia pero con un gran sentido de responsabilidad. Quería a su amiga-patrona-hermana y sin entender mucho lo que pasaba, sólo pensaba en ayudarla. Además, se veía tan indefenso ese retoño que sólo atinó a darle calor en sus brazos y unas gotitas de agua con miel para que dejara de llorar mientras llegaba la mamadera.

También trataba de invocar al sueño, moviendo la cunita improvisada que había armado Sor Inés con una caja, almohadones y una sábana doblada en varias partes, hasta que consiguieran algo más apropiado. Las monjas estaban

revolucionadas. Nunca les había sucedido algo igual y actuaban como si un nuevo niño Jesús se hubiera hecho presente en el convento.

~.~

Claudio Morales era en realidad un detective frustrado. Desde adolescente había amado las historietas y pequeñas novelas de aventuras en las que un investigador, generalmente un fracasado que fumaba profusamente y tomaba wiski en una oficina en penumbras, desordenada y sucia, tenía su nombre grabado pomposamente con letras doradas en la puerta de madera y vidrios esmerilados.

Andaba todo el día con una libretita de espiral, en la que anotaba apuntes sobre las historias y personajes variopintos que más le atraían y hasta las técnicas que utilizaban para sus distintas pesquisas, clasificadas por tipo y gravedad.

Pero cuando llegó el momento de decidir su futuro, a los padres de Claudio no les importaron en lo más mínimo sus veleidades de sabueso y le exigieron que optara por alguna profesión más lucrativa. Fue así que terminó estudiando derecho en la ciudad de La Plata.

En la pensión de calle 4 y 48, que compartía con estudiantes de todo el país, vivió los primeros años de facultad, incluida la diaria concurrencia al comedor universitario, los gases lacrimógenos de algún encontronazo con la autoridad y las guitarreadas en los centros universitarios.

Una vez avanzada la carrera y para no depender de la ayuda monetaria -acompañada con vituallas- que le enviaban sus padres semanalmente y también para poder mudarse a un lugar con más privacidad, decidió buscar trabajo.

Un compañero lo presentó en el registro de las personas y allí comenzó como un empleado raso, es decir un pinche para todo servicio. Pasado el tiempo, como era muy capaz y ya le faltaban pocas materias para recibirse, lo trasladaron al área de legales.

Allí dio rienda suelta a su verdadera pasión: la búsqueda de información. Estudiaba partidas de nacimiento, cruzaba parentescos, analizaba lugares de origen e incluso trataba de adivinar, según la caligrafía de las actas manuscritas de principios del siglo veinte, cuál sería la personalidad del empleado de turno.

Había hecho un cursito breve de grafología tratando de descubrir a algún asesino serial detrás de la escritura de un oscuro empleado estatal de los años 20. La cuestión fue que se transformó en consultor de toda la sección, porque además tenía una memoria prodigiosa y eso potenciaba sus habilidades.

Ahora había recibido un correo de un amigo de Lomadas que requería sus servicios y prometía unos jugosos honorarios. Nunca había vuelto a vivir a su pueblo, pero cada tanto se daba una vuelta para visitar a sus conocidos y a la poca familia que allá le quedaba.

Conservaba una buena amistad con su colega Julio Ducrot, remitente de la propuesta, y confiaba en él. Como el caso le interesó de inmediato, su instinto dormido se despabiló enseguida y prometió ponerse manos a la obra, aún con los pocos datos que le habían enviado.

~.~

La excusa para el cafecito llegó más pronto de lo previsto. Clara había llamado a Enrique para avisarle que regresaba a Buenos Aires y éste la invitó a encontrarse en el coqueto bar que frecuentaba, en la esquina de la escribanía. Ella no pudo - ni tenía ganas de- negarse.

El ambiente era acogedor a esa hora de la tarde en la que sólo un par de mesas estaban ocupadas y el aroma a café colmaba el salón. Él la estaba esperando en un rincón junto al gran ventanal y enseguida se incorporó para recibirla y ofrecerle el asiento libre.

Cuando el mozo hubo servido sendos americanos con galletas de limón y luego de comentarios banales sobre el frío (de ella) y el entrenamiento (de él), pasaron a los temas más importantes:

-Mañana vuelvo a capital. Mis vacaciones terminan el domingo y ya el lunes tengo que ir a la oficina -contó Clara.

-¿Puedo preguntarte si tenés algo decidido? -dijo él, cauteloso.

-Tengo casi 500 kilómetros por delante para terminar de redondear mis ideas, te imaginarás que esto no se trata simplemente de aceptar una herencia, debo decidir qué hacer con mi vida.

-Te entiendo perfectamente.

-En el viaje hacia acá, mis posibilidades de aceptación eran 30/70, ahora la ecuación se invirtió.

-Siempre las matemáticas ¿verdad?

-Cierto, es una deformación profesional -rió Clara con ganas. Pero bueno, es la realidad. Estaba cerrada a todo lo que se conectara con mi pasado, pero estos días en Lomadas fueron cambiando algo dentro de mí, casi sin darme cuenta.

-Comprobaste que no somos tan mala gente -bromeó Enrique.

-Por supuesto que no. Me han tratado con mucho afecto, tanto los que no conocía como quienes no veía desde hace mil años.

-Bueno, espero estar incluido entre los primeros -dijo el escriba con una sonrisa pícaro. Por mi parte creo que la señora Pagani no se equivocó en elegirte, aún sin conocerte.

-Gracias, sos muy amable. Sólo me falta saber el por qué y eso es lo que quiero terminar de desentrañar.

La charla siguió animadamente por otros senderos. Se sentían cómodos conversando, como si se conocieran desde hacía mucho tiempo y descubrían de a poco que tenían varios puntos en común. Al despedirse, Clara prometió tenerlo al tanto de sus movimientos.

Esta vez cuando extendieron la mano para estrecharla, sin ponerse de acuerdo ambos fueron un poco más allá y se despidieron con un beso en la mejilla. El hasta pronto fue entonces algo más que una expresión de deseos.

~::~~

La pesquisa de Morales llevó el centro de la acción muy rápidamente fuera de Lomadas. Supo que Clara Molina había estado radicada allí hasta terminar el colegio secundario y que más tarde se había instalado en Buenos Aires para seguir su carrera de informática. Su madre había fallecido años después. De su padre no había datos y no tenía hermanos ni hermanas.

Cuando obtuvo el domicilio de la mujer en la capital, tuvo que mudar sus influencias a la gran ciudad. Por suerte tenía conocidos allí que podrían ayudarlo. El resto corría por su cuenta. Alquiló por unos días un pequeño departamento amoblado, cercano al barrio de Clara. Desde ahí extendió su radio de acción.

La primera medida fue socializar con el encargado del edificio donde vivía su objetivo. Lo encontró baldeando la vereda a la mañana temprano. Desplegando sus dotes de oratoria, en pocos minutos descubrió que el hombre era un burrero ferviente y entonces le contó que -oh coincidencia- él venía del interior de la provincia a hacer contactos para vender unos caballos descendientes de Storm Cat, un pura sangre inglés de una estirpe de grandes campeones.

En realidad, sabía bastante de equinos porque en la época de estudiante solía ir los domingos con sus amigos a apostar unos pocos pesos al hipódromo de La Plata -el mismo que visitaba Gardel en sus años mozos- y siempre consultaban la revista Palermo, que tenía toda la información sobre los pingos. Por eso le podía chamuyar con propiedad a su interlocutor.

Como la fortuna acompaña a los audaces, otra vez dio en el clavo. El encargado había ganado una suma importante -como todo buen apostador no contaba las pérdidas- con un descendiente de aquél glorioso antecesor, el padrillo Touareg, que ese día ganó de punta a punta una carrera de 1400 metros en el hipódromo de Palermo. Jamás lo olvidaría -contó con los ojos humedecidos-, con ese dinero le había podido festejar los quince años a su hija.

A partir de ahí todo fue pan comido. Pudo hacer más averiguaciones con una vecina que se sumó a la charla y tenía muchas ganas de hablar. Se enteró de cuál era la empresa donde trabajaba la analista de sistemas que -también oh coincidencia- era una vieja amiga de la hija de un socio del haras que Morales representaba y por eso la andaba buscando. Hasta pudo saber en qué días y horarios daba clases en la facultad. Aunque la señora Molina era muy discreta y sólo intercambiaba un buen día, buenas tardes, es bien conocido que en los consorcios todo se sabe.

Fue en una de esas tardes en las que Clara viajaba en micro hasta Ciudad Universitaria para dictar la teoría de bases de datos y ni en sus pensamientos más osados soñaba todavía con volver algún día a Lomadas. Mientras estudiaba a los ocasionales compañeros de viaje como hacía siempre, no se percató en absoluto de que en el último asiento estaba ubicado un pasajero muy particular, que observaba todos sus movimientos.

~.~

Amanda había servido el desayuno que hoy estaba enriquecido con los típicos alfajores cordobeses glaseados, rellenos alternativamente con dulce de leche, de higo o de duraznos, comprados antes de volver de La Falda. Tostadas con manteca y mermelada casera, café con leche y un mate amargo recién cebado completaban el menú, a gusto de cada quién.

Era domingo, el día en que la familia tomaba la colación de la mañana sin apuro. Rómulo tenía el diario desplegado sobre la mesa y las chicas, aún en camisón, bostezaban sin parar porque habían salido la noche anterior, aunque no se les permitiera llegar muy tarde.

Amanda había regresado casi a medianoche la víspera, después de un raid agotador y no tuvo oportunidad de relatar su viaje y ni de contar las novedades que traía en su equipaje. Las jóvenes ya no estaban en la casa a esa hora y su esposo dormía plácidamente.

A pesar del cansancio, se levantó temprano para preparar todo y esperarlos con la mesa servida.

-Bueno mami, contá cómo te fue, ¿cómo está Celina? -tomó la delantera Lidia.

-Su hermana está muy bien, estudiando mucho y disfrutando de la naturaleza -respondió la madre sin sonrojarse.

-¿Y sus ideas locas con ese muchachito? -preguntó el padre, porque ése era el tema que lo desvelaba.

-Por suerte ha reflexionado mucho y se dio cuenta de que ese chico no es para ella y que en el futuro tiene que pensar en alguno de nuestro círculo de amistades. La vi muy madura.

Las dos hermanas se miraron con estupor, no le creían ni una palabra a su progenitora y en cambio, esperaban que tirara la bomba que algún día tenía que estallar en esa familia.

-Bueno, me sacás un peso de encima -dijo Rómulo con un suspiro de alivio. ¿Y Rosario anda bien?

-De eso les quería hablar -dijo con suspenso Amanda. Es un tema delicado.

Los ojos de las chicas comenzaron a abrirse al unísono como dos ventanas corredizas, pero al revés.

-Estoy desolada. Me encontré con un cuadro que jamás hubiera imaginado. Parece que Rosario estaba embarazada cuando se fue de aquí, no sé de quién porque no hubo forma de que me lo dijera, si es que lo sabe. Lo cierto es que al llegar, me anoticié que había dado a luz el día anterior. Las monjas no dijeron nada por temor a tener algún problema con nosotros. Pensaban informarme cuando yo fuera, pero el parto se adelantó.

Parecía que en el salón hubiera entrado un viento helado y rozado las espaldas de los comensales. Lidia y Luisa se habían atragantado con los alfajores y no daban crédito a lo que estaban escuchando. El único que atinó a hablar fue Rómulo:

-¿Y qué vamos a hacer ahora?

-Estuve pensando lo siguiente -respondió con mucha calma Amanda. Celina tiene que terminar su cuarto año en el convento y el quinto puede seguirlo acá, como antes. Entonces se me ocurre que lo mejor será que se queden las dos allá hasta fin de año y cuando vuelvan, Rosario se va a vivir con su hermano y ese bebé, que ya va a estar más crecido. Es lo más prudente.

Y remató diciendo:

-Menos mal que se me ocurrió mandar a ese muchacho Rodolfo a vivir en casa de mis padres, parece que hubiera tenido un presentimiento ¡Al final una tiene que pensar en todo!

VII.

Rosario mecía la cuna que había construido y barnizado un carpintero de la zona a pedido de las monjas, con restos de madera de algarrobo que recolectó en su taller. Las hermanas se habían ocupado también de coser unas sabanitas y de tejer una manta bien abrigada y alegre, con ovillos de la lana colorida que donaban los fieles que asistían a la misa del domingo en la capilla del convento.

Mientras con una mano realizaba el movimiento acompasado, con la otra agitaba un manojo de bayas secas de palo borracho que había recolectado y que el bebé seguía curiosamente de un lado a otro con la mirada, sacudiendo piernas y brazos con energía. Ya había recuperado peso y tomaba con ganas la leche maternizada.

Rosario murmuraba una canción inventada y monótona para llamar al sueño y al mismo tiempo pensaba, pensaba y pensaba. La vida había cambiado de un saque para esta muchachita buena y servicial. Amanda se lo había anticipado cuando las dejó solas casi de un día para el otro en el convento ese verano, pero ella pensó que llegado el momento, Celina se iba a negar a separarse del recién nacido.

En cambio, su amiga había caído en el ostracismo y aparentaba no tener conciencia de que era madre. Eludía todo contacto y sólo se dedicaba a estudiar y a leer o pasaba largos ratos tocando el piano, en particular ese Nocturno que parecía haber marcado, con su melodía simple y sublime, un antes y un después en su corta historia, aquel día en que tuvo la certeza de que Martín la había olvidado.

Por si hubiera dudas, la señora le explicó bien claro esta vez cómo seguiría el curso de las cosas. Tenía todo planeado. Las aspiraciones sencillas de la sencilla vida de Rosario quedarían olvidadas sin remedio.

Se preguntaba qué sería de Raúl, su amor inconfesado que había existido sólo en su corazón, encendido en un tímido cruce de miradas, y que quedó allá en el pueblo. ¿Con qué cara podría mirarlo ahora? No solamente a él. Cualquier muchacho con el que ella pudiera soñar una vida en común, resultaría una quimera. Nadie querría a una joven que había pecado de esa manera.

Secándose las lágrimas con la manga del delantal, pensó sin embargo que ya se sentía unida con un lazo indeleble a esa vida que el destino había puesto en sus manos. Percibía que esa sonrisa, que apenas comenzaba a esbozarse como un reflejo en unos cachetes regordetes, ya la tenía atada para siempre a su existencia.

~.~

Celina ingresó a su oficina con la respiración agitada. Se daba cuenta que ya su corazón le empezaba a mandar señales y que el tiempo apremiaba.

Su secretaria se apresuró a alcanzarla para refrescarle la agenda del día:

-Señora Celina, le recuerdo que tiene turno con el cardiólogo a las 16 hs y que debe llamar al mayorista de Tandil que necesita discutir unos precios con usted. También estuvo el Dr. Ducrot y le dejó ese sobre amarillo. Dice que cualquier duda lo llame.

-Gracias Blanca. Por favor ¿me podrás alcanzar un té bien cargado y una aspirina? Me estalla la cabeza.

-Enseguida, señora -respondió Blanca solícita y se esfumó por el vano de la puerta.

Celina tomó aire y con el abrecartas de plata de su padre, que ella misma le había regalado y tenía las iniciales *RP* hermosamente grabadas, abrió el sobre.

“A quien corresponda:

“De acuerdo a lo solicitado, se ha obtenido toda la información posible relacionada con la señora Clara Molina. Se adjunta documentación probatoria en los casos en que fue factible disponerla”

Hizo una pausa en la lectura y se concentró en el acta de nacimiento que encabezaba una serie de fojas al final de la carta.

“La señora Molina reside actualmente en la ciudad de Buenos Aires, desde el momento en que finalizó sus estudios secundarios en Lomadas...”

Seguían datos de residencia, performance académica e historia laboral, acompañados de certificados de estudio y desempeño profesional.

...“En lo relativo a la vida privada, la persona analizada estuvo casada y más tarde se divorció. No tiene hijos. En estos momentos vive en el que fue su hogar conyugal”

Acta de casamiento con anotación de divorcio, etc., etc.

...“En el ámbito laboral, las opiniones discretamente recabadas son las mejores. Responsable, proactiva, eficiente y eficaz. Buena compañera”

Transcripciones de charlas con personas del ámbito de la empresa y de la universidad.

...“En cuanto al aspecto económico, posee el departamento mencionado y un automóvil mediano de uso personal. No registra deudas ni inversiones, salvo las cuentas bancarias de uso corriente y una caja de seguridad”

Copias de comprobantes de impuestos, informe del sistema Veraz.

... *“Conclusiones: el sujeto de estudio aparenta ser una persona de clase media sin mayores ambiciones materiales, que se mueve cómodamente en su ambiente de trabajo y con un reducido círculo de amistades. Es bien considerada en los lugares que frecuenta: empresa, universidad, en el barrio y en el club al que suele ir los fines de semana a jugar al tenis. No tiene antecedentes penales ni de conflictos laborales o procesos judiciales...”*

Seguían algunas observaciones finales, pero ya lo leído resultaba más que suficiente.

Mientras tomaba su imprescindible dosis de warfarina que el médico le había indicado entre tantos otros medicamentos, Celina pensó cuánta razón tenía Ducrot cuando le recomendó a este investigador, había superado ampliamente sus expectativas. Más que una tomografía de cuerpo entero, éste era un escaneo nuclear de última generación.

El hombre tenía bien ganado unos gruesos honorarios.

~.~

Como le anticipó a Enrique, los largos kilómetros del regreso pusieron los pensamientos de Clara a centrifugar en el punto máximo.

Su destino había sufrido un vuelco insospechado, un giro copernicano, una vuelta de campana que había puesto todo patas arriba. ¿Pero acaso no era lo que estaba necesitando su vida prolija y monótona? Le gustaba su trabajo, las plantas de su balcón, las reuniones con amistades, los sábados de tenis, pero a pesar de eso, ¿no sentía que realmente no pasaba nada en su existencia?

¿Y el amor, que había clausurado hacía rato cuando todavía se sentía digna de ser amada? Sus breves encuentros con el escriba habían removido algo que estaba adormecido, casi terminal, en su alma. Después de mucho tiempo se sintió observada como la mujer todavía interesante que era. Se dio cuenta que le gustaba ese juego de respetuosa galantería que ejercía Enrique sobre ella.

Y la famosa carta que todavía quedaba por abrir... ¿Sería como destapar una caja de Pandora o más bien como descerrar el baúl de los milagros? Le daba miedo y curiosidad a la vez.

Pasó revista a su situación: se daba cuenta de que el no ya casi no tenía espacio en su decisión, era como cuando a alguien se le revela el lugar donde se oculta un tesoro escondido y ya no puede pensar en otra cosa. Cual periodista a la hora de escribir una crónica, empezó a hacerse preguntas: ¿qué?, ¿cuándo?, ¿por qué?... Pero en verdad la cuestión más importante para ella era ¿cómo?!

No podía tirar todo por la borda, pero a la vez comprendía que no había otro camino. Decidió tomarse el domingo para descansar y al día siguiente iría a la empresa para hablar con su superior, ya había aprendido que nadie es irremplazable y sin duda muy pronto alguien podría tomar su lugar.

Todavía le restaba una semana para el inicio de clases en la facultad y entonces aprovecharía para hablar con la secretaria académica. Para ese momento, tenía algo en mente.

~.~

Casi sin pensarlo se acercaba otra Navidad. Los años vuelan así, entre carnavales, pascuas y nochebuenas y la vida se pasa tan rápido, que nos preguntamos cómo fue, cómo se escurrieron tantos días con sus horas, si ayer nomás saltábamos a la sogá en el patio del colegio.

En esas reflexiones andaba Celina en el viaje de vuelta, en ese eterno peregrinar que la traía de regreso a su ciudad después de tantos meses. Había tomado un ómnibus desde La Falda hasta Córdoba capital, de ahí otro a Bahía Blanca y un tercero, en el que se encontraba ahora, hasta Lomadas. No le importaba. No tenía ningún apuro en llegar.

En realidad nada le importaba desde hacía un año. Obedecía sin chistar las órdenes de su madre y le daba todo igual. Se había refugiado en el estudio, la música y la literatura y el resto del mundo pasaba a su lado sin que ella se diera cuenta.

En la terminal de Córdoba compró un libro: Cien años de soledad. Además de parecerle increíble la forma de escribir de García Márquez, mientras avanzaba en la lectura comenzó a identificarse con la historia. Se sentía regresando a Macondo cual Amaranta Úrsula, que volvió luego de pasar su niñez en un convento. Ella bien podía afirmar que tenía su propia familia Buendía y su exclusiva soledad de ahora en más.

Esos meses habían sido eternos y al mismo tiempo pasaron como un ventarrón, en un tiempo sin tiempos. ¿Qué haría al llegar? No lo sabía. Por lo pronto, estaba segura de lo que no haría. No pensaba volver al colegio ni por casualidad. No quería ningún contacto con la realidad que tuviera que ver con su vida anterior. En eso sí que desobedecería a su madre o buscaría la ayuda de su padre, tenía la certeza de que podría contar con eso. Prepararía todas las materias en su casa y daría los exámenes libres, después de todo era lo que había hecho en el convento y ya tenía aprobado su cuarto año de secundario.

Recordó por un momento a sus monjas Inés y Margarita que tanto la habían cuidado, mimado y hasta disimulado sus lágrimas para no hacerla sentir mal. Estaba agradecida con ellas, era lo único bueno que le restaba de su estancia entre esas cuatro paredes. Rosario la despidió en la estación junto a las hermanas, con las que fueron en el jeep del convento. Le dijo que ella se iría unos días después, pobrecita cómo lloraba. Celina no sabía por qué, ni preguntó.

Los carteles de la ruta le fueron anunciando que estaba próximo el arribo. Hacia la izquierda vio los grandes silos del molino familiar. Sintió un hueco en el estómago. Respiró hondo y tragó saliva. Cuando el vehículo ingresó a la terminal, reparó en las tres únicas siluetas que se recortaban en el andén de la estación.

Rómulo y sus dos hermanas estiraban los cuellos tratando de adivinar si ella venía en ese convoy. Retrasó el encuentro un momento más, oculta tras los visillos y entonces rompió en llanto como hacía rato no lo hacía. Toda la angustia, la rabia y el dolor salieron como un torrente imparable y no le importó que la gente la viera correr con el rostro bañado en lágrimas, en busca de unos brazos queridos donde enjugar su pena.

~::~~

La decisión le surgió como consecuencia lógica de una sucesión de hechos encadenados. El destino parecía empujarla en un solo sentido, a partir del día aquel en el que llegara hasta sus manos una simple carta. Clara había comprendido por fin que no podría remar en contra de ese río lleno de rápidos turbulentos, lo mejor sería obedecer a su instinto y dejarse llevar.

En la empresa tomaron con bastante pena que los dejara después de tanto tiempo, pero estaban tranquilos con el desempeño de su segundo en estos días de ausencia y sinceramente le deseaban lo mejor para su futuro. Le hicieron una gran fiesta de despedida en la oficina. No faltaron las palabras sentidas y varias lágrimas, junto a la promesa mutua de estar en contacto e incluso de visitarse. Entre los directivos y colegas le obsequiaron una computadora portátil de última generación y un gran ramo de flores, con una tarjeta llena de buenos deseos firmada por todos.

En cuanto a su cátedra, Clara habló largamente con la secretaria académica. Sabía que a partir del año próximo, en el centro universitario de Lomadas comenzaría a dictarse su materia, dentro de la licenciatura en computación que ofrecía la universidad en aquella ciudad, por lo tanto pidió que la tuvieran en cuenta para ocupar ese cargo.

La secretaria le sugirió que tomara una licencia especial hasta el próximo ciclo lectivo y comenzara con los trámites para solicitar el traslado, ella se ocuparía de resaltar sus buenos antecedentes. Clara le agradeció enormemente, si había algo que no quería perder, era la posibilidad de transmitir sus conocimientos y estar en contacto con los alumnos.

Mientras tanto comenzó a todo vapor con los preparativos de su mudanza. Antes que nada, llamó a Enrique para comunicarle las novedades y la voz de él, siempre compuesta, dejaba traslucir lo bien que le caía la noticia:

-Creo que no te vas a arrepentir y estoy seguro de que serás un gran aporte para nuestra ciudad.

-Sos muy amable Enrique. Estuve hablando con mi abogado, Ricardo Sartori, lo conocés. Me recomendó que la sucesión testamentaria la realice por mi parte también el Doctor Ducrot, como sugeriste, para simplificar el trámite.

-Creo que es una muy buena decisión.

-Te pido entonces que traten de iniciar todo a la brevedad, yo estaré por allí en pocos días más.

-Esa es otra muy buena noticia -dijo el escriba con tono sonriente. Quedate tranquila que todo marchará lo más rápido posible.

Clara se sintió reconfortada con la charla, siempre la voz de Enrique tenía un efecto tranquilizador en ella. Se dispuso a empacar las cosas más necesarias, cuya mayoría eran libros. No pensaba desarmar su departamento por ahora, quería contar con una opción para volver a la capital cuando tuviera ganas. Cuando la casona estuviera disponible allá en Lomadas, vería que hacer con su tema habitacional. Por ahora se sentiría cómoda en el apart que ya era como su segunda casa.

El día fijado para su partida, se encontraba cargando cosas en el baúl del auto - que a gritos pedía basta-, cuando el encargado se acercó para ayudarla. Clara le agradeció y aprovechó para despedirse, sin especificar por cuanto tiempo se ausentaba ni por qué. Le pidió que conservara aparte su correspondencia y le avisara por mensaje cualquier novedad de importancia.

El hombre le dio un fuerte apretón de manos, cuyas palmas había refregado solícitamente en el pantalón de trabajo, y le dijo:

-Buen viaje, señora Molina. Ahora que pienso, como usted siempre está apurada y además se fue unos cuantos días, me olvidé de contarle. Hace un buen tiempo, varios meses tal vez, vino un señor preguntando por usted pero no quiso dejarle

ningún mensaje. Me dijo que conocía a una amiga suya, el padre es dueño de un haras de caballos pura sangre, me acuerdo porq...

Clara lo interrumpió para que no la hiciera larga, como de costumbre:

-¿Un haras? Qué extraño, no recuerdo a ninguna amiga así. ¿No se habrá equivocado de persona?

-Parecía muy seguro, pero puede ser... vio que la gente hoy en día está tan rara...

~::~

Su hermano Rodolfo ya se encontraba viviendo en Lomadas, en la antigua casa de propiedad de los suegros de Don Rómulo. Rosario podría haberse enterado de esto gracias a la carta que él le había enviado al convento, pero cuando la misiva llegó, ya lo sabía todo con detalle, desde el momento en que Doña Amanda le dio las instrucciones para organizar su vida cuando se instalara en la ciudad.

Ella tuvo la suerte de poder ir a la escuela a pocas cuadras de los Pagani, por eso sabía leer y escribir y hacer las cuentas. Pero para su hermano no fue tan sencillo, estando en medio de la nada allá en el campo. Sin embargo, su padre se había ocupado de que igual pudiera aprender y así defenderse en la vida.

Le tenía preparado un matungo mansito, un percherón de color gris con crines y cola negras, con el que a la mañana iba al trotecito suave hasta la escuela rural, que quedaba a una legua del puesto. En el primer viaje, su padre lo acompañó en otro caballo, un alazán de cara blanca, pero después iba y venía solito.

Rodolfo se hacía sus diez kilómetros al día, contando ida vuelta, para aprender a leer con el libro Upa y a garabatear letras y palotes en el cuaderno rayado. Por suerte, las maestras le daban la cascarilla con leche y pan a la mañana y luego un rico plato de guiso para aguantar hasta la vuelta. Entonces, su caballito volvía solo a la querencia, ya conocía el camino.

Pudo terminar el cuarto grado y tomar la primera comunión en el pueblo, porque la misma maestra les daba clases de catecismo. Después de eso, Celestino consideró que el pibe ya tenía suficientes armas para arreglárselas y ahora era más necesario en el campo porque ya se daba maña con los animales.

En aquella carta, Rodolfo le contaba que estaba contento porque la casa era cómoda y estaba cerca de todo. Sólo le estaba haciendo unos trabajitos de pintura y algunos arreglos en las chapas del techo, donde había varias goteras. La vivienda estaba amueblada y provista con todo lo necesario. Hasta tenía una

radio eléctrica, donde podía escuchar los relatos de los partidos de fútbol que tanto le gustaban.

También le decía que la señora Amanda le había contado que su hermana iría a vivir con él al final del año y que le dejó anotada la dirección del convento para que pudiera escribirle, ¡qué buena señora y qué generosa era! Y menos mal que en la escuela habían practicado con la maestra como hacer una carta y echarla en el buzón del correo, así le podía contar todo esto.

La patrona le dejó unos pesos para comprar los materiales, pero él se daba cuenta de que se le había ido la mano, seguro era para ayudarlo hasta que se pudiera acomodar. Por ahora contaba con un trabajito en una verdulería de a la vuelta, donde acomodaba cajones y limpiaba las verduras marchitas y las frutas pasadas, como para ir tirando, pero al mismo tiempo estaba haciendo un curso de oficios que daban gratis en la municipalidad. Cuando pudiera, se iba a conchar en algo que le rindiera un poco más.

Rosario no pudo evitar que se le cayeran las lágrimas al leer las líneas que le había enviado su hermano. Lágrimas dulces de felicidad, por saber que Rodolfo estaba contento y que había comenzado una nueva vida para él. Era muy bueno para cualquier tarea y sobre todo honesto y trabajador. Lágrimas amargas de tristeza, porque pronto conocería una realidad que él no imaginaba ni en sus sueños más extraños.

Decidió no decirle nada por ahora, no tenía idea de cómo podría reaccionar. Cuando llegara el momento, sabía que iba a saber comprender, cara a cara, las razones que la llevaron a aceptar este desatino.

~::~~

Sus hermanas hacían lo imposible para animarla, aunque Celina no las ayudaba demasiado. Le contaban los chismes más jugosos, le mostraban la ropa que le habían comprado para que se la estrenara cuando quisiera, la invitaban al cine porque daban una de Delon y Jean Gabin. Nada la conmovía.

Lidia le contó que hacía un par de meses que tenía un noviecito que había visto por primera vez en el club y estaba muy entusiasmada. Por ahora estaban conociéndose y encajaba con las pretensiones de su padre, era hijo de un médico clínico muy conocido. En ese aspecto al menos, no iba a tener un dolor de cabeza.

El chico era fanático de los Beatles y Lidia quería regalarle un disco para Navidad. Cuando le pidió a Celina que la acompañara, su sorpresa fue grande porque ésta por fin aceptó. En la disquería vendían también partituras y ella podría revolver un poco y buscar alguna obra para piano que le gustara.

Allá fueron las tres hermanas. Obligaron a la menor a arreglarse un poco y se marcharon caminando al centro. Lidia compró *Let it be*, el último *long play* del famoso cuarteto de Liverpool. Último en todo sentido, porque estaba recién salido a la venta y también porque sería el postrero que la banda lanzaría antes de separarse definitivamente. Separación que sólo sería física, porque lo que ellos no imaginaban al tomar esa decisión, era que su música perduraría eternamente.

Mientras tanto, Luisa recorría las bateas buscando algún disco simple que le gustara para pasar en el tocadiscos de casa y Celina se había instalado en el fondo del local, lejos de las miradas de todos.

Del sector de partituras para piano, la novel pianista se dispuso a apartar la versión de la sonata Claro de Luna, compuesta por Beethoven en 1801. Pensaba que aprenderla le llevaría un tiempo suficiente como para no pensar en otra cosa. En eso estaba cuando escuchó unas risas que provenían de la sección de discos de solistas italianos.

Levantó la vista y su pulso se detuvo por unos instantes: Martín y una jovencita rubia charlaban animadamente sin reparar en su presencia, al tiempo que miraban la tapa de un LP de Nicola Di Bari. Luisa, que ya se había acercado para mostrarle a Celina lo que estaba a punto de comprar, llegó justo para sostenerla. Tomó la partitura musical y llevó a su hermana casi a la rastra hasta la caja donde Lidia sonriente, recibía su compra envuelta para regalo.

Un simple gesto de cejas arqueadas, ojos bien abiertos e inclinación de cabeza de su hermana, le bastó para saber que nada bueno pasaba y que había que abandonar perentoriamente el lugar. Pagaron todo rápidamente y salieron volando hacia la puerta, no sin antes ver, a la pasada, cómo los dos jóvenes se abrazaban tiernamente.

VIII.

El contador Roberto Lozano había comenzado su carrera con los Pagani poco tiempo después de recibirse. En ese entonces, su padre estaba por jubilarse como técnico en el molino y Don Rómulo le tenía mucho aprecio, por eso enseguida intercedió para que el nuevo profesional ingresara a la empresa.

En esa época, debido a la enfermedad de Pagani, una joven Celina se encargaba en la práctica de las tareas de la presidencia y le alcanzaba los papeles a su padre si era necesaria su firma. Éste sólo asistía cuando era estrictamente necesario o en ocasión de las asambleas de accionistas.

Fue en una de ellas que Roberto conoció a Celina. Ésta tenía apenas algunos años más que él y enseguida le asombró la personalidad y espíritu de trabajo de la joven. El contador fue progresando rápidamente dado que era muy capaz e inquieto. Se transformó pronto en un estrecho colaborador de la futura presidenta y trabajaban en muy buena sintonía. Pero, la verdad sea dicha, también en poco tiempo se enamoró perdidamente de ella.

El trato empezó siendo muy formal y luego se convirtió en una relación de confianza mutua que tal vez llevó al contador a ilusionarse con la peregrina idea de conquistar el corazón de Celina. ¿Por qué no? Jóvenes y solteros los dos, con inquietudes similares, nada parecía impedirlo.

Nada, hasta que Roberto esbozó una tímida insinuación. Cuando se atrevió a hacerlo se encontró con una pared, similar a la de un helado glaciar patagónico, que lo persuadió para siempre.

A pesar de eso, la relación laboral continuó sin fisuras y la vida siguió su paso inexorable. Roberto se casó, tuvo hijos y Celina permaneció sola e imperturbable. Pero en el corazón de él siempre hubo un rincón donde quedaron encendidos su amor y admiración por esa mujer, a la que el destino quiso unirlo para el resto de los tiempos.

Y ahora, que era desde hace años el contador general, la presidenta de Molinos Pagani lo había citado a su oficina, donde ya esperaban otros dos empleados: Rubén Rosales, jefe del área de molienda, y Ana María Yamin, a cargo de empaque y logística. Aunque tenían en común ser de los integrantes más antiguos de la empresa, ninguno sabía el motivo de la reunión y se miraban intrigados.

Celina ingresó a la oficina con un saludo amable, siempre elegante y formal. Había tratado de ocultar con corrector de ojeras y un tenue maquillaje, los rastros

que le iba dejando en el rostro su deteriorada salud. Se acomodó tras el escritorio de infaltables jazmines y fue directo al grano:

-Queridos amigos, saben el aprecio y la confianza que tengo hacia ustedes. Se preguntarán cuál es la razón de mi convocatoria. Bueno, esta vez no hablaremos de stock, de calidad de granos ni de balances. Esto que voy a decirles es mucho más importante.

Los visitantes contuvieron la respiración. Sabían que Celina no tenía la costumbre de hablar de más ni de dar vueltas a un asunto. Esto debía ser muy serio.

-Estoy en la última etapa de mi vida activa y quiero dejar las cosas organizadas -comenzó la presidenta.

-Pero señora... -terció Rosales, que no pudo terminar la frase.

-Rubén, ya sé de sus buenas intenciones, pero por favor no me interrumpan.

Todos quedaron mudos y escuchando el relato de Celina. De cómo confiaba completamente en ellos y sabía del compromiso que tenían con la empresa. De su fidelidad manifiesta hacia ella. De lo que esperaba de los tres de cara al futuro. Y finalmente del testamento que pensaba redactar cediendo a cada uno un cuarto de sus acciones.

La impresión que causaron las palabras de Celina se vio reflejada en los rostros demudados de los asistentes, que no alcanzaban a digerir la noticia.

-Espero que esto signifique un bienestar económico para cada uno, que bien se lo merecen, pero sobre todo un compromiso con la empresa y su gente -agregó la presidenta.

Lozano tomó entonces la palabra:

-Me atrevo a hablar en nombre de los tres, para agradecerle por su confianza de tantos años y expresarle nuestra mayor voluntad de hacernos cargo de que todo marche como usted lo desea -sólo la tuteaba en privado.

-Gracias Roberto. Me gustaría que tomes a tu cargo la presidencia de la empresa cuando yo no esté -respondió Celina.

-¡Falta mucho tiempo para eso! -dijo Ana María con voz entrecortada.

-Nunca se sabe querida -acotó Celina con una sonrisa triste. Una última aclaración: habrá una cuarta heredera designada, que no conocen y espero que incluyan sin reparos como parte del molino, si es que acepta la herencia. Esa es mi voluntad.

Y agregó:

-No voy a explicarles el porqué de mi determinación. Si ella misma lo decide, tal vez algún día se los cuente.

~.~

Rosario estaba esperando a su hija pequeña a la salida de la escuela. A pesar de que estaba a pocas cuadras de la casa y algunos compañeritos del tercer grado que cursaba ya iban y venían solos, ella seguía con la costumbre de llevarla y traerla de la mano.

No era porque tuviera miedo de que le ocurriera algo -bueno, un poco bastante sí-, pero disfrutaba tanto ese trayecto que no quería perderselo por nada del mundo. Esas caminatas siempre aseguraban charlas divertidas, matizadas con preguntas muchas veces incómodas, de esas que les gusta hacer a los infantes, o con relatos de lo que les había deparado el día escolar.

El tiempo pasa tan rápido, pensaba, que cuando quisiera acordar ya sería una señorita y la perdería de vista. Lo sabía muy bien, porque la niña tenía su carácter y determinación. Como cuando quería saber sobre su padre y Rosario se veía en problemas para salir del paso. Pero ella era el sol de sus ojos y la mocosita lo sabía, sobre todo porque no dejaba de decírselo.

Atrás quedaron la angustia y la incertidumbre de los primeros momentos. Rosario había hecho muchos sacrificios para poder criarla y educarla, trabajando de lo que fuera para llevar un plato de comida a la mesa, poder vestirla y comprarle lo necesario para sus estudios.

Tuvo la gran suerte de que en la casa hubiera quedado una vieja máquina de coser, de esas a pedal. Rodolfo se la había arreglado en su tallercito y la había dejado como nueva. Así podía hacer arreglos de ropa y confeccionar algunas prendas para la gente del barrio. A veces se quedaba de noche cosiendo, cuando la nena ya se había dormido.

También hacía limpieza en casa de algunos vecinos, que la apreciaban mucho. Era trabajadora y discreta y sabía ganarse enseguida la confianza de las personas. A veces iba con la nena y otras se la dejaba un par de horas a su hermano o a su cuñada. Todo dependía de cuan quisquillosos fueran los patrones.

Su hermano había sido de gran ayuda para ella. Cuando llegó aquel día con la noticia de que eran dos y no una sus nuevas compañeras de hogar, Rodolfo no comprendía nada. Pero ella le explicó todo con suma paciencia y delicadeza y finalmente él entendió por qué su hermana había ofrendado su vida por esa causa.

Después de todo, los dos se sentían en deuda con la familia Pagani y como sucede habitualmente con las personas más humildes, no fueron egoístas y pensaron primero en el bien de la criatura. Por otra parte, un par de sonrisas y unos bracitos extendidos, conquistaron inmediatamente el corazón de Rodolfo.

Poco tiempo después, inesperadamente, fue convocado a firmar la escritura de la casa que la familia le había donado y puesto a su nombre, según le explicó el escribano que le hizo firmar la aceptación. No hizo preguntas pero pudo imaginar las razones.

Doña Amanda había prometido sostener económicamente a Rosario, pero al poco tiempo de que el capítulo Córdoba se cerrara, Don Rómulo enfermó y su esposa no lo pudo soportar, enseguida cayó en una gran depresión y más tarde cuando finalmente el hombre falleció, la señora tuvo un accidente cerebral, tal vez por la misma causa, y quedó postrada.

Parece que de todo se había encargado Celina, pobre chica, con lo que había tenido que sufrir -pensaba Rosario-, igual asumió toda la responsabilidad, porque sus hermanas ya estaban casadas y ocupadas con sus cosas y sus propias familias y ella seguía sola y viviendo en la casona con sus padres.

De todo esto Rosario se enteró una vez al cruzarse por casualidad con Luisa en el mercado, cuando ésta la puso al tanto de las novedades. Por lo que pudo adivinar, las hermanas de Celina ignoraban completamente los arreglos que había hecho su madre con ellos dos y no era momento, ahora ni nunca, de contárselos.

Tampoco Luisa había preguntado ni dicho una palabra sobre la niña, como si nunca hubiera sido real. ¿Sabrían que estaba con ella? O mejor dicho, ¿sabrían de su existencia? A Rosario no le importaba, ella tenía la fuerza suficiente que le daba su hija, para arreglárselas sola. Al fin de cuentas era mejor que nadie interfiriera, a ver si todavía ahora se les ocurría quitársela.

Fue así que la vida siguió para los dos hermanos y la pequeña. Ahora Rodolfo estaba casado. Con su esposa tenían una hija que iba a primer grado y estaban esperando otro bebé. Entre todos se iban arreglando y llevando adelante, con mucho esfuerzo y coraje, el hogar compartido.

~::~~

Todo lo hice por él. Absolutamente todo. Y ahora me deja, así, sola, para siempre. Mi vida cobró sentido cuando lo conocí, esa tarde en la vuelta al perro, un día que fuimos con mamá y la tía Carmen al centro. Yo iba en el medio de las dos porque, guarda de pasar cerca de algún muchacho que viniera en el otro sentido. Sólo miradas furtivas estaban

permitidas y eso porque no podían sacarnos a pasear con anteojeras, nada más. Ya de lejos vi su estampa, sus ojos negros, su sonrisa conquistadora. Y él también me miró, clavó sus dos luceros en mí y quedé atrapada enseguida en su telaraña. Y nos miramos en cada vuelta esa tarde. Después vinieron las visitas a tomar el té y el pedido de mano a mi padre. Él, de impecable traje cruzado a rayas y pelo engominado, yo con mi chemisier celeste con enagua almidonada y el cabello con bucles. Cuánta inocencia. Mi padre dijo enseguida que sí, era muy buen partido ese muchacho. Luego, la noche de bodas, cuando con su dulzura supo apaciguar mis miedos de inexperta y ayudarme a descubrir las delicias del amor. Y ahora no quiero levantarme más de esta cama, Dios mío, ayúdame y llévame con vos. Con sacrificio construimos una familia ejemplar, yo lo acompañaba en todo, no dejaba que nada lo perturbara. Cuando venía cansado de trabajar, mandaba a las nenas temprano a dormir, bañadas y comidas, para que no lo molestaran a la hora de la cena. Iba con él a todas las reuniones sociales, siempre con una sonrisa, aunque tuviera ganas de quedarme en casa leyendo una revista en camisón y pantuflas. Hice lo imposible para que esas brujas que nos miraban de reajo como a nuevos ricos, porque gracias a él el molino funcionaba de maravillas, se tuvieran que morder la lengua. Porque claro, a todos les gustaba que Don Pagani de acá, Don Pagani de allá, estuviera siempre dispuesto a poner el hombro y sobre todo a colaborar en contante y sonante cuando era necesario. Y como él era de buen corazón, a todo decía que sí. Entonces no les quedó más remedio que tragarse su desprecio y aceptarnos en sus selectos círculos. Y ahora estoy aquí tirada y ya no quiero vivir más, Dios mío, tené piedad de mí. Todo lo hice por él. Había que aguantar a ese hermano que era un vago y un mantenido porque mis suegros tenían las mil contemplaciones con él y mi esposo igual. Yo explotaba por dentro porque lo hubiera echado a patadas en el traste. Pero me lo tragaba una y otra vez. Encima venía a las reuniones familiares y se las daba de gran señor, hablando de grandezas. Si era un inútil. Pero yo todo lo hacía por él. Si había que ir al campo a contar vacas, allá iba yo con las nenas y la canasta de provisiones. Si en el club había una fiesta de lo que fuere, allí estaba yo pidiendo regalos en los negocios para sortear. Me veían entrar y decían, ahí se viene un pechazo. Si hacían una rifa para fin de año, allá iba yo a vender números a Dios y a María Santísima. Todo para que dijeran, qué buena gente estos Pagani. Ya estaba harta, pero yo iba y lo hacía. Y ahora estoy acá, como una piltrafa, porque ya no quiero hacer nada si él no está. Yo no quiero vivir si él no está conmigo. Dios mío, escuchame de una vez. Y después pasó lo peor. Esa chica inconsciente que no tenía ni idea de lo que era el amor y todavía me echaban en cara las tres porque no les había enseñado. ¿Y a mí quién demonios me enseñó? Ah, pero ahora todo son cuestionamientos hacia los padres, es la era de Acuario, por favor no me hablen de libertades. Y ella fue y metió la pata hasta el cuadril y después se hacía la víctima. ¿Y yo qué iba a hacer? Tirar por la borda todo el sacrificio de una vida, ser el hazmerreír del pueblo, dejar que él se muriera de un disgusto. Al fin igual se terminó muriendo, maldita sea. Perdón, perdón, Señor, ya sé que no se debe maldecir. Menos mal que lo convencí a él de donarle la casa a esa gente, por lo menos para tener un poco de paz con mi conciencia.

Pero encima ahora siento remordimientos por haberle mentado. Si yo todo lo hice por él. Es un castigo tuyo Dios mío, seguro. De yapa él siguió embobado con su hija sin saber nada y yo tenía ganas de matarla. Y le regaló un piano. Y ella lo cuidaba, le daba de comer, lo llevaba y traía de acá para allá, aprendía todo, sólo para tomar su lugar. Y yo, que hice todo por él, terminé siendo un cero a la izquierda. Y ahora estoy acá sin ganas de vivir. Señor, sé que he pecado y no sé si me vas a perdonar. Pero tenés que saber que yo todo lo hice por él. Y ahora estoy mareada y se me nubla la vista. Y me duele la cabeza, se me parte la cabeza, se me mezclan las ideas, ya no recuerdo quién soy ni quién era él. Dios mío, te lo suplico, tené piedad de mí.

~::~

Martín había podido cumplir con la mayoría de sus sueños. Se casó con su primera novia y luego de pasar un feo trance al perder un embarazo al poco tiempo de la boda, tuvieron dos hijos, un varón y una nena que eran la felicidad de sus padres.

Esa primera pérdida, no sabía muy bien por qué, la sentía como un pase de facturas de la vida. Era un pensamiento bastante extraño, pero no siempre las ideas que pasan por nuestra mente tienen alguna explicación. En verdad, una pequeña cicatriz había perdurado de aquel amor breve e incandescente de su adolescencia, que quedara flotando en el aire como algo inconcluso. A veces se preguntaba si no debería haber hecho algo más para saber qué había pasado, para intentar buscarla. ¿Esta sensación tendría que ver con eso? No lo sabía.

Nunca más había visto a Celina, salvo alguna que otra vez en la sección Locales del diario de Lomadas, donde solía aparecer alguna nota de actualidad con la presidenta de Molinos Pagani. Eso le sirvió, en el transcurrir de los años, para ver cómo ella iba madurando y conservando la misma belleza que había conocido en aquél baile de la primavera. Pero eso pertenecía al pasado, estaba enamorado de su mujer y era muy feliz con su vida actual.

Por otra parte, el taller metalúrgico era una realidad que se consolidaba año a año en la ciudad y también en la región. Martín pudo construir unas modernas instalaciones luego de mucho trabajo y sacrificio y contaba con varios empleados. Su esposa lo había acompañado y sostenido todo ese tiempo y se encargaba de llevar adelante la administración del negocio, porque había hecho estudios de contabilidad y un curso de computación en el instituto terciario. Además, en el terreno contiguo, levantaron una bonita casa para la familia, cerca de donde estuviera el hogar de su infancia.

Ese mes se llevaba a cabo, como todos los años, la exposición rural en el predio municipal que se destinaba para esos acontecimientos. Además de las muestras

y remates de ganado habituales, habría estands de maquinarias agrícolas y otros productos de la zona, espectáculos de doma, esquila de ovinos, puestos de comida y la actuación de grupos folclóricos. La exposición duraba una semana y convocaba a muchos lugareños y personas de pueblos vecinos. Era una verdadera fiesta regional.

Martín expondría una vez más sus productos en esa feria y para eso ya había encargado el armado de la instalación y la folletería. Tenía muchas expectativas con el evento, porque siempre le permitía promocionar su negocio e incrementar las ventas. Cada año disfrutaba el momento de colgar el cartel “Taller Metalúrgico Taboada” en su stand.

Esta vez además, había redactado y hecho imprimir un bonito cuadernillo con fotografías y relatos de la historia del taller y su evolución, acompañando la de la ciudad, con semblanzas de las vidas de su abuelo y de sus padres, verdaderos pioneros.

~::~

Todavía con el alma revuelta por los preparativos, las despedidas y los trámites de las últimas semanas, Clara se encontraba finalmente instalada en su pueblo natal, quién lo hubiera dicho.

La aceptación de la herencia significaba un paso gigante, que dio convencida. Esa mañana en que se dirigía a la escribanía Vieguez, todo tenía otro color y no sólo porque ahora el sol calentaba un poco más y hacía florecer las primeras magnolias. Cada vez más, sentía que marchaba por el camino correcto.

En el último tiempo se había dedicado a indagar sobre el negocio de los molinos harineros y a reunir información acerca de la empresa Pagani. Como todo en su vida, ella no se tomaba las cosas a medias. Si iba a ser accionista, quería estar enterada de todo, para poder participar activamente. Y pudo descubrir que le interesaba mucho el desafío.

Enrique la recibió esta vez con un beso en la mejilla acompañado de un abrazo breve. Un pasito más que a Clara no le disgustó para nada. La envolvió su perfume con olor a cedro y eso también le encantó.

Luego de ponerse ambos al día con las últimas novedades, el escribano le leyó el documento de aceptación, que ella firmó sin más trámite. Hecho esto, él extrajo del expediente un sobre cerrado y firmado al dorso, cruzando el cierre con dos rúbricas, la de la señora Pagani y la de Vieguez. En el frente, sólo decía con letra estilizada: “*Para Clara Molina*”.

Un estremecimiento recorrió la espalda de Clara. Entre tantas idas y vueltas había desestimado el detalle, el instante preciso, el momento en que se corporizaría el mensaje de Celina Pagani en sus manos. Lo tomó cautelosa y pareció pesar como un anuncio grávido de respuestas.

Lo guardó en su bolso sin decir nada y al levantar la vista se cruzó con la sonrisa comprensiva de Enrique. Enseguida, éste quiso salir del trance embarazoso y dijo:

-Quiero que sepas que mañana mismo se inicia el trámite sucesorio. Pero mientras tanto, puedo facilitarte las llaves de la casona para que ya puedas disponer de ella.

-¿En serio? ¡Qué sorpresa! No pensé que sería tan pronto, te lo agradezco - respondió conmovida Clara.

-Bueno, ahora no podrás negarte a que te invite a cenar. Me gustaría que conozcas un lugar muy especial.

Ya el escriba había colgado en el perchero su traje de profesional y se había calzado el de hombre común, que no ejercía desde hacía rato. También él se sentía reconfortado con la presencia de Clara.

~.~

Giró la llave en la gran puerta cancel de hierro y cristal, que se resistió un poco, emitiendo un añejo chirrido de bisagras. Levantó algunos avisos sin importancia que alguien había deslizado por el umbral. Cuando ingresó en el estar principal, a Clara le pareció quebrantar la intimidad de alguien que hasta hace poco era dueña y señora de ese lugar y cuya alma debería estar revoloteando todavía por los rincones.

Pensó en cómo cambian de sentido las cosas materiales con la ausencia definitiva de las personas. Lo que hasta ayer parecía tener vida propia, en realidad gozaba de un impulso prestado, de un hálito compartido por ese ser humano que no sería nunca igual a ningún otro.

Un cuadro, una fotografía, una flor seca dormida entre las hojas de un libro, que pudieron ser tesoros para quien ya no está, enmudecen para siempre ante su ausencia y ya no podrán contar la historia que tantas veces trajeron al presente.

Clara siguió su recorrido, caminando casi en puntas de pie para no profanar el territorio, y al entrar al salón lo primero que atrajo su mirada fue el hermoso piano que emergía silencioso contra el ventanal. Abrió el cierre del teclado, cubierto con un paño verde bordado con filigranas doradas. No se atrevió a

desnudar las teclas y solo acarició la tela aterciopelada. Del instrumento brotaba un olor a vieja madera mezclado con el de acero y cobre de las cuerdas, que se adivinaban bajo la tapa lustrosa.

La gran escalera de madera la llevó al piso superior, donde convergían a un amplio espacio con sillones y mesitas ratonas, varias habitaciones. Las recorrió lentamente y se detuvo en la principal. El balcón de puertas ventana con celosías de hierro, daba a la avenida. Clara las abrió de par en par, para dejar que el aire y el sol se llevaran consigo el aroma a encierro y una corriente fresca renovara el ambiente.

El piso de pinotea exhalaba todavía un ligero perfume a cera y emitía un leve quejido bajo las pisadas de la visitante. En un extremo, la cama doble reinaba intacta, cubierta con un mullido edredón verde musgo. En el otro, un escritorio de caoba y una silla de pana, junto a una biblioteca de pared a pared, ocupaban todo el espacio.

Clara recorrió los estantes tratando de saber qué lecturas acompañaban a su benefactora y de ese modo empezar a conocerla. Libros técnicos relacionados con la actividad de la empresa se alineaban junto a clásicos y a novelas contemporáneas. El decorado era austero, junto a la lámpara de mesa se destacaba un retrato de Celina muy jovencita junto a su padre, abrazados y sonrientes los dos. Sabía que eran ellos porque había visto una foto similar, entre otras, en la sección "Nuestra historia" de la página *web* del molino.

En un gesto inconsciente, abrió el cajón principal del escritorio y luego otro y otro. Hizo lo mismo con los de la biblioteca y luego en ambas mesas de luz a los costados de la cama. Y se dio cuenta de que todos tenían algo en común: Celina no había dejado nada guardado que no fueran útiles, hojas en blanco, un espejo de mano, un cepillo de ropa, un almanaque. Se había ocupado prolijamente de quitar cualquier objeto personal, mensajes o recuerdos que dejaran huellas detrás de su partida.

No quiso demorarse más y, aún conmovida por esa primera visita, cerró las ventanas y regresó a la planta baja. Todavía no podía entender que ese lugar ahora le perteneciera. ¿Cuántas veces tendría que regresar para dejar de sentirse una extraña? Se daría a sí misma el tiempo que fuera necesario. Tal vez el día en que se decidiera a abrir esa carta, podría encontrar las respuestas que la ayudaran a adoptar ese sitio como propio.

IX.

Celina no era amante de las reuniones sociales ni de los eventos típicos de la ciudad, donde a todo el mundo le gustaba mostrarse. Era muy raro encontrarla fuera de su casa o del trabajo. Muy de vez en cuando se reunía con sus hermanas a tomar un café en el centro para charlar un rato tranquilas y ponerse al día. Las tres habían mantenido una relación de afecto durante toda su vida.

Pero en esta ocasión no pudo rehusarse, la habían invitado especialmente a la inauguración de la exposición rural a la que no iba desde los tiempos en que su padre aún vivía y no encontró una excusa suficientemente convincente para faltar.

Como siempre, se arregló sobriamente con un trajecito entallado muy fino de color malva y con el pelo de incipientes canas recogido en un peinado que destacaba su largo cuello, envuelto en un collar de perlas. Poco maquillaje y brillo en los labios. La madurez le sentaba muy bien.

Habitualmente ella manejaba su auto, pero esta vez prefirió pedirle al chofer de la empresa que la llevara en la van del molino y despreocuparse del tema.

Como siempre, llegó puntualmente a la hora indicada y enseguida la recibió el director de la organización y la acompañó a recorrer los stands más destacados y los animales de raza premiados. Luego se instalaron en un sector con sillones, donde le hicieron alguna que otra entrevista y la saludaron distintos personajes del ambiente rural y de negocios de la zona.

En un momento, se acercó a ella el encargado del departamento de ingeniería del molino, que estaba presente en la feria, y le comentó:

-Señora Pagani, le robo un minuto, necesitamos reemplazar un eje de transmisión de una de las moledoras de granos y estuve viendo que hay un taller metalúrgico que los fabrica a medida acá en Lomadas, además tiene otros repuestos en existencia que nos pueden servir y los precios son buenos. ¿Le parece bien que le presente al dueño por si quiere hacer algún convenio de provisión con él? Tiene un stand acá en la feria. Creo que nos puede resultar muy favorable.

-Bueno señor Ávila, si usted lo cree conveniente, acérquelo nomás y charlamos -respondió Celina, que siempre se involucraba personalmente en todos los detalles de la empresa y los empleados contaban con eso.

Pasado un rato y cuando casi se había olvidado del tema, Celina lo ve a Ávila acercarse con otro hombre alto, delgado, de ojos oscuros y cabello ensortijado con

abundantes canas, que cuando estuvo a su lado le sonrió y enseguida se le formaron sendos hoyuelos en las mejillas.

Don Ávila, solícito y feliz de ser útil a la patrona, dijo:

-Señora Pagani, le presento al señor Martín Taboada, es el dueño del taller metalúrgico del que le hablé.

~::~

Enrique pasó por el apart a buscar a Clara, que ya lo estaba esperando en la recepción. Sin temor a parecer anticuado, él se apuró a abrirle la puerta del auto para que ella se acomodara en el asiento del acompañante.

La noche estaba fría y el interior del coche se sentía cálido y confortable.

-¿Para cuándo la mudanza? -inició la charla Enrique.

-Hoy estuve en la casa y el impacto fue grande. Todavía tengo que decidir qué voy a hacer porque ese caserón para mí sola es demasiado, pero no quisiera apresurarme. Aunque hoy me gustaría no hablar de esto, mejor charlemos de otros temas ¿Cuál es ese lugar tan especial a donde me llevás?

-Ya lo vas a ver, en unos minutos llegamos.

Así fue, porque en unos minutos se podía cruzar casi toda la ciudad, que se veía hermosa con sus ramblas iluminadas y flanqueadas con casas bajas a escala humana. Estacionaron y al ingresar al restorán, de pronto parecían estar en otro tiempo y otro lugar.

El local estaba ambientado en los años 70 y 80. Comenzando por la música que los recibió, siguiendo por las paredes repletas de posters, tapas de discos y fotografías autografiadas de visitantes notorios y terminando por el dueño, que les dio la bienvenida y que era por lo visto un viejo conocido de Enrique.

El hombre, un sesentón bien conservado de esos que están todo el año bronceados no se sabe cómo, con pulseras de cuero y tachas y camisa de lino, derrochaba simpatía y enseguida le cayó bien a Clara. Los acompañó hasta una mesa bien ubicada y les alcanzó la carta.

Como era de esperar, los platos tenían nombres temáticos: "Ayer nomás", "*Staying alive*", "De música ligera". Y los tragos, otros tantos como "Menta y limón" o "Vasos vacíos". Sobre la pared contigua, lucían enmarcados varios tickets de entradas a recitales históricos, como el de Queen en Buenos Aires o la despedida de Soda Estéreo en el estadio de River y la de Sui Generis en el Luna Park.

Finalmente se decidieron por compartir una tradicional y enorme milanesa con papas fritas y huevos fritos, la exclusiva "Razón de vivir" con dos cervezas. La charla, que había comenzado animadamente con fondo de rock, siguió más tarde en un bar céntrico, con luces tenues y música suave.

Fue una noche perfecta. Por primera vez hablaron a fondo de sus vidas, de sus gustos e inquietudes. Él le contó de sus hijos y ella de por qué no los había tenido. Rieron a carcajadas. Vertieron lágrimas furtivas. Conocieron algunos de los miedos, de las convicciones, de los logros y de las flaquezas del otro.

Cuando finalmente se separaron, casi al aclarar, cada uno parecía ser una persona distinta a la de ayer. Pero ambos llevaban una misma sonrisa dibujada en el rostro.

~.~

Ávila había hecho mutis por el foro al ver que el saludo de su patrona quedara como congelado en el aire cuando el señor Taboada le extendió la mano. Prefirió no saber si había metido la pata presentándoselo. Ya se enteraría cuando lo mandaran a comprar el eje de transmisión de acero de alta resistencia a otra parte.

Mientras tanto Celina y Martín, como personas civilizadas que eran, se habían terminado de estrechar las manos, sintiendo cómo una corriente de alto voltaje los atravesaba. Ella le ofreció tomar asiento a su lado y por un rato permanecieron mirándose a los ojos sin hablar, mientras el bullicio que los rodeaba pareció apagarse a cero decibeles.

Un torrente de preguntas pugnaba por salir de sus bocas pero una sola de ellas se atrevió a insinuarse en la voz de Martín:

-¿Será posible que hablemos en otro lado?

-Sí, creo que es posible y necesario. ¿Estás en auto? -preguntó quedamente Celina.

-Estoy en mi coche -respondió él con un tono de voz todavía más grave que el habitual.

Enseguida Celina envió un mensaje al chofer para que hiciera su vida y se puso de pie con determinación. Martín le indicó con un gesto la dirección en donde había estacionado su automóvil y hacia allí se encaminaron. Ella lo seguía a distancia, tratando de esquivar despedidas incómodas.

El auto azul de vidrios polarizados enseguida engulló a los dos pasajeros, que quedaron a salvo de cualquier mirada. Celina le indicó que fueran a su casa, era el mejor lugar para hablar tranquilos. Allí sólo habitaba su madre con la enfermera que la cuidaba desde hace años y estaban instaladas en un

departamento en el fondo del amplio jardín, que ella había hecho construir especialmente. No se enterarían de lo que ocurriera en la parte principal.

Celina no necesitó indicarle dónde quedaba su casa, todo el mundo lo sabía. Al llegar, después de un recorrido en el que ninguno de los dos se atrevió a decir palabra, accionando el portón levadizo, le sugirió:

-Podés poner el auto de culata al lado del mío.

Ingresaron por el interior de la casa, directamente al piso superior, donde Celina invitó a Martín a sentarse en uno de los sillones de pana gris plomo del estar. Ella hizo lo propio en el canapé azul contiguo.

No sabían por dónde empezar, hasta que al unísono dejaron escapar ese porque que esperara tantos años y que hoy tal vez tuviera una respuesta a medias. Celina le contó de su partida obligada y de su carta desesperada, él que nunca recibió noticias suyas y que creyó que lo había borrado de su vida. Ella que jamás pudo olvidarlo y él que tampoco. Ella que nunca había podido amar a nadie más y él que tenía mujer e hijos pero la llevaba siempre en su recuerdo.

Nunca sabrían qué pasó con aquella carta o cómo sería hoy la vida de ambos si hubiera llegado a las manos de Martín. Tampoco Celina se atrevería jamás a contarle lo que había pasado en Córdoba. ¿Cómo explicarle si ella tampoco le encontraba explicación? ¿Por qué abrir una nueva herida mayor a la anterior? Ya nada podía hacerse. Pero esta charla se la debían, al menos para poder recordar en paz los bellos momentos que vivieron juntos.

Entonces sucedió lo inesperado. Martín tomó sus manos entre las suyas un instante y fue como si una tormenta que hubiera estado amenazando todo el día se descargara sobre ellos de repente. Se fundieron en un abrazo interminable donde cabía todo el dolor, todo el amor, todo el tiempo perdido, todo el llanto y la risa, todas las injusticias, todos los abrazos que no habían sido.

Después, el vino fue un cómplice para animarlos a dar el paso siguiente una última vez, que pareció la primera. Las sábanas húmedas de sudor y de llanto quedaron revueltas cuando ella se dio vuelta para mirarlo por última vez y ajustando su bata de seda se marchó de la habitación.

Martín se había quedado dormido unos instantes y al despertar se encontró solo, mientras escuchaba una música suave que venía de la planta baja. Se vistió lentamente para prolongar ese momento un poco más. Bajó las escaleras. Ya sabía por dónde salir y cómo accionar el portón de la casa.

Mirando a través de la puerta del salón, sin que ella lo viera, observó de lejos por última vez el perfil de Celina y su cabello desordenado que la hacía tan hermosa,

y pudo ver cómo recorría las teclas del piano con una melodía dulcísima. No recordaba el nombre, pero si hubiera podido ver la partitura, leería en su título: Nocturno 2 en mi bemol mayor de Frédéric Chopin.

Al amanecer, cuando todavía estaban encendidas las luces de la avenida, un auto azul de vidrios polarizados abandonó el garage de la vieja mansión. Junto con el portón automático, tras él se cerró definitivamente una larga historia de amor y desesperación.

~.~

Finalmente Clara se había mudado a la casona. Pero ni a la habitación de Celina ni a ninguna otra de las varias que daban al estar del primer piso. Simplemente porque decidió instalarse en el hermoso departamento del fondo, que daba al jardín.

Era un lugar mucho más moderno porque estaba construido a nuevo, con grandes ventanales que abrían sobre el verde. Instalado con todo lo necesario, además estaba amoblado con buen gusto. El departamento tenía una entrada propia junto al portón del garage y eso lo hacía completamente independiente de la casa.

Ahora que la primavera estaba bien avanzada, Clara disfrutaba de salir con sus pies descalzos sobre el césped, sentarse en el banco de plaza que había allí bajo un castaño y escuchar el canto de los pájaros que venían a buscar alimento entre las lajas del camino.

Aquello era el paraíso. Acostumbrada al ruido incesante de la gran ciudad, su balconcito con plantas que hasta hace poco le parecía un vergel, palidecía al lado de este oasis silencioso y soleado. En un rincón, un cerezo rebosaba de flores rosa pálido, prometiendo los deliciosos frutos bermellón que le encantaban a Clara.

Infinidad de plantas muy bien cuidadas adornaban todo el entorno. Una gardenia enorme llenaba el aire con su perfume intenso. Las hortensias rosas y lilas alegraban la galería que remataba la serie de ventanales. Con toda esa oferta, mariposas, abejas y colibríes se hacían un festín.

Clara estaba en medio de sus pensamientos, recibiendo a pleno el sol de la mañana en su rostro, cuando sonó el timbre.

-Buenos días señora, perdón por la molestia -dijo un señor de cara simpática quitándose la gorra. Soy Pedro, el jardinero.

-Buenos días -lo recibió Clara con una sonrisa en la puerta de calle. ¿Usted es el creador de este hermoso jardín?

-Bueno, yo lo cuido nomás, para que crezca sano, desde hace muchos años. La señora Celina me dejó una llave para que siga viniendo, pobre señora, tan buena. Igual yo siempre toco timbre antes, por las dudas.

-¡Con razón el parque está tan bien conservado! Si no tiene problemas, le pediría por favor que continúe como hasta ahora. Yo estoy viviendo en el departamento -aclaró Clara. La señora me legó toda la propiedad, digamos en pocas palabras que soy la nueva dueña. Mi nombre es Clara Molina.

-Me alegro mucho, señora Clara, aunque sea un poco triste que Doña Celina ya no esté.

-Ya lo creo Pedro, pero estoy segura que nos llevaremos muy bien.

-Sí señora, cómo no, para lo que necesite, un servidor. Seguro está mi teléfono en la agenda de la señora. Pedro Mayorga soy.

-Muy bien, adelante, lo dejo trabajar.

Pedro se aprestaba a buscar las herramientas para comenzar con su tarea, pero antes se volvió un momento:

-Señora, ¿le puedo decir algo, si no se ofende?

-Dígame nomás.

-La señora Celina tenía dos perros hermosos que me dio antes de morir, los tengo allá en mi casa, están muy bien y contentos. Resulta que la hembra tuvo cría al poco tiempo y me quedan dos cachorritos, hembra y macho. ¿Le gustaría tenerlos? Serían como un recuerdo de la señora.

-Me toma por sorpresa, pero creo que le voy a decir que sí, porque nunca tuve espacio para tener un animal y me encantan. ¿Usted me ayudaría al principio? Porque no tengo idea de cómo cuidarlos.

-No se preocupe, en estos días ya se pueden destetar, yo se los traigo y le explico todo, no se va a arrepentir. Son unos collie preciosos y muy compañeros. Si quiere le recomiendo al veterinario que llamaba Doña Celina.

-Le agradezco Pedro, van a ser una hermosa compañía.

Clara pensó cómo estaba cambiando su vida hasta en las pequeñas cosas y cuánto le estaba gustando este presente. Cuando volvió a su banco soleado, tenía una llamada perdida de Enrique en el teléfono. Lo llamó:

-¿Cómo estás Enrique? Perdón pero había dejado el móvil, estaba hablando con el jardinero. Te cuento que también acabo de heredar dos cachorros de collie. Creo que me van a encantar.

Enrique se alegró por la noticia y le contó que el motivo de su llamada era para invitarla el fin de semana a su casa de la playa para que conozca a sus hijos. Ella le dijo que le gustaría mucho pero que tal vez era algo apresurado. Pero Enrique ya había hablado con los chicos y querían conocerla. Lo habían visto tan triste a su papá, que estaban felices de comprobar el cambio que mostraba en el último tiempo. Sabían o se imaginaban que era todo mérito de ella.

Acto seguido él la invitó a cenar esa misma noche, pero Clara respondió:

-Gracias, pero hoy prefiero quedarme en casa, necesito estar sola porque esta vez sin falta quiero leer esa carta.

~.~

Celina había llegado a su casa casi al anochecer, después de un día de mucho trabajo en la empresa. Reuniones con socios y encargados de los distintos sectores, revisión de balance y estudios de mercado con el contador, ocupaban habitualmente toda su jornada y no le dejaban ni un rato libre para pensar en otra cosa.

Desde que su madre había partido para siempre sin dejar siquiera un vacío en su alma, no tenía que ocuparse más que de sí misma en ese caserón enorme, atestado de recuerdos.

Se puso ropa de entrecasa y calzado cómodo, preparó una ensalada fresca y un licuado de frutas y se dispuso a leer unas revistas de informática que le había acercado el encargado del área, donde se mostraban los últimos avances y las empresas que brindaban tecnología y aplicaciones a medida.

Estaba interesada en actualizar los recursos tecnológicos del molino íntegramente y pensaba proponerlo en la próxima asamblea de socios. Para eso necesitaba un diagnóstico completo de la situación y una propuesta renovadora que convenciera a los asociados, porque seguramente significaría una inversión importante, pero a su criterio indispensable.

Se detuvo en una página en la que entrevistaban a una profesional que administraba el área de sistemas de una importante empresa especializada en soluciones informáticas. Leyó primero el artículo, que le pareció muy interesante porque ofrecía en gran medida lo que ella estaba buscando.

Cuando estaba a punto de anotar los datos de la empresa, que figuraban al pie, se detuvo un momento en la fotografía de la entrevistada, en la que no había reparado: era una mujer delgada, pasada la cincuentena, de cabello ondulado y rostro sonriente. Inmediatamente, bajó la vista hasta el epígrafe donde se podía leer: “Entrevistamos a Clara Molina, especialista en TI de Omega Solutions”.

Sintiendo que su pulso se detenía y, volviendo a mirar fijamente la imagen, se dio cuenta de que esas facciones componían la viva figura de otro semblante bien conocido por ella: eran el fiel reflejo del rostro de Martín.

~.~

Rodolfo guardó la última caja en la camioneta. Había podido cambiar su vieja estanciera por un modelo un poco más nuevo y funcional para su trabajo. Con su esposa embalaron hasta el último objeto estrictamente necesario que podían llevarse, incluidas todas las herramientas de su taller de radio que le servirían para seguir con el oficio allá en el nuevo hogar.

Las chicas estaban cursando en la universidad y ellos decidieron marchar tras ellas. Ya nada los ataba a esta ciudad. Habían puesto la casa en venta tal como estaba y con el dinero obtenido pudieron comprar una linda casita, más chica y con fondo, en Bahía Blanca, donde ellas estudiaban.

Su hermana los había dejado hacía un tiempo. Sucedió una vez que fue a visitar a su hija a Buenos Aires y la muerte la encontró allá, a su lado. Al menos los consolaba la idea de que pudo despedirse de su nena, que era la razón de su existencia. Tal vez sin querer eligió partir estando cerca de ella, ya había cumplido con creces su misión en esta tierra.

Su sobrina lo llamó por teléfono para avisarle y le contó que todo fue muy rápido, que Rosario se había ido en paz y que ella había esparcido sus cenizas en el Río de la Plata. Así que no habría un pedazo de tierra donde llorarla -pensó Rodolfo-, ni una tumba con una inscripción que dijera “Rosario Molina partió tal como fue su paso por este mundo, en silencio y sin molestar”.

Esa fue la última vez que habló con Clara, después no tuvo más noticias de su vida. Quería mucho a su sobrina y lamentaba su lejanía, pero la entendía perfectamente. Ella había cortado los lazos que la unían a los interrogantes que ni su hermana ni él pudieron o supieron responder. A veces es mejor alejarse de las preguntas cuando no nos animamos a escuchar las respuestas.

~.~

La noticia de la muerte de Celina había caído como una bomba en la ciudad, en la empresa y por supuesto en la familia.

Esa mujer que era una guerrera a la que los golpes de la vida la habían curtido como a pocos y que podía sortear cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino, parecía inmortal. De carácter firme pero afable, humana pero implacable cuando se trataba de defender lo que le importaba, siempre con una apenas perceptible tristeza gris en la mirada, era bien apreciada por todos.

Había dedicado su vida al molino, luego de que cualquier otro aspecto de su persona hubiera quedado sepultado junto con aquella primavera de su adolescencia. La vocación de su abuelo y luego de su padre, por trabajar y hacer posible un mejor futuro para sus empleados y la comunidad toda, la empujaba a seguir adelante.

Lo que más la reconfortaba, era saber que no se encontraba sola en la carrera. Tenía un grupo de empleados fieles que la acompañaban sin condiciones y a sus hermanas y sobrinos, que eran su refugio cuando estaba necesitada de dar y recibir cariño.

También se había ocupado de que el club que fundara Rómulo siguiera sirviendo como ámbito de contención para chicos y grandes, cuidando que nada faltara. Afortunadamente, el esposo de su hermana Lidia había tomado la posta como presidente de la comisión directiva y la tenía al tanto de cualquier necesidad. Contaban ahora con nuevas disciplinas deportivas, cursos para todas las edades y hasta una sala de video y una biblioteca.

Lo único que Celina había mantenido inalterable para sí misma, era su amor por la música. Cuando regresaba a casa terminada la jornada, o las tardes de domingo, dedicaba largo tiempo a volcar todo su aliento sobre las teclas del piano de media cola que su padre le había regalado. Un bello instrumento de nogal, que Rómulo encargó en aquellos tiempos en los que no sabía qué hacer para alegrar a su hija y le remordía el alma ser la causa de ese dolor.

El piano estaba en un rincón del salón, junto al gran ventanal que daba al jardín. Allí, envuelta en los acordes que nacían en la vibración de las cuerdas y atravesaban todo su cuerpo, Celina se sentía libre y en paz.

Pero ahora su corazón había dicho basta, como un día el de su padre. Nadie, salvo su médico, conocía su verdadero estado de salud y ella lo había querido así. Nunca podría soportar la lástima de los demás, ni una larga agonía. Mejor dicho, esa ya la vivía desde que su amor quedó trunco, casi seis décadas atrás.

En sus últimas horas, había pedido a sus hermanas que hicieran un funeral discreto y que incineraran sus restos, esparciéndolos en cualquier campo cercano, para transformarlos en nueva vida y simiente de esas espigas, que finalmente

fueran la única razón de su existencia. Hoy dejaba su obra, después de entregarlo todo. Su padre podía descansar tranquilo, no lo había defraudado esta vez.

Cuando se despidieron de su hermana, Luisa recordó las palabras de Celina que le habían quedado grabadas desde hacía tanto tiempo y que terminarían cumpliéndose como un voto sagrado: “Entendeme bien: nunca, pero nunca, voy a querer a otro”.

~.~

“Querida Clara:

“¿Tengo algún derecho a decirte querida? Tantas veces me senté a empezar esta carta y otras tantas el papel terminó abollado en el cesto. ¿Cómo explicar lo inexplicable?”

“Descuento que Rosario nunca te contó la verdad, no por egoísmo ni cobardía, sino por lealtad hasta el final. Hoy que ya no puedo mirarte a los ojos yo, la verdadera cobarde, te voy a contar todo, pero todo.

“Te hablaré de una jovencita mimada e inexperta que una noche se enamoró perdidamente de un muchachito hermoso y gentil y de cómo esa historia, que debió ser una sinfonía de amor, terminó resultando un penoso réquiem en varios movimientos.

“De cómo entré en un estado de conmoción que no me permitía razonar ni darme cuenta de lo que me estaba pasando. Dejándome llevar y cumpliendo las decisiones de otros, especialmente las de mi madre.

...

“Mi vida entonces se paró. Sumado a mi propio penar, ver a mi padre abatido y temeroso fue demasiado para mí. Él, a quien admiraba, que era una roca donde se sostenía un universo a su alrededor, siempre seguro y con una broma, un gesto cariñoso, un consejo... Ahora dependía totalmente de mí. Y mi madre, que me había dado la vida y me la había quitado, por la que no experimentaba el mínimo sentimiento, también precisaba de mi sostén, vaya ironía del destino. Y yo era sólo una veinteañera.

....

“Recién cuando mi padre murió y mi madre ya no era más que un cuerpo inerte que sobrevivía sólo por los cuidados que recibía, recién cuando me di cuenta que podía llevar adelante todo sola, incluida la empresa, recién ahí tuve tiempo de sentarme a pensar en mí.

“Y de repente todo se reveló ante mis ojos. Tomé conciencia de que había llevado en mi vientre y traído al mundo a un ser, que era a su vez la hija de Martín ¡y él no lo sabía! y

la había dejado marchar. Comprendí cabalmente lo que hizo mi madre conmigo y con Rosario, hermosa mujer que no dudó en tomarte en sus brazos y ofrecerte su vida.

“Nunca me atreví a acercarme, aunque conocía muy bien dónde vivían. Alguna vez me paré a verlas pasar para la escuela, pero iban tan felices las dos tomadas de la mano y canturreando que, ¿cómo podría yo egoístamente romper esa comunión? Sabía que tenían una casa en la que habitar y que Rosario se ocupaba de que no te faltara nada, me lo habían contado mis hermanas. Ellas siempre fueron mi sostén. Tus tías.

...

“Por eso cuando conocí mi enfermedad y supe que no me quedaba mucho tiempo, me dije que la única forma de compensarte en algo era ofrecerte lo único que había podido atesorar: bienes materiales. Y tal vez que pudieras conocer tu historia, para reparar un poco tanto daño. Me consuela saber que tuviste una madre dulce y fiel y una buena familia que te acompañó. Y suficiente valor para defenderte en la vida.

...

“Debo confesar que averigüé algunas cosas de vos antes de tomar esta decisión y de conocer que eras una persona íntegra y cabal, aunque ya estaba casi convencida al ver la cara de tu padre dibujada en tu hermoso rostro sonriente, en aquella revista.

“Ahora que conozco tu afición al trabajo y tu responsabilidad, sé que estás capacitada para ponerlos al servicio de la empresa. Si fuera tu decisión hacerlo, no dudes en pedir la colaboración de mis otros herederos. Ellos, empleados fieles, te ayudarán en la tarea.

...

“Ya me queda poco, lo sé. La enfermedad de mi padre me alcanzó también a mí, por eso mi apuro en dejar todo preparado. Podrás encontrar mis estudios de ADN que dejo en un sobre cerrado en la caja de seguridad de mi habitación. La única llave, la tenés ahora en tus manos.

“También te dejo los datos de tu padre, por si decidieras buscarlo. Es un buen hombre que no sabe de tu existencia, pero sé que estaría muy feliz de conocerte. Te autorizo del mismo modo a que le leas estas líneas, tal vez lo ayuden a encontrar algunas respuestas.

“Y si algún perdón pudiera caberme, lo recibiré dichosa en otra dimensión, donde seguramente estarán saldados todos los sufrimientos que transitamos en este valle de lágrimas.

“Afectuosamente, tu madre que hubiera querido ser.

“Celina”.

Clara apoyó sobre la mesa las hojas de papel quebradizo y letra estilizada, luego de releerlas una y otra vez. Había sido como abrir un baúl insondable donde cabía la historia de encuentros y desencuentros de varias vidas, especialmente la suya y la de ¡sus madres!

No terminaba de asimilar todavía una realidad tan inimaginable, pero agradeció a la vida y a Celina por haber podido conocer al fin toda la verdad, que le permitiría tomar el camino que ella y sólo ella, esta vez sí, decidiría por su cuenta.

X.

Noviembre suele sorprender a los visitantes del mar austral bonaerense. Sus anchas playas de arena ferrosa pueden ofrecer como si tal cosa un océano tranquilo y azul, una brisa suave del noreste y un cielo límpido iluminado por un sol benévolo. Tal vez hasta en pleno enero no suceda.

Todas esas condiciones se habían dado esa mañana. La planicie infinita de arena estaba casi vacía y los dos pequeños collies correteaban a sus anchas. Parecían dos taponcitos peludos saltando y persiguiéndose, para terminar abrazados en un revuelco de mordidas inofensivas, su práctica instintiva de lucha.

El faro con su ropaje blanco y negro completaba la imagen, mientras la luz solar creaba mil reflejos sobre la lengua larga de las olas que iban a morir a la orilla, para regresar nuevamente en su andar inacabable. Clara y Enrique disfrutaban del entorno y de la mutua compañía, sentados en sendas reposeras y compartiendo unos mates amargos, los mejores posibles en tiempo y lugar.

Enrique tenía una casa en Almejas, a metros de donde estaban, frente al mar y cerca del faro. La vivienda era sencilla y funcional y la vista no podía ser mejor. Un gran ambiente vidriado permitía divisar toda la costanera sin obstáculos, con el océano infinito que regalaba amaneceres y atardeceres en su horizonte de agua de este a oeste, y hasta lunas llenas emergiendo de sus profundidades, en las noches despejadas.

Clara había llegado la tarde anterior. Lo hizo con ciertos reparos, no sabía cómo la iban a recibir los chicos y no quería sentirse como una intrusa. Pero sus temores se disiparon enseguida. Los tres salieron a recibirla y Enrique no alcanzó a presentarla cuando ya cada uno de sus hijos tenía un cachorro en sus brazos, esas miniaturas que habían bajado del auto sin pedir permiso.

-Clara, te presento a Martina y Tomás -dijo él dejando traslucir en sus gestos el orgullo que le provocaban sus hijos.

-Mucho gusto -respondió ella, sintiendo la mirada compañera de Enrique.

Los dos jovencitos le dieron un beso en la mejilla y enseguida pasaron al tema de los animalitos, que sirvió para romper el hielo.

-¡Son hermosos! ¿Cómo se llaman? -preguntó Tomás, estrujando las orejas del más travieso.

-Me los dieron ayer y todavía no decidí qué nombre ponerles. ¿Me podrán ayudar? -aprovechó Clara.

Fue suficiente para entrar en un debate acalorado y divertido, que permitió aflojar la tensión de los primeros momentos y sentir que la cosa podría marchar bien entre ellos. Luego Martina acompañó a Clara a la habitación de huéspedes para que pudiera instalarse, mientras Enrique con la ayuda de Tomás encendía unos leños en el hogar porque todavía la temperatura era fresca a la caída del sol.

La tarde se convirtió en noche y se prolongó en un asado a las brasas que preparó Enrique y que comieron bien abrigados en la terraza de madera que daba al médano, en la parte posterior de la casa, al reparo del viento sureño. Desde allí se podían ver los destellos intermitentes del faro, que guiaban a los navegantes y le daban un toque encantador a la sobremesa, que se prolongó en relatos, anécdotas y risas. Había sido un buen comienzo.

Los perros ahora tenían nombre: Pipo y Luna. Y se los veía felices en sus correrías playeras. Cerca del mediodía los chicos, que se habían quedado durmiendo un rato más, se sumaron también al disfrute del día primaveral.

-¿Sabés que Martina toca muy bien el piano? -dijo Enrique abrazando a su hija.

-No me digas, ¡qué envidia! Me hubiera encantado aprender un instrumento pero nunca me decidí a hacerlo -respondió Clara.

-Yo estudio con una profesora que me enseña en su casa, pero los exámenes los voy a dar a Tandil, porque acá no hay un conservatorio. Este año voy a rendir tercero -dijo Martina, que tenía una voz aguda y ojos luminosos.

-En la casona hay un piano de cola hermoso y un montón de partituras que eran de Celina. ¿Te gustaría tocarlo?

-¡Siii, me encantaría! Nunca toqué en un piano así -exclamó la jovencita.

-Trato hecho, cuando tu padre te pueda llevar, lo probás. Justo llamé al afinador y viene esta semana, entonces estará listo para cuando vayas.

Una complicidad natural y sin imposturas comenzó a surgir entre Celina y los hijos de Enrique. Así nomás, como eran todos ellos, en definitiva.

~.~

Tus tías, había dicho Celina en su carta. Y esas dos palabras encerraban tantas cosas para Clara... Ella había crecido con una familia pequeña y luego, desde su juventud, estuvo casi siempre sola. Por otra parte reconocía que había sido su elección.

Pero en este momento, pensar que tenía tías, tíos, primos y primas de su misma sangre, la hacía estremecerse de emoción. También eso la llevaba a pensar en su tío Rodolfo y su familia y sentía un gran deseo de encontrarlos. Ellos habían sido junto con Rosario, su sostén y su compañía.

Entendía ahora el porqué de su huida a Buenos Aires. No se había atrevido a buscar más respuestas por no perturbar a su madre -a su primera madre, que siempre lo sería-, entonces prefirió escapar y alejarse de todo lo que la unía a la niñez y a la adolescencia. Borrón y cuenta nueva.

Pero eso no es posible, las penas y alegrías van allí donde vayas. Ahora se daba cuenta de que siempre los había necesitado a todos y que sólo se construyó una coraza para sobrellevar las pérdidas. En este presente se sentía tan ligera y feliz, que nada que tuviera que ver con su pasado la inquietaba.

Estos pensamientos la acompañaban, mientras se dirigía caminando al café donde tantas veces se habían reunido las tres hermanas. Se contactó previamente con Luisa por teléfono y ella, casi sin poder ocultar su conmoción, le había propuesto este primer encuentro de iniciación.

Al llegar al lugar de la cita, no hizo falta buscar demasiado entre las mesas. Dos mujeres sonrientes, mayores pero vitales y de buena estampa, se pusieron de pie al unísono y ella casi corrió a su encuentro, para fundirse en un abrazo que esperaba su hora después de tantas décadas.

La tarde fue muy corta para hacer caber tantas preguntas, tantas revelaciones y tantos sentimientos. Las tías contaron todos los sufrimientos de su hermana y la angustia de ellas por no poder consolarla. Clara les dio detalles de su vida y de todas las peripecias y definiciones que la llevaron a esta actualidad.

Hablaron de Rosario, de Martín, del árbol genealógico, de la empresa, de sus familias, de sus trabajos y hasta de Enrique y sus hijos. No quedó detalle por repasar.

Las fiestas de fin de año estaban próximas y convinieron en que sería una buena oportunidad para que Clara conociera al resto de la familia. Se reunirían, como ya lo hacían desde hace muchos años, a pasar la Nochebuena en el chalet de Lidia. Todos la esperarían con ansiedad, sería como tener a Celina nuevamente en casa.

~.~

“Buenas tardes señores y señoras accionistas. Mi nombre es Clara Molina y como algunos de ustedes ya lo saben soy una nueva socia, una de las legatarias de la señora Celina Pagani. He pedido la palabra hoy para expresar mi deseo de

continuar junto a ustedes con el mismo propósito que movía a la señora Pagani a lo largo de su vida y es el de seguir haciendo de esta empresa una entidad pujante, moderna y que cuide a sus empleados, que es como cuidar el futuro de nuestra ciudad”.

“Para ello, quiero hacerme eco de sus anhelos y dar nuevo impulso a una propuesta que ella había elaborado y presentado ante ustedes: la renovación de la tecnología informática de nuestra institución. Se les ha distribuido material en el que podrán conocer tanto mis antecedentes en la materia, como la actualización que he realizado de acuerdo a las últimas innovaciones y a los costos actuales”.

“Si estuvieran de acuerdo en la implementación de este proyecto, puedo comprometerme a llevarlo adelante personalmente”.

Los asociados escuchaban absortos las explicaciones de Clara, admirando su determinación y claridad. Aunque no tenían idea de cuál era el vínculo que unía a las dos mujeres, cualquiera hubiera podido decir que eran madre e hija: escuchar a Clara era como estar en presencia de la difunta.

Una vez terminada la reunión, con la promesa de estudiar el tema para poder tratarlo en la próxima asamblea general y entonces tomar una decisión, Clara solicitó a Lozano, Rosales y Ana María Yamin, sus tres coherederos, que permanecieran un momento para poder hacerles un comentario.

Una vez regresados a sus asientos, Clara, con la voz embargada por la emoción que había estado conteniendo ante los demás socios, les dijo:

-La señora Celina me dejó una carta en la que me cuenta, entre muchas otras cosas, de la lealtad que ustedes le han demostrado y de la confianza que ella les tenía.

-Era así tal cual y todavía no nos resignamos a su partida -intervino el contador Lozano.

-También me dijo que podía contar con todo su apoyo, y es lo que vengo ahora a pedirles.

-Por supuesto que puede contar con eso, señora -agregó Ana María.

-Clara, por favor, llámenme Clara.

-Cuenta con nosotros, Clara -sumó Rosales.

-Gracias a los tres, cuento con ustedes entonces para este proyecto y para otros que puedan venir. Celina, mi madre, estaría muy agradecida.

Un silencio que se podía cortar, atravesó la sala de reuniones. Los rostros de sorpresa denunciaban el impacto que habían producido esas palabras en los presentes. Clara sonrió y dijo, mostrando por vez primera su satisfacción:

-Yo me enteré también gracias a esa carta, por eso hoy puedo decirles con mucho orgullo que Celina Pagani era mi madre.

~.~

Valiéndose de las redes sociales, Clara había podido encontrar a una de sus primas, hija de Rodolfo, y así obtener el número de teléfono de la casa de sus padres en Bahía Blanca.

Cuando llamó al fijo que le había pasado Estela, que era la menor de las hermanas, no pudo evitar que se le apretara el pecho, al escuchar del otro lado la voz de su tío, inconfundible a pesar del paso de los años. Era la misma expresión grave y la frase característica que le escuchaba decir cuando recibía encargos en el taller:

-Hableee, ¿quién es?

-Hola tío Rodolfo, habla Clara, Estela me dio el teléfono de ustedes -respondió ella, intentando que no se le entrecortara la voz.

-¿Clarita? ¿Cómo estás, querida? Qué sorpresa tan linda, esperá que llamo a tu tía así también escucha -da un grito para avisarle a su mujer.

La conversación se transformó en un caos en la que los tres querían hablar y hacer preguntas, como era natural después de tantos años de silencio, mientras los tíos se disputaban el tubo del teléfono. Clara esperó que se tranquilizaran y les prometió firmemente que cuando pasaran las fiestas de fin de año, iría a verlos para ver cómo estaban y relatarles con detalle qué había sido de su vida hasta ahora y también cómo cambió de un día para el otro.

Les contó que sabía por Estela que las dos hijas habían formado familia y les dieron cuatro nietos. También que había visto fotos de todos en la red.

-Lamento que haya pasado tanto tiempo sin acercarme a ustedes -dijo Clara en la despedida.

-Querida, lo único que importa ahora es escucharte, saber que estás bien y que pronto te volveremos a ver, no sabés la alegría que nos das -respondió Rodolfo.

Sí que sabía, era la misma dicha que sentía Clara al recuperar una parte de su vida que se había negado a sí misma todos estos años. Deseó que el alma de Rosario también se hiciera presente, para que pudiera compartir este dulce momento.

~.~

Revisó una vez más la lista y controló los regalos, para asegurarse de que no se había olvidado de nadie. Lidia le pasó los nombres y edades de todos los que estarían presentes en la cena de Nochebuena. Como era lógico, tomaría su tiempo conocer a sus cuñados, sobrinos y... ¡sobrinos nietos! y también memorizar sus nombres, pero hoy Clara quería tener un detalle con cada uno.

Era de las tareas más agradables que se le podían presentar. De repente tenía un familión. Recordó que las últimas fiestas las había pasado con amigos en algún restorán, personas que como ella no tenían parientes con quien reunirse alrededor de la mesa navideña. Habían sido una valiosa compañía, pero esto era otra cosa.

Entre la larga lista, también había otras tres personas: Enrique, Martina y Tomás. Se ocupó de comprar algo para cada uno y disfrutó de cada elección. Esa tarde, con la excusa de hacerlos conocer la casona y darles un saludo navideño, los invitó a los tres a tomar un refresco.

Luego de compartir un rato ameno en el jardín y cuando por fin los chicos se cansaron de jugar con los cachorros revoltosos, Clara les ofreció pasar a la casa y les entregó los regalos, que apreciaron y agradecieron. Ellos hicieron lo propio, habían elegido juntos una novela que a ella le encantó. Luego pasaron al salón donde estaba el piano que el afinador había dejado impecable.

Los ojos de Martina se abrieron grandes como patios y Clara la invitó a sentarse en la banqueta, mientras levantaba la tapa del teclado y quitaba el paño verde bordado. La jovencita pasó un rato revisando las partituras que se amontonaban en un mueble lateral, hasta que escogió una, la abrió decidida sobre el atril y comenzó a tocar.

La gran sala se llenó de música. Martina interpretaba segura pero con delicadeza una pieza de Schubert. Su padre la miraba satisfecho mientras Clara imaginaba los dedos de Celina entrelazando acordes con los de esas jóvenes manos.

~.~

No sabía qué sería más prudente, si llegar temprano para ayudar, o hacerlo con retraso para saludar a todo el mundo de un plumazo. La cena estaba convocada para las nueve de la noche, es decir a la típica hora argentina, no como en esas remanidas películas norteamericanas navideñas donde cenan a las siete de la tarde. Ya bastante con que en estas latitudes se coma turrón y pan dulce en pleno verano.

Clara estaba visiblemente nerviosa y cambió varias veces su atuendo y su peinado, de casi juvenil a demasiado sobrio. Aunque no quedó conforme del todo, por fin un vestido azul entallado y un chal estampado en colores pastel le parecieron lo más adecuado.

Optó por lo más lógico y lo que era su costumbre: ser puntual. Ya habría tiempo de colaborar con los preparativos de otras cenas, esperaba que esta fuera sólo la primera de muchas. Guardó los regalos en el baúl de su auto y partió a casa de Lidia. Al tocar el timbre, la recibió un hombre simpático y campechano:

-¡Hola! Seguro que vos sos Clara, yo soy Ernesto, el marido de Lidia, mucho gusto y bienvenida -dijo extendiendo su mano.

-Un gusto Ernesto, tengo los regalitos en el baúl... no sé si acostumbran a esconderlos -dijo Clara, estrechando la mano de su nuevo tío.

-Ahh sí, todavía hay gente menuda en la familia que espera a Papá Noel, dámelos y entremos por el garage así los ubicamos con el resto, sin que nos vean.

-Les puse los nombres a cada paquete. ¿Ya vinieron todos? -preguntó Clara, sacando una gran bolsa de su auto.

-No te preocupes, todo el mundo tiene ganas de conocerte y te prometo que te vas a sentir cómoda enseguida.

-Gracias, por ahora me siento como una colegiala a punto de rendir su primer examen, pero ya pasará.

Tenía razón Ernesto, todo el mundo la saludó cariñosamente y con alegría. La cena transcurrió en un ambiente cálido y divertido y Clara se sintió pronto una más de la familia. Hasta hubo una sección de villancicos criollos con guitarra y bombo, que todos entonaron bastante afinados.

A medianoche, Carlos, el esposo de Luisa, se vistió de Santa Claus para gozo de los pequeños que pugnaban por gritar los nombres escritos sobre el papel de regalo -los que sabían leer- o romper los envoltorios -los más purretes. Algunos mostraban su beneplácito si habían recibido lo esperado, otros intentaban alguna

queja si el hombretón les había fallado. No duraba mucho la protesta porque enseguida estaban entretenidos, cada uno con su obsequio.

En el momento del brindis, todos tuvieron una palabra amable para Clara y más tarde, al despedirse de los dueños de casa que la acompañaron hasta la puerta de entrada, les dijo emocionada:

-El mejor regalo que he recibido hoy, es esta noche hermosa que me han ofrecido con tanta generosidad. Creo que sirvió para reparar en parte aquella Navidad tan triste para Celina, justo cuando mi vida comenzaba a tomar forma y ella todavía no lo sabía.

-Tenés toda la razón, estoy segura que por fin mi hermana descansa en paz - respondió Lidia, mientras los tres se unían en un abrazo.

~.~

El verano había pasado como un soplo.

Como le había prometido a Rodolfo, Clara fue hasta Bahía Blanca un fin de semana a visitar a sus tíos. Enrique se ofreció a acompañarla si es que no prefería ir sola. Los chicos estarían durante enero en la playa, en casa de su hermana que también tenía hijos de edades parecidas, y él debía quedarse en la ciudad, atendiendo su trabajo.

Por supuesto que ella aceptó, ya el escriba se había transformado en una parte importante de su nueva vida y disfrutaba con mucho placer las horas a su lado. Además le cedería el manejo, él era muy prudente al volante. Ahora sí podría viajar tranquila sin controlar obsesivamente el camino y dedicarse sólo a cebar mate y charlar. Decidieron que al regreso pasarían por Sierra de la Ventana para disfrutar un par de días del pacífico y bello paisaje serrano.

El encuentro con los tíos fue tan conmovedor como Clara se lo había imaginado. Ellos pudieron completar muchos de los puntos suspensivos que faltaban rellenar en el acertijo de su vida. Ahora ya sin trabas, le contaron los verdaderos sacrificios que había hecho Rosario y por qué nunca le pudo hablar sobre su padre.

Por si pudiera amarla aún más, se sintió infinitamente agradecida a esa mujer que le había dado su existencia de todas las formas posibles. Más tarde, hasta sus primas se hicieron un momento para saludarla y recordar juntas alguna de las travesuras que compartían de pequeñas.

Con la promesa de volver a encontrarse, Clara y Enrique emprendieron el regreso. Luego de la breve estadía en las sierras, Clara se dedicó de lleno a preparar las clases para el inicio del ciclo lectivo en la facultad, puesto que a fin de año se había aprobado el traslado de su cargo docente a Lomadas. Si bien los contenidos eran muy similares a los que venía dando en Ciudad Universitaria, quería incorporar nuevos conceptos, que surgen todo el tiempo en materia informática.

También se dedicó a pulir el proyecto de renovación tecnológica que se había propuesto presentar en la próxima asamblea general del molino, a fines de febrero, ya consensuado con varios de los asociados.

Además, en los ratos libres, mientras Pipo y Luna correteaban por el jardín, empezó a cobrar forma una idea que la tenía muy entusiasmada y que de concretarse sería una muy buena noticia para la ciudad.

~.~

Enrique había sido un padre amoroso desde que su esposa murió y él quedó a cargo completamente de sus hijos. Si bien su hermana le había dado una mano invaluable en los primeros tiempos cuando todavía la pena no lo dejaba reaccionar, luego se sobrepuso y asumió todos los roles necesarios.

Se dio cuenta entonces del trabajo silencioso y múltiple que lleva adelante una mamá y que solo sale a la luz cuando ella no está.

Clara admiraba y hasta envidiaba sanamente la buena relación que tenían los tres, pero también observaba que los chicos seguían extrañando la presencia de su madre. Ella no quería en absoluto tratar de reemplazar a nadie pero veía que ambos comenzaban a construir un vínculo muy cercano con ella. Tal vez veían en su figura algo de lo que venían necesitando y debía reconocer que eso la halagaba enormemente.

Sin forzar nada y como por casualidad, un día le propuso a Martina ir de compras a la calle de los negocios, como se le llamaba en la ciudad, porque en verdad era una sola arteria céntrica con locales que se extendían un poco hacia las vías laterales.

Allí estaban también el cine y un teatro de la época fundacional. Los domingos a la tardecita el paseo se hacía peatonal y entonces se estilaba dar una vuelta para ver las vidrieras iluminadas, mirar una película o encontrarse con algún conocido a tomar un café.

Las dos iban de gran charla por la vereda en esa mañana soleada, deteniéndose a mirar alguna prenda o calzado que llamaba su atención o entrando a una perfumería para comprar algún producto para Martina que estaba comenzando a usar un poco de maquillaje.

En un momento de la caminata, Clara sintió que la jovencita se colgaba espontáneamente de su brazo. Experimentó una gran felicidad al acusar recibo de ese peso reconfortante, porque aunque no se lo había confesado hasta ahora, su alma resentía la ausencia de un hijo. Pensó que una vez más, el destino la acomodaba en el lugar preciso.

Por primera vez en su vida, Clara se sentía alguien de lo más parecido a una madre.

~::~~

El taller metalúrgico estaba en plena actividad porque eran tiempos de cosecha y en esos momentos siempre había gran demanda de maquinarias y repuestos.

Manteniendo intacta la tradición familiar, el hijo mayor de Martín era quien se encargaba de la conducción del negocio, pero su padre se instalaba igualmente en su oficina todas las tardes. Desde que los chicos formaran sus propias familias y él enviudara, unos años atrás, lo distraía estar en el taller, para ver antiguos clientes, revisar pedidos o evaluar cotizaciones. No le gustaba mucho quedarse solo en casa, salvo para arreglar el jardín, ordenar un poco o hacerse de comer.

Esa tarde, se encontraba dedicado a controlar los precios de los repuestos, que cambiaban con mayor frecuencia de la esperada, cuando un empleado dio dos toques en la puerta:

-Señor Martín, una persona quiere verlo, ¿la hago pasar?

-Si por supuesto, que pase, gracias -contestó él, intrigado.

Se puso de pie para recibir al visitante, que era una mujer.

-Buenas tardes señor Taboada, soy Clara Molina.

-Encantado, por favor tome asiento, ¿qué la trae por aquí? -respondió Martín estrechando la mano que ella le tendía.

Clara agradeció para sus adentros poder sentarse, no creía que sus piernas le respondieran por mucho más tiempo. Observó a su padre, cabello ondulado casi

blanco, figura delgada y erguida, sonrisa con hoyuelos en su rostro delgado surcado por profundas arrugas.

¿Cuántas veces trató de imaginar cómo sería tener un padre? La conmovía pensar que en esos breves instantes él todavía no sabía quién era ella. Se preguntó también si alguna vez ese hombre habría soñado siquiera tener un hijo con Celina.

Ella había puesto en su regazo la pequeña cartera donde la carta de su madre gravitaba con todo el peso de una confesión que él aún ignoraba. Finalmente se atrevió a hablar:

-Me trae por aquí una larga historia que lo incluye pero que no conoce completa -dijo Clara. Pero quisiera que otra voz hablara por mí, la voz de alguien a quien seguramente dará mucho más crédito que a una desconocida.

Ahora Martín la miraba con toda la atención y se había incorporado más firmemente en su asiento. Ella continuó:

-Le pido por favor que lea estas líneas y después, si usted quiere, seguimos conversando.

Clara abrió su cartera y extrajo el sobre ya ajado de tanto abrir y cerrar. Se lo extendió con mano temblorosa y aguardó a que Martín hiciera su parte. Él no puso mayores reparos, calzó sus lentes y comenzó a leer.

Ella observaba el rostro del hombre como quien mira de frente a la platea de un cine, esperando las reacciones ante cada escena: gestos de emoción, de ternura o de espanto. Y así fue, el semblante de su padre iba cambiando de expresión y hasta de color, tanto que por un momento ella temió que algo malo le pasara.

Pero Martín pudo sobreponerse hasta llegar al final:

“Y si algún perdón pudiera caberme, lo recibiré dichosa en otra dimensión, donde seguramente estarán saldados todos los sufrimientos que transitamos en este valle de lágrimas.

“Afectuosamente, tu madre que hubiera querido ser.

“Celina”.

Casi estrujando las hojas entre sus manos, él bajó la cabeza y se mantuvo unos instantes inmóvil. Cuando por fin se incorporó, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

-Yo me enteré poco tiempo antes que usted -dijo Clara para romper el silencio y tratando de no echarse a llorar ella también. Celina me dejó sus análisis, pero no consideré necesario hacer la prueba de filiación, porque pude atar hasta el último cabo suelto y sólo me faltaba venir a verlo. Le ofrezco que la hagamos juntos, si lo desea.

-¿Qué más pruebas necesitamos que no estén grabadas en este papel? La vida ha sido tan cruel con nosotros, pero muy especialmente con Celina. Sólo anhelo que se cumpla lo que dice en el final de su carta, ella merece más que nadie estar en paz.

Martín extendió sus brazos sobre el escritorio y estrechó las manos de su hija. Entonces todas las angustias brotaron juntas y no pudieron evitar ponerse de pie para darse el abrazo que el destino les había negado desde siempre.

Cuando lograron serenarse, volvieron a sentarse y desplegaron sin límites la larga charla que se debían. Se contaron sus vidas del principio al fin y comprobaron que eran parecidos en muchos aspectos, hasta físicamente, como había descubierto Celina. Pasaron a tutearse y postergaron sólo por pudor el “papá” y el “hija”, que pugnaba por escaparse de sus labios.

Hacia el final, Sergio, el hijo de Martín, golpeó y abrió a medias la puerta de la oficina. Al llegar al negocio, luego de realizar varios trámites, el empleado le había informado que hacía horas que su padre estaba encerrado allí con otra persona y quería asegurarse de que todo iba bien. Martín, que en ese momento reía junto con su visita, lo tranquilizó:

-Hijo, vení por favor. Sentate que quiero presentarte a alguien.

~.~

El final del otoño llegaba cálido y benévolo. Margaritas y geranios daban todavía color al jardín que lentamente se preparaba para el frío invernal.

A esta altura del año, Clara estaba abocada de lleno al proyecto de actualización informática que finalmente la asamblea aprobara y que ella dirigía. El conjunto de socios también había nombrado presidente sin objeciones al contador Roberto Lozano, respetando el último deseo de Celina.

Clara se sentía satisfecha porque su participación en la empresa tuvo desde el vamos una buena acogida por parte de los asociados y también porque para llevar a cabo su tarea pudo rodearse de jóvenes profesionales que -como era tendencia- habían decidido volver a su ciudad, alejándose de la hostilidad de los grandes centros urbanos donde habían estudiado.

Se vivía un buen clima de trabajo y se venían cumpliendo con bastante rigurosidad las etapas que ella había propuesto. Por otra parte, tenía un grupito de alumnos de bases de datos en la facultad, que llevaban las clases con entusiasmo. Estaba muy activa y ocupada en todas las cosas que le gustaban hacer.

Pero esa tarde, su ansiedad pasaba por otro lado. Enrique la había ayudado a acomodar las sillas en la sala de la casona en forma circular, dejando libre el sector del piano como si fuera un escenario. Dispusieron los sillones y banquetas de la sala y trajeron todos los de los demás ambientes. En una mesita lateral había un gran termo con café, limonada y cositas dulces.

El ventanal dejaba ver el hermoso parque y también a los dos collies que habían crecido considerablemente, estaban algo más reposados y mostraban su hermoso pelaje color blanco y canela, que contrastaba con el verde del césped.

A la hora prevista, comenzaron a llegar los invitados. Era sábado y casi todo el mundo había confirmado su presencia. Estaban sus tías y tíos, con algunos de sus hijos; las personas más cercanas del molino, incluidos por supuesto sus tres coherederos; un par de colegas de la facultad; la profesora de piano de Martina, junto a su alumna y su hermano, Tomás.

En el momento más esperado por Clara, llegó Martín acompañado de sus dos hijos. Ella se apresuró a recibirlos y enseguida convocó a las tías para presentarles a su padre y a sus hermanos. Sí, ahora tenía un hermano y una hermana, aunque todavía le costara creerlo. Lidia y Luisa se acercaron y saludaron a Martín amablemente. Parecía inimaginable que después de toda una vida, recién se produjera este encuentro. Estaban felices por su sobrina y por la memoria de su hermana.

Clara los acompañó para que se instalaran en primera fila junto a Enrique, quería tenerlos a todos cerca. Una vez que estuvieron acomodados los asistentes previstos, Clara hizo unas breves palmas para que pudieran escucharla y anunció:

-Bienvenidos, muchas gracias por estar hoy aquí, estoy muy feliz de tenerlos en casa y les pido que reciban con un gran aplauso a Martina Vieguez que va a interpretar algunas piezas en el piano.

Martina estaba preciosa, con un vestido colorido que habían elegido juntas y el cabello largo, recogido con un moño en una cola de caballo. Agradeció con una leve inclinación y se ubicó en la banqueta. Clara se mantuvo cerca para dar vuelta las páginas de las partituras, como acordaron en el ensayo previo.

Interpretó tres piezas hermosas, especialmente la última que, a pedido de Clara, fue el Nocturno de Chopin. Todos le brindaron un emocionado aplauso porque así lo merecía, se notaba su virtuosismo a pesar de ser todavía muy joven. Clara la abrazó y agradeció su participación, para luego dirigirse nuevamente a sus invitados:

“Quisiera contarles ahora que esta pequeña intervención de Martina sirve como perfecto inicio para revelarles un nuevo proyecto que estamos emprendiendo. Y esto es así porque ella fue la que, sin saberlo, hizo crecer en mí esta idea”.

“Cuando nos conocimos, Martina me contó que estudiaba piano con una profesora que está aquí presente -dijo señalándola-, pero que los exámenes los daba en la ciudad de Tandil, *porque acá no hay un conservatorio*, tales fueron sus palabras”.

“Entonces me dije, ¿por qué no puede haber un conservatorio en Lomadas? Y ahí comenzó todo. Me contacté con músicos y docentes, hice averiguaciones en algunas instituciones y hoy puedo decirles con mucha alegría que, en honor a mi madre que llenó de música esta sala con sus interpretaciones y que luchó por el bienestar de muchas familias de nuestra ciudad, he comenzado los trámites para crear la Fundación Conservatorio Celina Pagani”.

No pudo seguir hablando porque un cerrado aplauso y muchos “bravo” tapaban sus palabras. Cuando se calmaron las efusiones, continuó:

“Toda esta casona estará dedicada a la fundación, donde espero que no sólo se pueda enseñar piano, sino también otros instrumentos y con el tiempo hasta composición y dirección. Es mi sueño más adelante poder crear una orquesta juvenil con todos los alumnos. Para soñar, vale la pena hacerlo en grande”.

“Tendremos un sistema de becas en el que Molinos Pagani, como sostén de la fundación, posibilitará que ningún niño, niña o joven que quiera aprender a tocar en una orquesta se quede sin hacerlo, proveyendo también los instrumentos necesarios”.

Los aplausos se reiteraron y luego les sucedieron los abrazos. Clara sonreía a más no poder junto a toda la gente que Celina había querido tanto, mientras imaginaba la casona rebotante de música. Creía haber encontrado el mejor destino para ese lugar y podría jurar que también su madre estaría sonriendo desde el umbral de su nuevo mundo, donde de una vez y para siempre todas las heridas habrían de cicatrizar.